

Asociación Peruana de Demografía y Población

LA MASCULINIDAD EN EL ENVEJECIMIENTO

Vivencias de la vejez de varones de una zona popular de
Lima

Miguel Ángel Ramos Padilla

Diciembre de 2005

Contenido

INTRODUCCIÓN	5
1. MARCO CONCEPTUAL	9
2. METODOLOGÍA	16
2.1. Enfoque metodológico	
2.2. Técnicas de recolección de información	
2.3. La muestra	
2.4. Consideraciones éticas	
2.5. Características sociodemográficas de los participantes del estudio	
2.6. El contexto	
2.6.1. Villa María del Triunfo	
2.6.2. Organizaciones de apoyo al adulto mayor	
3. RESULTADOS DE LA INVESTIGACIÓN	23
1. Función como proveedor y percepciones de la cesantía	
a. Actividades que desarrollaba antes de la cesantía	
b. Percepciones de la cesantía	
c. Percepciones y conflictos en torno de sus ingresos y gastos actuales	
2. Relaciones familiares	36
a. Relaciones con la pareja, antes y después de la cesantía	
b. Interpretaciones de la ausencia de la pareja en sus vidas	
c. Relaciones con los hijos, antes y después de la cesantía	
d. Relación con otros miembros del hogar después de la cesantía	
3. Redes de apoyo fuera del núcleo familiar	54
a. Relación con amigos y familiares antes y después de la cesantía	
b. Participación en instituciones antes y después de la cesantía	
c. Percepción de los otros sobre beneficios de la participación del adulto mayor en instituciones	
4. Percepciones del adulto mayor sobre su situación actual	68
a. Interpretaciones de su rol actual en casa	
b. Autopercepciones de sus problemas de salud y maneras de resolverlos	
c. Autopercepciones de haber llegado a esta edad	
IV. A MANERA DE CONCLUSIONES	81
BIBLIOGRAFÍA	86

PRESENTACION

La transición demográfica que comenzó en el Perú en la segunda mitad de la centuria pasada tiene como consecuencia un cambio en la estructura por edades de la población. En su fase avanzada –la del Perú actual- el grupo de adultos mayores crece más que ningún otro aumentando su peso relativo en la población total que en el país alcanza a representar el 5 por ciento. Con ello, su número sobrepasa el millón de habitantes.

En este estudio, Miguel Ramos Padilla, acucioso investigador, reflexiona sobre los adultos mayores. Sitúa el problema del envejecimiento en su contexto social y político, explora las percepciones, sentimientos e ideas de una muestra de varones mayores de 80 años de un distrito de Lima respecto a esta etapa de su vida, y le agrega el componente de género para indagar cómo experimentan la masculinidad, tan vinculada en la juventud a la capacidad económica y sexual.

Testimonios pacientemente recogidos fueron conectados con el marco teórico y la conceptualización del problema cuidadosa y prolijamente trabajados, que ilustran y actualizan sobre investigaciones recientes en torno al problema. A través de una mezcla de historia familiar contada en lenguaje sencillo fina y cálidamente manejada, entrelazada con el análisis académico, se llegó a conclusiones que aportan al conocimiento del tema y que se constituyen en importantes elementos de política social.

Cómo viven, qué hacen, dónde, qué piensan sobre sí mismos son datos valiosos para orientar estrategias públicas que permitan atender a este segmento de la población. El reto para el Estado, la sociedad y las familias está planteado. Aparte de servicios para calmar sus problemas de salud física -que en esta etapa de la vida son más frecuentes por el desgaste natural del organismo-, urgen servicios para aliviar el dolor psíquico que es tan o más frecuente que el dolor físico: soledad, melancolía, abandono, desamor son los acompañantes silenciosos más comunes de los ancianos de ahora.

A conocerlos y aprender a tratarlos apunta también este estudio, uno de los cuatro ganadores del II Concurso Nacional de Investigaciones de la Asociación Peruana de Demografía y Población, APDP, asesorado por Delicia Ferrando, con el generoso financiamiento del Fondo de Población de las Naciones Unidas (UNFPA) y que ahora con mucho agrado se pone en circulación.

Lima, diciembre de 2005.

ASOCIACIÓN PERUANA DE DEMOGRAFÍA Y POBLACIÓN

AGRADECIMIENTOS

La realización de este estudio y de su publicación han sido posibles gracias al esfuerzo de una serie de voluntades que apostaron por promover la generación de conocimientos en un campo, aún poco conocido en nuestro medio, como es el del proceso de envejecimiento desde un enfoque de género. Agradezco en primer lugar a la Asociación Peruana de Demografía y Población por su importante rol promotor de la investigación y al Fondo de Población de las Naciones Unidas por el auspicio otorgado.

La acuciosa mirada y las críticas muy pertinentes que hizo Delicia Ferrando al primer borrador del informe de investigación, contribuyeron significativamente a mejorar la calidad del documento final.

También agradezco de manera especial la contribución de los adultos mayores y de sus familias que generosamente aceptaron participar en el estudio; al presidente y a los miembros de la junta directiva de la Asociación “Club de Jubilados de Villa María del Triunfo” quienes apoyaron esta investigación de manera desinteresada. También mi agradecimiento a Mabel Caro, pues su gran conocimiento de los barrios donde se ejecutó la investigación me permitió realizar los contactos y las entrevistas con los hombres y sus familias que participaron en el estudio.

Mi agradecimiento al trabajo cuidadoso de edición de José Luis Carrillo y de en el diseño de la carátula.

Miguel A. Ramos
Diciembre de 2005

INTRODUCCIÓN

La presencia cada vez más evidente en el país de un alto número de personas de edad avanzada anuncia un nuevo fenómeno, no solo demográfico sino, por sus repercusiones, fundamentalmente social y político. Apenas una década atrás el envejecimiento de la población era visto como una realidad lejana y propia solo de los países desarrollados, producto de sus muy bajas tasas de fecundidad y sus altas esperanzas de vida al nacer, que sobrepasan, en promedio, los 80 años. Las mismas tendencias demográficas en el Perú, vividas con mayor intensidad en las principales ciudades, están provocando, paulatinamente, un fenómeno semejante.

En 1972 la población peruana de 65 y más años representaba apenas 3,9 por ciento del total (Consejo Nacional de Población 1984), en tanto que para 2005 se ha estimado en aproximadamente 5,2 por ciento (INEI-CEPAL 2001). En virtud de sus mejores condiciones de vida respecto del promedio nacional, específicamente en educación y salud, en Lima Metropolitana el proceso de envejecimiento se ha vivido de manera más acelerada: allí la población de 65 y más años constituye casi 6,6 por ciento de la población total (INEI 1997). Dado el gran tamaño poblacional de esta ciudad (alrededor de 8 millones de habitantes), esto significa, en números absolutos, que los adultos de edad avanzada superarían ya el medio millón. Las proyecciones también estiman que en el año 2015 el porcentaje de este grupo etario se elevará en Lima a 8,6 por ciento y, en términos absolutos, a aproximadamente 800.000 personas (INEI 1997).

En los países desarrollados, el Estado y la sociedad civil están preocupados por el alto gasto social que demanda el sostenimiento y la atención de un gran segmento de la población que ya no es productiva, por periodos que sobrepasan individualmente, en promedio, los veinte años, con características especiales que significan una alta demanda de los servicios de salud y de instituciones que les permitan mantenerse en buen estado físico y mental o albergarlos indefinidamente. Esos estados y esas sociedades, sin embargo, pueden responder adecuadamente a esa realidad. Pero ¿qué ocurre en un país pobre como el Perú, donde más de 50 por ciento de la población económicamente activa (PEA) se dedica a actividades informales de tan baja rentabilidad que no les permite cotizar a fondo de pensiones alguno, o está compuesta por trabajadores dependientes con muy bajos ingresos que cotizan a un fondo de pensiones quebrado y que luego del cese reciben pensiones mensuales miserables? Esta situación se agrava si observamos que la oferta de instituciones estatales que brindan servicios como los mencionados a los adultos mayores, y sobre todo a los que pertenecen a los estratos socioeconómicos populares, es casi inexistente, y lo mínimo que funciona es precario.

¿Qué pasará en el país en los años siguientes con este grupo poblacional en rápido crecimiento si no se produce una respuesta adecuada de la sociedad toda? Si se mantiene la inercia hoy prevaleciente, lo más probable es que las ya precarias condiciones de vida de las familias pobres que tienen uno o más miembros de estas edades se agravarán, al margen de la buena voluntad que los vínculos afectivos producen.

Con el presente estudio queremos indagar, a partir de las percepciones de un grupo de varones adultos mayores, por algunos elementos de la realidad actual de este sector poblacional y la de sus familias en las zonas populares de una ciudad como Lima. Así, nos proponemos no solo ubicar los problemas más álgidos sino también encontrar las potencialidades de la propia población para hallar respuestas acordes con nuestra realidad.

Por otro lado, la revisión de diversos estudios acerca de la manera como hombres y mujeres viven su condición de tales nos permite descubrir una serie de aspectos socioculturales en la construcción de las identidades masculina y femenina y que podrían incrementar el malestar de los hogares donde habita un adulto mayor, en contextos de pobreza. Se trata principalmente de algunos rasgos de la masculinidad hegemónica que colisionan con las características propias de esta etapa de la vida, pues constituyen una ruptura abrupta con el pasado, sobre todo con la pérdida de roles tan preciados como el de proveedor y el de autoridad patriarcal en el hogar, que son el *quid* de la valoración social como hombre. Además, si se toma en cuenta que el ámbito doméstico no ha sido el centro de las actividades productivas, atribuidas por lo general a los varones, y que los quehaceres del hogar no han estado tradicionalmente a su cargo, ¿qué ocurre luego del cese laboral, cuando gran parte de su tiempo deben pasarlo en el hogar?

En lo que concierne a este aspecto, partimos de la hipótesis de que, en contextos de pobreza, y aun cuando las mujeres adultas mayores siguen cumpliendo un rol crucial en la reproducción familiar apoyando las actividades del hogar, los varones estarían contribuyendo al deterioro de la calidad de vida de su entorno familiar y de las propias, como resultado, sobre todo, de la manera como sus masculinidades han sido construidas social y culturalmente.

Esto nos motivó a preguntarnos cómo interpretaba el adulto mayor varón su nuevo estatus, a la luz de las creencias de género, así como cuáles eran las repercusiones en sus sentimientos de malestar o bienestar y las consecuencias en la calidad de vida, no solo de ellos mismos sino también de los otros miembros de la familia con quienes convive. También era importante conocer su capacidad para adaptarse a su nueva condición —esto es, si asumía o no nuevos roles en el hogar— y su grado de autonomía para autosatisfacer sus necesidades básicas, factores, ambos, que ejercerían influencia sobre la calidad de vida de la familia toda, en un contexto de carencia de condiciones materiales adecuadas y del mayor poder conferido social y culturalmente a los hombres. Por eso mismo, nos interesó indagar, a la vez, por las percepciones de otros miembros de la familia respecto de la presencia del adulto mayor masculino y su contribución en los estados de bienestar o malestar de todas y todos.

Una de las constataciones que, de manera accidental, dio pie a la realización del estudio, fue el observar la presencia cada vez mayor de organizaciones de adultos mayores en sectores populares, surgidas gracias a su propia gestión, con poco o nulo apoyo del Estado. Así, por un lado, se hacía evidente la creciente importancia numérica de este segmento poblacional, y, por otro lado, se constataba la relevancia asignada por los adultos mayores a estas instituciones. Sus necesidades de ocupar de forma adecuada el tiempo antes dedicado a las actividades laborales, y de mantenerse física y mentalmente saludables, nos exige explorar en el grado de satisfacción que les produce la

participación en estas organizaciones, así como en las repercusiones en su vida cotidiana y en la de sus familiares. Sin embargo, por la cantidad de ancianos que existe en estos barrios podemos deducir que la gran mayoría aún no se afilia. Por ello, este trabajo busca también indagar por las barreras económicas, físicas o culturales que impiden a los varones participar en esas organizaciones.

Decidimos centrar nuestra investigación en el distrito popular de Villa María del Triunfo, ubicado en la zona sur de Lima Metropolitana. Se trata de un asentamiento humano fundado hace poco más de cincuenta años, de manera que la gran mayoría de sus primeros pobladores se ubican generacionalmente en la etapa de la vejez. Además, y por lo mismo, encontramos una gran dinámica en la autogeneración de alternativas para agrupar a los adultos mayores.

El estudio, sin embargo, no pretende explorar ni reflejar la situación de todos los ancianos que viven en sectores populares; ni siquiera toda la realidad de los que habitan en el distrito. Dado que el objetivo central de este trabajo ha consistido en explorar en las percepciones que tienen ellos mismos de sus vivencias de la vejez, era fundamental que contaran con las mínimas condiciones físicas y mentales para comunicarse con nosotros sin intermediarios. Este requisito excluía de plano, como lo pudimos constatar, a un buen número de ellos que, por impedimentos de salud, ya no podían comunicarse verbalmente, o que, por ser inmigrantes recientes de zonas rurales, no hablaban español. Estos hombres constituyen probablemente el sector más precario entre los ancianos, y no nos ha sido posible incluir la interpretación de sus vivencias, por limitaciones metodológicas que reconocemos y que otras investigaciones deberían subsanar. Debemos aceptar, además, que este ha sido el grupo poblacional más complicado que nos ha tocado tratar a lo largo de nuestra experiencia como investigadores, sobre todo en lo que concierne a la exploración de sus subjetividades, dada la “coraza” que han construido durante décadas para proteger su estatus patriarcal y su vulnerabilidad ante los demás y principalmente ante un desconocido a quien en varias ocasiones trataron con mucha desconfianza. También sigue siendo un reto mejorar las vías que nos lleven a lograr una mayor empatía en nuestra labor de investigadores con este sector de la población.

En síntesis, el presente estudio busca explorar analíticamente las vivencias del envejecimiento y las condiciones de vida del adulto mayor masculino y de su entorno familiar en contextos de pobreza, en una zona urbana popular de Lima Metropolitana. De manera más específica, nos ha interesado indagar por las percepciones de los varones adultos mayores acerca de sus vivencias de la vejez y por aquellas de los familiares que conviven con el anciano respecto de su presencia en el hogar y de su relación con los demás miembros del núcleo familiar. También ha sido la intención de este estudio describir y analizar las relaciones de atención y reciprocidad que se dan entre el adulto mayor y otros miembros de la familia con la que habita, y las estrategias de supervivencia que desarrolla en su entorno familiar y social.

Poco sabemos de este proceso, pues son muy escasos o inexistentes en nuestro medio los estudios cualitativos que harían posible que nos introduzcamos en el mundo subjetivo del varón adulto mayor y en las

relaciones intrafamiliares y sociales que entabla para su supervivencia. En respuesta a una situación como la descrita, este trabajo tiene por objetivo llamar la atención de la ciudadanía sobre la complejidad del problema, acerca de que resulta indispensable encontrar formas de integrar más al varón adulto a la dinámica familiar como medio para mejorar la calidad de vida de él mismo y de todos los integrantes del hogar, así como incentivar la creación de espacios reeducativos para adultos mayores que les permitan adecuarse mejor a su nueva situación y, así, mejorar sus relaciones interpersonales y sociales. Este es un campo de estudio todavía virgen como para comprender las repercusiones sociales de los cambios demográficos y, más aun, para estar preparados para enfrentar el creciente fenómeno del envejecimiento.

I. MARCO CONCEPTUAL

La vejez ha estado asociada por lo general a una etapa de la vida que se inicia a determinada edad, cuando las facultades y potencialidades físicas y mentales sufren un descenso importante que impide la ejecución de actividades que sí podían realizarse durante la juventud y la adultez. Para quienes desarrollaban una actividad laboral en el mercado de trabajo, la cesantía está relacionada con esta etapa de decaimiento de las fuerzas físicas y del deterioro paulatino de la salud, y es fijada legalmente en cada país. Hasta hace un par de décadas, en el Perú estaba establecida en 60 años, pero hace relativamente poco tiempo fue elevada a los 65. Un consenso tácito establece la edad en que se inicia la vejez justamente cuando se deja de pertenecer a la población en edad activa. Sin embargo, el momento de decaimiento sustantivo de las fuerzas físicas y de las capacidades mentales y el deterioro de la salud cambian con cada persona. No obstante, personas en pleno desarrollo de sus facultades son consideradas viejas por el solo hecho de haber llegado a determinada edad. El comportamiento de las otras personas hacia ellas cambia, sus oportunidades se restringen, y la percepción sobre sí mismos puede transformarse por su relación con el medio. Cabe preguntarse entonces qué es el envejecimiento en nuestra sociedad, si corresponde solo a una constatación de una situación objetiva —el pertenecer a un rango de edades— y a la observación de una condición física, o si se trata, además, de una construcción social.

1. El concepto de envejecimiento

El envejecimiento no puede ser considerado solo desde el punto de vista cronológico; no obedece a un criterio puramente biológico asociado a trastornos funcionales. Tiene, a la vez, un sentido social, es decir, se construye socialmente y está referido a las conductas y actitudes adecuadas para una determinada edad cronológica, a las percepciones subjetivas que tienen de sí mismas las personas que llegan a determinada edad (lo que llamaremos autopercepciones), y a las que tienen las otras personas que no viven este momento (jóvenes y adultos) con quienes interactúan. Para Ginn y Arber (1996): “La edad es una categoría social con un fundamento biológico, pero la biología nos dice poco acerca de su sentido y significaciones sociales”. Como dice Nué (2001), la ancianidad está relacionada socialmente con el “dejar de ser” muchas cosas, en muchos sentidos: útil, activo, productivo, necesario, fuerte, saludable, etcétera; “dejar de ser” parte de una sociedad que lo deja cada vez más de lado y lo “cotiza” menos.

2. Género y envejecimiento

El sentido de la edad social, con roles diferenciados por rango, coincide de alguna manera con el concepto de género, que obedece también a una construcción social, pues sobre la base de una diferenciación biológica se asignan roles, actitudes y conductas diversas según las personas sean hombres o mujeres. De la misma manera como quienes pertenecen al género femenino tienen una relación subordinada respecto de quienes forman parte del género masculino, identificado este último con la autoridad, el poder y los

privilegios, también los ancianos suelen ser considerados socialmente menos que los individuos que no lo son.

Si cruzamos estas dos categorías, podemos afirmar que la construcción social de género no es la misma en todas las etapas del ciclo de vida, como tampoco lo es el paso del tiempo expresado por la edad cronológica, fisiológica y social para hombres y mujeres. El aspecto fundamental de esta conexión es “[...] comprender cómo se relaciona la edad y el género con la distribución del poder, privilegios y bienestar en la sociedad” (Ginn y Arber 1996).

Así, habría una serie de condiciones cambiantes que permitirían, obstaculizarían o variarían el ejercicio del poder, que es la base fundamental de las relaciones de género, según la edad. De esta manera, la independencia económica de los hijos, la pérdida de ingresos económicos propios, la enfermedad y la minusvalía física, y la falta de redes familiares y sociales, podrían contribuir a una pérdida de poder masculino y a un mayor equilibrio de poderes en las relaciones entre géneros. Sobre todo si las mujeres logran en esta etapa una mayor autonomía en sus movimientos y decisiones y mantienen un soporte mayor en sus relaciones familiares (principalmente con hijos e hijas) y sociales (vecindad e instituciones sociales). Las autopercepciones de los ancianos o adultos mayores¹ y las percepciones de los demás respecto de aquellos tienen como filtro los imaginarios sociales y culturales de género y edad.²

3. Masculinidad y envejecimiento

Estudiar a los adultos mayores varones nos exige conocer los cambios y permanencias de los imaginarios sociales respecto de lo que significa ser hombre en nuestra sociedad. De qué manera el cumplimiento de la normatividad social acerca de los comportamientos por género repercute en la interpretación que los hombres hacen sobre sí mismos en esta etapa de sus vidas, y cómo influye esto en sus sensaciones de malestar o bienestar y en su interacción con los demás miembros de su familia. Para ello se hace necesario plantear de forma resumida cuáles son los pilares fundamentales sobre los cuales se realiza la construcción social de la masculinidad hegemónica.

La frase de Simone de Beauvoir según la cual “No se nace mujer sino se hace mujer” —que alude a que los roles, comportamientos y actitudes femeninas no son naturales ni innatas, sino que se aprenden mediante un largo proceso de socialización— también puede ser aplicada a los varones. No se nace varón, sino que, apenas el recién nacido es reconocido como tal por sus genitales, la sociedad toda hará de él lo que considera que es ser varón en nuestra sociedad. Se alentarán en él determinados comportamientos, creencias, actitudes y convicciones, y se le reprimirán otros. Se le hará sentir que forma parte de un colectivo masculino que es superior y que debe ejercer autoridad

¹ De aquí en adelante usaremos indistintamente estos dos términos como sinónimos.

² Asumimos el concepto de “imaginario” propuesto por Castoriadis (1997), como “formas creadas por cada sociedad [...] mediante las cuales se constituye un sistema de normas, de instituciones en el sentido más amplio del término, de valores, de orientaciones, de finalidades de la vida tanto colectiva como individual”.

sobre el colectivo femenino (Marqués 1997). Una de las bases fundamentales sobre las que se levanta la masculinidad reside en la capacidad de ejercer dominación y autoridad sobre las mujeres. La construcción de la masculinidad hegemónica está atravesada por pruebas mediante las cuales cada varón tendrá que demostrar ante sí mismo y ante los demás, en diversas etapas de su vida, su masculinidad, como si fuera un atributo que siempre está en peligro de perderse (Hernández 1995). Durante la adolescencia, la sexualidad será el eje central de la demostración de la masculinidad, y se expresará por medio de la capacidad de conquistar mujeres y la frecuencia de los actos sexuales. En la adultez, cuando cada varón ha demostrado fehacientemente su virilidad en el matrimonio y la procreación, el centro de la construcción de la masculinidad estará en su capacidad como proveedor, es decir, en su aptitud para sostener económicamente a su familia. Un varón adulto sin trabajo se sentirá socialmente devaluado como hombre (Fuller 2001).

Resulta pues importante conocer cómo interpretan su masculinidad estos hombres llegados a la ancianidad y que, por tanto, han perdido su estatus de proveedores. Según algunas investigaciones, el hecho de haber dejado de ser proveedores trae como consecuencia social su desvalorización (al respecto, véase Nué 2001). Según un estudio de la CEPAL (2004), el hecho de que algunos varones sigan actuando como proveedores durante la vejez les otorga cierta seguridad personal.

Si bien en los últimos veinticinco años las condiciones materiales de vida han cambiado a gran velocidad —lo que ha obligado a las mujeres a irrumpir de forma masiva en el mercado de trabajo, porque los ingresos de sus cónyuges no alcanzaban para la reproducción familiar, o porque estos habían perdido el trabajo o lo tenían solo temporalmente—, los roles tradicionales de género han sufrido transformaciones bastante más lentas. Así, las tareas domésticas asignadas socialmente a las mujeres, de acuerdo con el estereotipo de mujer circunscrita al ámbito del hogar, siguen siendo asumidas por estas a pesar de que laboran fuera de la casa, y con poca o nula colaboración de los hombres. Un amplio sector de varones sigue planteando la construcción de su masculinidad sobre la negación de roles tradicionalmente asignados a las mujeres.

Dado que su socialización primaria se dio en épocas más remotas en las que imperaban roles de género aun más estereotipados, cuando estos hombres — hoy ancianos— llegaron al final de su vida laboral, tuvieron grandes dificultades para desenvolverse en el ámbito doméstico y asumir nuevos roles. Según el citado informe de la CEPAL (2004), en la vejez las mujeres parecen tener ciertas ventajas con respecto a los hombres para desempeñarse en este ámbito. En esta etapa se hace más evidente que los hombres han sido tradicionalmente más preparados y han estado más ocupados en el mundo abstracto e impersonal de la economía de mercado y que su socialización no siempre los capacita para volver al mundo extralaboral. En esta situación es claro que las personas más preparadas, con un mayor conocimiento de la economía doméstica, las que han cultivado los vínculos de solidaridad familiar y, en definitiva, las que pueden estar socialmente mejor preparadas para afrontar esta etapa de la vida, son las mujeres.

4. Roles de género en las actividades domésticas durante la vejez

Las investigaciones consultadas, relativas a otras realidades, como la europea, nos hablan de algunos cambios de roles entre hombres y mujeres en la vejez. Así, Ginn y Arber (1996) dan cuenta de que tanto los hombres cuanto las mujeres jubilados tomaban más parte en tareas masculinas que las personas laboralmente activas, y de que los hombres participaban más en tareas femeninas después de jubilarse. Pero ellas señalan, como un hallazgo interesante, que la realización indistinta de labores tradicionalmente ligadas a cada sexo se relaciona con un mayor bienestar para las mujeres, pero no para los hombres, pues a estos por lo general el trabajo de la casa les resulta desagradable, porque de hecho lo es. En la práctica, pues, las ancianas siguen estando comparativamente más ocupadas que los hombres con las obligaciones domésticas y familiares, sobre todo si están casadas, de manera que tienen menos “tiempo libre” que los hombres jubilados.

En otra investigación, Wilson (1996) señala que las divisiones de género se habían debilitado en la vejez avanzada, sobre todo cuando la mujer había fallecido o cuando estaba inhabilitada. Los viudos no tenían más remedio que realizar actividades estereotípicamente femeninas. Algunos maridos cuyas esposas estaban incapacitadas también cocinaban, iban de compras o se encargaban del lavado de la ropa. Cabe preguntarse hasta qué punto, en circunstancias parecidas, los hombres ancianos asumen con autonomía la satisfacción de sus necesidades y la resolución de sus problemas domésticos, o si más bien dependen de otros familiares para ello. Hay que tener en cuenta que, a diferencia de lo que ocurre en Europa, donde los ancianos por lo general viven solos, en nuestros países, principalmente en contextos de pobreza, las personas de estas edades viven en el seno de familias extendidas. Es probable que estas tareas descansen en otras mujeres (hijas, nueras), a quienes se añadiría a sus cargas habituales —esposos, hijos— la del anciano sin pareja.

Otro aspecto que merece ser destacado es el de los roles asumidos por cada uno de los ancianos (hombre y mujer) en una familia extendida, la mayoría en América Latina en general y en el Perú en particular. ¿Hasta qué punto la funcionalidad o no de la anciana o el anciano respecto de la reproducción familiar tiene como resultado una mayor valorización o desvalorización de cada uno de ellos por los demás miembros de la familia? Es posible que la pérdida del rol de proveedor del hombre lo haría poco funcional al hogar, en tanto que los roles tradicionales femeninos en el ámbito doméstico significarían una continuidad en el quehacer de las mujeres ancianas, con consecuencias positivas para la reproducción familiar. Así, mientras que las mujeres mayores continuarían desempeñando una función fundamental dentro del hogar, en actividades reproductivas de crianza de nietos y otras labores domésticas en apoyo a sus hijas, en un contexto en el que la mayoría de estas últimas salen a desarrollar labores extradomésticas remuneradas, los adultos mayores de sexo masculino, quienes ya dejaron sus actividades laborales, serían muy poco funcionales a la dinámica familiar. Esto se podría agravar en contextos de pobreza y extrema pobreza, en los que estos varones serían considerados como un lastre y una carga pesada para la vida familiar. Hay que indagar si ellos mismos se sienten así, y si esta situación contribuye a crearles cuadros depresivos que los lleven más rápidamente a agravar males crónicos y degenerativos y, concomitantemente, a una muerte más rápida.

5. Relaciones de poder durante la vejez

De acuerdo con la literatura revisada, existe una variedad de situaciones vinculadas a la conservación o a la pérdida de poder de los hombres sobre las mujeres en la etapa de la vejez. Como ya lo anotamos, esto va a depender de un sinnúmero de circunstancias, Sin embargo, la tendencia mayoritaria es a que las relaciones de poder se extiendan hasta la vejez. Pareciera existir una suerte de dinámica de subordinación, de base cultural, muy difícil de romper, que haría que los varones, inclusive en situación de minusvalía, mantengan el poder. En otras ocasiones, aun cuando el poder masculino se mantiene, el control sobre las mujeres se relaja y la violencia contra ellas —si la hubo— disminuye.

En un estudio publicado en 1996, Askham señala cómo la dinámica de malos tratos puede continuar entre matrimonios ancianos. Aun cuando el hombre caiga enfermo, esto no significa que tiene que ser el que pierda el poder; el cuidador puede convertirse en subordinado, sobre todo ahora que la mujer tiene mucho que hacer por el otro cónyuge. En otro trabajo, Rose y Bruce (1996) señalan que incluso los hombres físicamente dependientes mantienen con frecuencia el poder sobre sus esposas. Aunque la enfermedad y la discapacidad son profundamente depresoras, las personas que reciben los cuidados pueden ejercer el poder sobre sus cuidadores; es posible que se mantengan intactas las antiguas pautas de poder familiar, a pesar de la disminución de las fuerzas mentales y físicas. Una mujer decía: “En realidad, siempre nos tuvo a su servicio”, aunque era evidente la satisfacción de otra ante el hecho de que su esposo, antes muy violento, dependiese ahora físicamente de ella.

Según Wilson (1996), el matrimonio constituye un medio de control de las mujeres por los hombres, aun en la vejez avanzada, de manera que la longevidad matrimonial no hace sino reforzar las relaciones convencionales de género. No obstante, él mismo señala que daba la sensación de que los hombres se habían suavizado en la vejez. A veces las mujeres casadas podían aprovechar esta reducción del poder de los hombres para redefinir el género en la vejez. Muchas disfrutaban de una vida social más libre, de hacer más cosas que les apetecían y menos faenas del hogar, sobre todo relacionadas con la cocina.

Este mismo autor encuentra que, durante la vejez, tanto hombres cuanto mujeres pierden poder y son sometidos en muchas ocasiones por otros familiares, principalmente por los hijos, que se vuelven muy controladores. Es el caso de las viudas o viudos que tenían la oportunidad de modificar su forma de vivir al no estar limitados por un cónyuge, pero se encontraban a menudo con que cualquier tentativa de cambio era detenida o criticadas por sus familias. Este autor ha registrado en sus investigaciones que los hijos desaprobaban las relaciones nuevas o recomendaban constantemente a sus padres que no corriesen el riesgo de viajar para visitar a sus amigos o irse de vacaciones. A las mujeres les decían que no se les ocurriese hacer faenas del hogar o que no se hiciesen vegetarianas. En general, las personas mayores manifestaban que los hijos solían ser muy controladores y opuestos a los cambios (Wilson 1996).

6. Redes sociales de los ancianos

Según la bibliografía consultada, la principal red de apoyo es la familia; pero cuando, por alguna razón, esta falta, las redes de amigos, vecinos o de instituciones locales juegan un papel crucial, sea como apoyo fundamental, sea de manera complementaria. Su función no consiste necesariamente en el apoyo cotidiano para la satisfacción de necesidades básicas del anciano, sino que llenan vacíos importantes de afecto, compañía y de oportunidad de actividades que involucren al anciano y contribuyan con su salud mental.

Sin embargo, existirían barreras culturales, en las que están presentes las construcciones de género, para el acceso diferenciado de hombres y mujeres a estas redes, y en las que son los varones los más perjudicados.

La investigación de Wilson (1996) sobre la participación de hombres y mujeres en eventos sociales de instituciones locales que aglutinan a ancianos hace notar que parecía que había muy pocas actividades sociales, fuera de su ámbito familiar, en las que pudieran participar los hombres muy mayores. En prácticamente todas las actividades sociales mencionadas había mucho menos hombres que mujeres. A muchos hombres esto los intimidaba, o les disgustaba, pero daba la sensación de que no afectaba a las mujeres. Algunos dijeron que no tomaban parte de las actividades locales porque eran "demasiado femeninas". Como señala el mismo autor, esto también tiene relación con que la supervivencia masculina es menor que la femenina, razón por la cual para estos hombres una vida más larga suponía una probabilidad mayor de perder amigos y parientes contemporáneos, por su ingreso en instituciones que dan asilo a ancianos o por defunción.

Existirían también una serie de condicionamientos de género, muchos de los cuales son una continuidad o consecuencia de todas sus trayectorias de vida, que obstaculizan la extensión de sus redes sociales de apoyo a los varones ancianos más que a las mujeres.

Según Scott y Wenger (1996), las amistades de los hombres siguen basándose en las actividades compartidas, mientras que las de las mujeres son más íntimas e intensas y tienden a sustentarse en la conversación y en el apoyo mutuo. La mayor parte de las interacciones entre los hombres tiene lugar fuera de casa, mientras que las mujeres se visitan mutuamente. Hay menos pruebas de apoyo mutuo entre los hombres, aunque parece más probable el que se prestan personas de distinto sexo (hombres que apoyan a mujeres y viceversa). Las mujeres suelen seguir haciendo nuevas amistades en el transcurso de la vida, mientras que, en el caso de los hombres, es poco probable que sustituyan a los amigos perdidos. Aunque las redes de hombres y de mujeres se basen en la familia, las de las mujeres suelen incorporar más relaciones extrafamiliares y las de los hombres suelen estar más centradas en sus hijos o hijas (cuando los tienen) y en sus vecinos. La probabilidad de que las mujeres tengan (y mantengan) relaciones de gran confianza con amigas es mayor que la de los hombres, aunque en esto también influye de modo considerable la esperanza de vida. Con frecuencia los hombres muy ancianos se sienten aislados de sus iguales (pues pueden ser pocos los sobrevivientes).

En caso hombres o mujeres enviuden, según los mismos autores, las viudas suelen restablecer la vida social y unirse a otras viudas y a organizaciones voluntarias con mayor facilidad que los viudos. Para estos es más difícil, por

una serie de razones. En primer lugar, ocurre con frecuencia que el apoyo mutuo entre viudos no se acepta culturalmente como norma ni está siempre a disposición del interesado. En segundo lugar, los hombres que se convierten en cuidadores de sus esposas suelen hacerlo a edades superiores que estas en el caso opuesto y durante periodos más largos; en consecuencia, ellos son más viejos, se encuentran peor y son menos capaces de reanudar o restablecer una vida social después quedar viudos. En tercer lugar, los miembros de las redes de apoyo de los hombres suelen estar asociados a sus esposas, y es probable que ellos tengan menos amigos que ellas (de ambos géneros) en estas redes.

En la población anciana predominan las mujeres, en especial las viudas. La viuda tiene un rol mucho más definido en nuestra sociedad que el viudo. Las mujeres que han pasado gran parte de su vida adulta criando a sus hijos e hijas y dedicadas a otras actividades domésticas tienen más oportunidades de desarrollar tipos de relaciones sociales que pueden prolongarse en los años de jubilación. Por otra parte, los hombres cuya vida social en la mediana edad se ha centrado en el trabajo y en actividades de ocio pueden tener dificultades para adaptarse a un estilo de vida hogareño y centrado solo en el vecindario cuando ya no les es posible realizar aquellas otras actividades. Es más probable que las mujeres que sufren la pérdida de su cónyuge y se encuentran incapacitadas tengan amigas en la misma situación que los hombres en caso similar. Quizá por la existencia de estos modelos de rol, las mujeres parecen más capaces de afrontar las pérdidas y problemas que tengan que sufrir en la vejez (Scott y Wenger 1996).

II. METODOLOGÍA

1. Enfoque metodológico

La investigación tuvo como objetivo, por un lado, una aproximación exploratoria, descriptivo-analítica, y desde la perspectiva de género, a los discursos de los varones adultos mayores en torno de sus vivencias de la vejez; y, por otro lado, un acercamiento a las percepciones de las personas adultas que asumen la relación más próxima en el cuidado del adulto mayor respecto de sus relaciones con él.

Buscamos comprender la manera como estos varones interpretan su estado actual de vejez y las relaciones con su pareja, con otros miembros de la familia y con sus redes amicales y sociales, a la luz de las creencias de género. También nos proponemos conocer su capacidad de adaptarse a su nueva condición, asumiendo o no nuevos roles dentro del hogar respecto de los tradicionales por género, su grado de autonomía para autosatisfacer sus necesidades básicas, la capacidad o no de establecer estrategias de supervivencia en un contexto de carencia de condiciones materiales de vida adecuadas y del mayor poder conferido social y culturalmente a los hombres. Desde esa perspectiva, también nos interesó conocer las percepciones de los otros miembros de la familia respecto de la presencia del adulto mayor varón, de las relaciones que entablan con él y de su contribución en los estados de bienestar o malestar de todas y todos. En tanto nuestro propósito fue explorar el mundo subjetivo de los individuos, creímos más adecuado utilizar métodos cualitativos.

Así, se hizo una lectura horizontal o temática con el recurso al programa de análisis cualitativo Atlas Ti, que posibilita la búsqueda de significados y códigos en todos los relatos.

2. Técnicas de recolección de información

La técnica cualitativa que mejor se ajusta a la necesidad de explorar las experiencias individuales es la entrevista en profundidad. Ella nos permitió generar información sobre la relación existente entre las autopercepciones y las prácticas de los actores en torno de estos temas.

3. La muestra

En un principio nuestro universo estaba conformado por varones de 65 y más años y familiares mayores de 18 años. Este criterio fue modificado luego para ampliar la edad de inicio del intervalo a los 70 años, porque constatamos que solo a partir de esta edad cesaban efectivamente de trabajar. La cesantía era el estado que particularmente nos interesaba investigar. Nos propusimos hacer diez entrevistas en profundidad a varones adultos mayores. Para seleccionar los casos quisimos recoger cierta variabilidad de situaciones, en relación con dos temas que nos parecieron los más importantes respecto de las condiciones de supervivencia: por un lado, si contaban o no con pareja; y, por otro, si recibían o no una pensión de jubilación; luego, otorgamos cuotas similares a

los casos que resultaban del cruce de ambas variables. En un principio planteamos una variable adicional: si era o no propietario de su vivienda, pero como la inmensa mayoría lo era en el lugar de estudio, descartamos este criterio. De la misma manera, nos propusimos hacer otras diez entrevistas en profundidad con un familiar adulto de cada uno de los entrevistados anteriores que más cercanamente interactuaba con aquel. Sin embargo, en tres casos no pudimos encontrar al acompañante en varias oportunidades que los buscamos, porque eran viudos y la única persona que vivía con ellos era un hijo que laboraba hasta altas horas de la noche. En un caso no se hizo la entrevista al acompañante porque no lo había. Así, se hicieron en total diecisiete entrevistas (véase el cuadro 1).

Cuadro 1

Número de entrevistas según características del adulto mayor masculino

Situación conyugal	Con pensión de jubilación		Sin pensión de jubilación		Total
	Adulto mayor	Familiar	Adulto mayor	Familiar	
Con pareja	3	3	2	2	10
Sin pareja	2	2	3	0	7
Total	5	5	5	2	17

Tuvimos grandes dificultades para cubrir el número de entrevistas que nos habíamos propuesto, motivo por el cual nos vimos obligados a extender el periodo de trabajo de campo al doble del programado. Aun cuando habían sido concertadas con anticipación, una importante cantidad de citas se frustraron porque, cuando los buscamos para realizarlas, los interlocutores se arrepentían y se negaban rotundamente a aceptar. Notamos una gran desconfianza en ellos y mucha inseguridad. En varios casos exigían que estuviera reunida toda la familia con él, y cuando les explicábamos que la entrevista era confidencial, se negaban a continuar.

Se utilizaron los siguientes criterios de exclusión:

- Que no estén en sus plenas facultades mentales y de audición y habla para participar en la entrevista. Tuvimos varios casos contactados en los que los ancianos no hablaban español y dos que tenían problemas físicos para expresarse con claridad, por lo que no pudimos realizar la entrevista.
- Que no aceptasen voluntariamente participar en el estudio. Para ello se aplicó un formato de consentimiento informado.

4. Consideraciones éticas

Se aseguró que el consentimiento informado implique una participación voluntaria en el estudio, sin coerción de ningún tipo, con la posibilidad de los entrevistados de retirarse en el momento que lo desearan e informarlos debidamente sobre los objetivos del estudio y su participación en él.

La confidencialidad durante y después de la realización de las entrevistas implicó que la información recogida no altere el derecho al anonimato de estas personas, ni defraude la confianza otorgada para su participación en el estudio. Para ello se tuvo cuidado en que las entrevistas se realicen en privado y, además, de desarrollar mecanismos de seguridad sobre las grabaciones y transcripciones. Asimismo, se cambiaron los nombres de todos los participantes para que no pudiesen ser identificados.

5. Características sociodemográficas de los participantes del estudio

Las edades de los participantes del estudio oscilan entre los 70 años el menor y 86 años el mayor. Todos ellos son inmigrantes de distintas regiones del Perú, y ocho arribaron a la capital en su adolescencia. El grado de escolaridad de todos es muy bajo: la inmensa mayoría ha cursado apenas algunos años de educación primaria y solo dos algunos años de secundaria. Cinco de ellos son casados, tres son viudos, uno separado y uno soltero. A excepción de uno que ha vivido siempre solo, los demás viven con varios de sus hijos, algunos solteros y otros casados, y con algunos nietos. En tres de los casos viven acompañados solamente por un hijo varón. Por último, como ya dijimos, cinco cuentan con pensión de jubilación (véase el cuadro 2).

Cuadro 2

Características demográficas de los adultos mayores participantes del estudio

Nombre	Edad	Lugar de nacimiento	Nivel de educación	Edad a la que llegó a Lima	Estado civil	Con quiénes vive	Con pensión de jubilación	Ocupación antes de cesantía	Zona de residencia en Villa María del Triunfo
Marcos	78	Huancaavelica	Primaria incompleta	15	Casado	Esposa y 2 hijos	Sí	Obrero en empresa de construcción civil	César Vallejo
Julio	81	Ayacucho	Secundaria incompleta	13	Casado	Esposa, 2 hijas, un hijo, una nieta	Sí	Chofer de empresa de transportes	José C. Mariátegui
Mario	71	Lambayeque	Secundaria incompleta	19	Casado	Esposa, 2 hijos y nietos	No	Obrero contratado de empresa de construcción civil	César Vallejo
Santiago	83	Huachichirí - Lima	Primaria completa	14	Casado	Esposa	No	Comerciante en mercado	Nueva Esperanza
Teófilo	74	Apurímac	Primaria incompleta	18	Casado	Esposa, 2 hijos y nietos	Sí	Obrero de municipio distrital	José C. Mariátegui

Fortunato	83	Pasco	Primaria incompleta	18	Viudo	3 hijas, un hijo, nietos	Sí	Empleado de municipio distrital	El Cercado
Timoteo	70	Piura	Primaria incompleta	20	Separado	Un hijo	Sí	Obrero de ministerio	El Cercado
Daniel	78	Áncash	Primaria incompleta	44	Viudo	Un hijo	No	Vendedor ambulante	José C. Mariátegui
Eduardo	73	Pasco	Primaria completa	39	Soltero	Solo	No	Albañil independiente	José Gálvez
Rodrigo	86	Junín	Primaria completa	20	Viudo	Un hijo	No	Vendedor ambulante	Nueva Esperanza

6. El contexto

VILLA MARÍA DEL TRIUNFO

Distrito ubicado en la zona sur de Lima, aproximadamente a la altura del kilómetro 17 de la carretera Panamericana Sur. Colinda por el norte y el oeste con el distrito de San Juan de Miraflores, por el sur con los distritos de Villa El Salvador y Lurín, y por el este con los distritos de Pachacámac y La Molina. Está conformado por una serie de quebradas donde hay numerosos asentamientos populares, la mayoría de los cuales están articulados por la avenida Pachacútec y la antigua carretera a la fábrica de Cemento Atocongo. Villa María del Triunfo adquirió su reconocimiento como distrito el año 1961. Se estima que actualmente tiene alrededor de 350 mil habitantes.

Se inició como asentamiento urbano en 1952, gracias a una adjudicación de terrenos eriazos otorgada por el Gobierno de Manuel Odría a la Asociación Pro Vivienda El Triunfo, institución formada en el distrito de Surquillo por obreros y empleados empobrecidos que habitaban en zonas tugurizadas de los barrios céntricos de Lima. Un año antes se había constituido el asentamiento Nueva Esperanza en un terreno previamente denunciado para su adjudicación a la mencionada Asociación. Sin embargo, en una maniobra política el Gobierno envió a ese lugar a los habitantes que fueron erradicados de los tugurios del distrito de La Victoria. Por ese entonces ya existían pequeños asentamientos desarticulados en otras áreas del territorio de lo que es hoy el distrito. Así, desde la década de 1940 habitaban en la zona llamada Tablada de Lurín pequeños agricultores. De la misma forma, en José Gálvez se había instalado un grupo de pobladores que trabajaban en la fábrica de cemento cercana al lugar.

Uno de los sectores más grandes de este distrito es José Carlos Mariátegui, que se formó a inicios de la década de 1960 a raíz de que una empresa de producción de materiales de construcción a la que el Estado había adjudicado los terrenos exclusivamente para estos fines creó una asociación pro vivienda fantasma para vender terrenos en la zona. La empresa utilizó los medios masivos de comunicación para ofrecer estos terrenos eriazos. Así se formó este gran asentamiento.

Más tarde, y de manera paulatina, la zona fue llenándose de invasiones de terrenos por una población muy empobrecida. Muchos de los invasores ocuparon los terrenos más escarpados del lugar y bautizaron cada asentamiento con diversos nombres. De esta manera se han formado barrios como el 19 de Julio y el César Vallejo, lugares de residencia de algunos de nuestros entrevistados.

En la parte central del distrito, conocida como El Cercado, se asentaron los socios de la Asociación Pro Vivienda El Triunfo, a cada uno de los cuales se le asignaron 500 metros cuadrados, tomando en cuenta que en la justificación para el pedido de adjudicación se señalaba que el destino sería la construcción de casas-huertas. La Asociación se encargó, con las cuotas de sus afiliados y el dinero proveniente de la realización de actividades de recolección de fondos, de construir todos los equipamientos comunales (apertura y trazado de calles, escuelas, posta médica, comisaría), en un lento proceso. La población consiguió que la red pública de agua y alcantarillado llegara al distrito apenas en 1976, después de veinticuatro años de su fundación.

Hoy luce como un barrio urbanísticamente consolidado: cuenta con los principales servicios (agua y desagüe, luz eléctrica y teléfono), y sus principales calles y avenidas están asfaltadas. Sin embargo, en el propio distrito hay una situación de desigualdad evidente; amplias zonas, ubicadas en las partes más altas de los cerros, son muy pobres: carecen de todos los servicios y las condiciones de vida son allí muy precarias. Su población es también muy heterogénea: hay desde profesionales o comerciantes, que podríamos considerar como de clase media, hasta amplios sectores muy pobres, desempleados y que carecen de lo mínimo indispensable para sobrevivir.

ORGANIZACIONES DE APOYO AL ADULTO MAYOR EN VILLA MARÍA DEL TRIUNFO

Antecedentes

A principios de la década de 1990, el Instituto Peruano de Seguridad Social (IPSS) creó el programa La Edad de Oro. En la Presidencia del IPSS estaba entonces el señor Luis Castañeda Lossio, actual alcalde de la ciudad de Lima. El programa ofrecía a los jubilados, con la promoción de las clínicas del IPSS de cada distrito de Lima Metropolitana, diversas actividades en los colegios: juegos de salón, charlas psicológicas, atención de pedicuristas, sesiones de biodanza, Tai Chi, gimnasia, etcétera. Cuando culminó la gestión del señor Castañeda, el programa desapareció. El programa era dirigido en cada localidad por un equipo de profesionales integrado por una psicóloga, un médico y una asistente social. A principios de 1995, cuando los profesionales que trabajaban en Villa María del Triunfo fueron informados de que el programa desaparecería, incentivaron a los adultos mayores a organizarse en una asociación y apoyaron las gestiones para la conformación de la Asociación Club de Jubilados de Villa María del Triunfo.

Más tarde el IPSS, cuyo nombre fue cambiado por el de EsSalud, creó los Centros del Adulto Mayor, pero solo en algunos lugares. A pesar de los intentos de los jubilados de Villa María del Triunfo por ser reconocidos como "Centro", sus esfuerzos hasta el momento han sido vanos. Sin embargo, sí es reconocida como tal la organización de jubilados perteneciente a una de las

zonas más alejadas del distrito, el asentamiento humano José Gálvez, agrupación que, además, está aglutinando a personas de las poblaciones aledañas a este asentamiento.

*Asociación Club de Jubilados de Villa María del Triunfo*³

Se creó el 30 de mayo de 1995 con un grupo de ocho jubilados que pertenecían al programa La Edad de Oro del IPSS y que contaban con la asesoría de algunos profesionales de esta institución. Las semanas siguientes se realizó un arduo trabajo para convocar a todos los jubilados del programa anterior, y, luego, para inscribirlos. Después abrió sus puertas a cualquier adulto mayor sin importar que fuera pensionista o no. Actualmente son 730 socios inscritos, de los cuales hay 322 socios activos, es decir, quienes cotizan regularmente los dos soles mensuales que cuesta la membresía y asisten a las actividades programadas por la Asociación.

Hoy la mayoría de sus actividades son autofinanciadas. Sin embargo, y gracias a las gestiones de sus directivos, han conseguido que EsSalud y otras instituciones privadas los apoyen con algunos profesionales. Al principio lograron que el Instituto Peruano del Deporte (IPD), institución gubernamental, les enviara profesores de gimnasia, danzas y, durante el verano, un profesor de natación, pero luego les suspendieron toda esta ayuda, aduciendo falta de presupuesto. Para no perder el concurso de estos profesores, la Asociación ha acordado que sus socios deben contribuir con una cuota extraordinaria de 5 nuevos soles por trimestre para poder pagar al IPD. Es así como mantienen este servicio profesional. El Centro del Adulto Mayor del Distrito de San Juan de Miraflores, apoyado por EsSalud, les envía esporádicamente una psicóloga, que dicta charlas, y ahora también una profesora de Tai Chi. Han conseguido, asimismo, que el Centro Peruano Japonés, entidad privada, los apoye enviándoles un profesor de biodanza. Los frecuentes paseos que organizan, en algunos casos fuera de Lima, son autofinanciados, y las cuotas cobradas para esta actividad les reportan siempre un saldo favorable que les permite comprar algún equipamiento mínimo para funcionar. Tienen actividades recreativo-educativas casi todos los días de la semana, como se puede apreciar en el cuadro 3.

Cuadro 3

Asociación Club de Jubilados de Villa María del Triunfo: Cronograma de actividades durante la semana

	Lunes	Martes	Miércoles	Jueves	Sábados
Actividad	Tai Chi	Orientación psicológica/Cerámica	Gimnasia	Danzas/Natación	Actividades deportivas libres
Institución que apoya	EsSalud	EsSalud/Autofinanciado	EsSalud	Autofinanciado	Autofinanciado

³ Entrevista con el señor José Sánchez, presidente de la Asociación.

Además, todos los días hay juegos de mesa (damas, sapo y casino). Cuando visitamos esta institución pudimos observar que quienes realizaban estos juegos de mesa eran exclusivamente hombres. En la mayoría de las actividades deportivas y recreativas, en cambio, la proporción por sexo es de un hombre por cada cinco mujeres. Según los directivos entrevistados, la mayoría de los socios hombres no quiere participar en las otras actividades porque considera que son para mujeres.

Las otras organizaciones de adultos mayores en el distrito

Existen en el distrito otras instituciones que, a diferencia de la situada en el asentamiento José Gálvez, organizada por EsSalud, se han formado espontáneamente, respondiendo a las necesidades de los adultos mayores. La mayoría de ellas está ubicada en la zona central del distrito, en El Cercado, lugar donde también funciona la Asociación Club de Jubilados de Villa María del Triunfo. Varias de estas todavía no se han consolidado institucionalmente, y sus personerías jurídicas están en trámite. También ofrecen una variedad de servicios deportivos y recreativos a sus asociados y son esporádicamente apoyadas por instituciones filantrópicas como el Rotary Club.

El centro que está en José Gálvez ha logrado convocar el mayor número de jubilados, muy probablemente gracias a que es apoyado por EsSalud, razón por la cual no cobra a sus participantes. Hay que anotar que todos los adultos mayores que participaron en este estudio viven a una distancia relativamente cercana del centro de operaciones de alguna de estas instituciones (véase el cuadro 4).

Cuadro 4

Instituciones que agrupan a adultos mayores en el distrito, según zona de ubicación

Nombre de la institución	Zona en que se ubica dentro del distrito	Número de socios
Asociación de la tercera edad Raymi-Cusi	José Carlos Mariátegui	35
Club de Jubilados Rosa de Lima	El Cercado	78
Asociación Club de Jubilados de Villa María del Triunfo	El Cercado	730
Asociación del Adulto Mayor Nuevo Amanecer	El Cercado	35
Asociación del Adulto Mayor Las Tres Marías	El Cercado	100
Asociación La Edad Dorada	El Cercado	28
Asociación Esperanza de Vivir	El Cercado	100
Asociación La Edad de Oro	Nueva Esperanza	60
Centro del Adulto Mayor de EsSalud	José Gálvez	900

III. RESULTADOS DE LA INVESTIGACIÓN

Hemos dividido este capítulo en cuatro partes, que guardan relación con nuestros hallazgos sobre los aspectos centrales en los que se basa la interpretación y las percepciones de los adultos mayores respecto de sus vivencias de la vejez. En la primera parte exponemos su interpretación de la continuidad o de la pérdida de su rol como proveedores, una de las características centrales que les asigna a los hombres adultos la masculinidad hegemónica y que es fuente de poder y de valoración social. En la segunda parte analizamos el tipo de relaciones que entablan en el hogar, los cambios y las permanencias en las relaciones de control y poder para con la pareja, los hijos y nietos, a partir de sus propias percepciones y las de las personas que cohabitan con él. La tercera parte está dedicada al estudio del tipo de relaciones sociales que teje el adulto mayor más allá del núcleo familiar, a las percepciones que tiene de sus vínculos amicales y a su participación en instituciones, así como a los beneficios y carencias que percibe como resultado de esta interacción. Por último, en la cuarta parte discutimos las percepciones de su situación actual, en las que juegan como condicionantes que se yuxtaponen y acumulan o contradicen los aspectos antes mencionados, brindándoles sensaciones de malestar o de bienestar en sus vivencias de la vejez.

1. Función como proveedor y percepciones de la cesantía

La cesantía es el acontecimiento que marca, en la mayoría de las ocasiones, el inicio de la vejez en la percepción de uno mismo y en la de los demás. Ocurre en edades diversas: si se labora como dependiente, la edad de jubilación está normada por la ley; si se trabaja por cuenta propia, la cesantía no llega siempre de manera voluntaria, sino más bien obligada por el importante decrecimiento de las fuerzas físicas o porque los demás consideran que no deben dar empleo a alguien considerado socialmente como de edad avanzada. En cualquiera de los casos, la cesantía cobra un significado especial para quienes, como los hombres, han construido su identidad masculina adulta en el ámbito laboral, ubicado en la esfera de lo público, en su rol fundamental de proveedor del espacio doméstico. Tradicionalmente esto les otorgó mayor poder y autoridad y fue fuente de su valoración social.

¿Qué ocurre cuando dejan de trabajar? ¿Qué permanencias, cambios o acomodados surgen de su situación actual? ¿Cómo se percibe a sí mismo el adulto mayor varón en esta nueva posición? Y, por último, ¿de qué manera influye en sus sensaciones de malestar o bienestar y, por ende, en su calidad de vida? Estos son los temas que discutiremos a continuación.

a. ACTIVIDADES LABORALES QUE DESARROLLABAN ANTES DE LA CESANTÍA

A diferencia de Daniel y Eduardo, que llegaron a Lima ya mayores, todos los demás arribaron muy jóvenes a la capital. En el caso de Marcos, Julio y Santiago, ellos viajaron a Lima aún púberes, con la intención de continuar sus

estudios y trabajar. Solo lo consiguió, y por pocos años, Julio, que laboraba en el día y estudiaba en la noche, mientras que los otros dos se dedicaron desde el primer momento únicamente a trabajar. Hay que señalar que, a excepción de quienes llegaron mayores, los demás arribaron a Lima entre 1935 y 1954, periodo en el que se ampliaron los servicios urbanos en esta ciudad, se dio un auge en las actividades de la construcción y la minería, se inició el desarrollo industrial y se produjeron las grandes oleadas migratorias, por lo que era comparativamente más fácil incorporarse al mercado laboral, aun con muy baja calificación, como ha sido el caso de todos ellos.

Al poco tiempo de su arribo, todos se insertaron en el mercado de trabajo. Primero, mientras eran menores de edad, en el comercio ambulatorio, ayudantes en servicio de limpieza y cocina en casas de pensión, restaurantes y, posteriormente, en empresas de construcción civil (Marcos y Mario), transportes (Julio), como obreros en municipios distritales (Teófilo y Fortunato) y en un ministerio (Timoteo). Solo Rodrigo, uno de los que llegó muy joven, luego de trabajar como cargador de materiales de construcción por unos años, se dedicó a vender de manera ambulante baratijas (actividad en la que por buen tiempo le fue bien) y posteriormente verduras. El caso de Santiago fue también algo diferente, pues se inició como obrero en la Cerro de Pasco Mining Corporation, pero más tarde, cuando sus hijos no podían seguir estudiando en el campamento minero, tuvo que renunciar. Una vez adquirido su lote de terreno en la zona de Nueva Esperanza en Villa María del Triunfo, y ante la falta de oferta comercial en el lugar, decidió fundar con otros pobladores un mercado, donde laboró por muchos años hasta su retiro. Daniel y Eduardo, que llegaron a Lima en la década de 1970, tuvieron mayores dificultades para incorporarse en el mercado formal de trabajo, tanto por sus edades (44 y 39 años respectivamente) cuanto por el hecho de que la competencia por los puestos de trabajo era mucho mayor y su calificación era muy baja (primaria incompleta y primaria completa respectivamente). Eduardo cargaba incluso una desventaja mayor: un defecto congénito en una pierna. Así que desde el inicio tuvieron que trabajar por cuenta propia: Daniel como vendedor ambulante y Eduardo como albañil independiente.

Todos ellos aducen que lo que ganaban, aunque pobremente, les alcanzaba para vivir, y, salvo Eduardo, hasta para mantener a su familia. Este último nunca quiso casarse y formar una familia, porque siempre consideró que no tenía los medios económicos para sostenerla, pues sus ingresos eran intermitentes: a veces conseguía trabajo y en otros momentos estaba de para. Hay que anotar que es el único de los entrevistados que no tiene vivienda propia; vive precariamente en un corralón, donde es el guardián:

Nunca me he casado, porque primero hay que tener casa, un trabajo más o menos estable, pues; si no cómo. La señora también necesita ropa, cama, todo, y uno de dónde. Cuando llega a tener sus hijos, vas a tener hijos que no saben ni leer, ni escribir; para eso mejor no. Hay que ser fuerte también para quedarse solo. No es fácil, ¿no? (Eduardo).

Los demás, de diversas formas y en momentos distintos, fueron adquiriendo lotes de terreno (por compra, adjudicación o invasión) en las áreas eriazas de las diversas zonas de Villa María del Triunfo, y construyendo lentamente y en muchos años sus viviendas. Todos los titulares de vivienda, a excepción de Julio y Rodrigo, que viven en casas levantadas muy precariamente, las han construido de material noble.

La mayoría de ellos considera haber cumplido cabalmente su rol como proveedor. Según Santiago, de esa manera se ha realizado como hombre adulto, es decir, como hombre pleno; y eso es motivo de reconocimiento social y fuente de satisfacción. Timoteo añade cómo el tener ingresos suficientes le permitía mayor autonomía, cumplir los objetivos que se proponía. Hoy, sin embargo, sus exiguos ingresos le impiden realizarse, y esto le produce frustración y malestar:

Me sentía bien realizado como hombre, porque no le hacía faltar un pan para mis hijos (Santiago). Bien, porque nunca les ha faltado a mis hijos nada, principalmente los alimentos que es la base, vestimenta, educación (Mario). Tranquilo, feliz, a todos les he educado hasta media cumplida. Ya no querían estudiar, querían trabajar, y así quedaron. Uno no más he sacado ingeniero de planos (Daniel). Cuando trabajaba, mal que bien, no me faltaba y podía hacer cosas que ahora ya no puedo (Timoteo).

b. PERCEPCIONES DE LA CESANTÍA

Cuándo dejaron de trabajar y por qué no continuaron laborando

El momento y las razones por las que no siguieron laborando dependieron, en primer lugar, de si trabajaban o no para una institución formal y, por tanto, de si contaban o no con derecho a recibir una pensión de jubilación al llegar a determinada edad. En segundo lugar, para la mayoría de quienes laboraban por cuenta propia, su decisión de optar por la cesantía tuvo que ver con condiciones físicas que les impedían continuar; por esta razón, la edad de cese fue para ellos más alta que en el caso de los primeros. Para otros contó principalmente el hecho de que, por su avanzada edad, nadie les diera la oportunidad de trabajar, aunque ellos se sientan con las fuerzas para seguir haciéndolo. Veamos cada caso.

En el caso de Marcos, Julio, Teófilo, Fortunato y Timoteo, que trabajaban en instituciones formales, tanto estatales cuanto privadas, tenían derecho a pedir su cese y empezar a recibir su pensión de jubilación cumplidos los 60 años, por la ley vigente en ese entonces. Marcos fue animado a retirarse por familiares o compañeros de trabajo; Fortunato dejó de trabajar con la convicción de que estaba quitándole la oportunidad a otro más joven; y Teófilo se jubiló porque se sentía muy cansado. Todos, sin embargo, se retiran con la seguridad de que contaban con una pensión de jubilación:

Me jubilé porque ya mi familia y mis amigos me dijeron: “Ya a la edad que tienes, ya hay derecho para que te jubiles”. Era ya

tiempo para jubilarme. El ingeniero para el que trabajaba me decía: “Marcos, tienes que hacer ya tu jubilación, yo te ayudo”. Así me animaban (Marcos). Yo pensé y dije: “No quito pan a otra persona; esa persona puede trabajar acá”. Así que, ya pe, 33 años de trabajo, basta” (Fortunato). Me jubilé porque ya estaba cansado, y ya tenía la edad (Teófilo).

A diferencia de Fortunato, que como empleado municipal no había desarrollado un oficio que le diera alguna habilidad especial para trabajar por cuenta propia, los otros cuatro, una vez que se jubilaron en sus respectivos trabajos, continuaron desempeñándose por unos años más en sus oficios o en actividades afines a las que hacían antes. Así, hasta hace cuatro años Marcos continuó ‘cachuelándose’ ayudando a sus hijos que son carpinteros, pero luego las dificultades de estos para conseguir clientes y la necesidad de bajar costos al máximo hicieron que no le pudieran pagar más por sus servicios y lo obligaron a la para definitiva, a pesar de que él aún se sentía con fuerzas para seguir laborando. Teófilo desarrolló, como parte de sus labores municipales, la habilidad en el cuidado de parques y jardines. Esto le permitía hacer ‘cachuelos’ de manera simultánea en residencias particulares, y pudo mantener a sus clientes hasta después de la jubilación. Aun hoy sigue realizando esta labor, pero cada vez más esporádicamente, porque algunos de sus clientes han fallecido o han viajado. Julio y Timoteo, que eran choferes profesionales en sus centros de trabajo, inmediatamente después de su jubilación fueron contratados por algunas familias acomodadas para continuar haciendo este servicio. Julio siguió trabajando unos seis años más, pero percibía que esta labor era muy pesada y se sentía muy cansado, así que optó por retirarse definitivamente. Timoteo trabajó unos siete años más, pero cuenta que era permanentemente maltratado por su patrón, razón por la cual decidió dejar ese trabajo. Cuando quiso buscar otro, su edad hizo que fuera constantemente rechazado:

Luego de eso he buscado muchísimo. Hasta hace poco me llamaron de una agencia, pero al presentarme parece que el de la agencia me dijo que era importante la edad y que él iba a hablar con la señora; pero no, ya no me llegó a llamar. Entonces ya he decidido resignarme (Timoteo).

Ahora veamos el caso de quienes no tuvieron un vínculo laboral estable con alguna institución formal y, por tanto, no percibieron el beneficio de la jubilación. Mario trabajó para distintas compañías constructoras, pero siempre fue contratado para realizar trabajos eventuales. Como sus empleadores no aportaron al fondo de jubilación ni a la seguridad social, Mario no pudo percibir estos beneficios. A partir de los 56 años le fue cada vez más difícil que lo contrataran, pero aun así siguió laborando de manera cada vez más esporádica por varios años más, a pesar de que sentía que ya no tenía las fuerzas suficientes para trabajar en un oficio tan pesado como la construcción. Hace cuatro años, cuando cumplió los 67, nadie le quiere dar trabajo:

Ahora ya no trabajo. Algunos me dicen: "Tú aún estás joven", pero mis fuerzas yo sé que no me ayudan. Luego volví a buscar trabajo, pero donde solicitaba muchos me decían que yo debía estar jubilado y que ya como yo estoy "tío", con la frase que tienen ahora las personas, dándome a entender que ya estaba anciano, ¿no? (Mario).

Santiago trabajó en su puesto en el mercado hasta los 72 años, edad a la que se sintió muy cansado y por eso pensó en cesar. Sus hijos ya eran mayores y podían continuar laborando, así que, valiéndose de su cargo de dirigente gremial, consiguió para cada uno de sus cuatro hijos varones un puesto en el mercado y les repartió un pequeño capital para que se iniciasen. Él, por su parte, tenía ahorrado en el banco un fondo suficiente que le permitiría vivir su vejez sin mayores sobresaltos. Sin embargo, al poco tiempo sus hijos le propusieron que ese dinero, en vez de estar depositado en el banco, lo podía invertir, a cambio de lo cual le ofrecieron una mensualidad de por vida. Santiago aceptó, y entonces empezó su drama. Pero a ese tema nos dedicaremos más adelante.

Desde que llegó a Lima, Daniel trabajó como vendedor ambulante de ropa, actividad para la que contaba con un triciclo. A los 75 años le apareció una prostatitis que le impedía continuar laborando. Se operó, pero no quedó bien. Ya para entonces había vendido su triciclo y se veía obligado a expedir sus productos en el suelo, lo que le ocasionó mayores problemas de salud. No podía permanecer agachado, porque si lo hacía le dolía todo el cuerpo, así que se vio obligado a abandonar sus actividades. A partir de entonces su situación económica es muy precaria y vive del esporádico apoyo que le dan sus hijos. De vez en cuando, cuando no tiene lo mínimo para sobrevivir, debe salir a los mercados y volver a vender en el suelo, resistiendo sus malestares.

Eduardo realizó labores de albañil de manera independiente hasta 1992, cuando contaba con 60 años. A partir de entonces, y como resultado de la crisis económica y la caída de la industria de la construcción, ya no encontró trabajo en ese rubro. Consiguió luego, en un mercado de la zona, tomar como concesionario el mantenimiento y la atención de un baño público por el que se cobraba a los usuarios, a cambio de lo cual él tenía que pagar un alquiler mensual a los directivos de ese centro de abastos. Realizó esta labor hasta hace dos años, cuando ya había cumplido los 71. Pero entonces le sobrevino una artritis que prácticamente lo inmovilizó y le impidió continuar con el trabajo. Logró que una vecina de su barrio lo reemplazara en el cuidado y atención del servicio, y él empezó a recibir un pago de 5 soles diarios.

A los 83 años, Rodrigo, que trabajó toda su vida como vendedor ambulante, se vio obligado a abandonar esta actividad y fue reemplazado por su hijo. La causa más importante de su cese fue el deterioro de su salud, pues sus crecientes problemas de visión y audición se vieron aun más complicados con un accidente que sufrió en su casa al querer hacer una reparación en el techo. Resbaló y cayó fracturándose la rodilla, y a pesar de que fue atendido de emergencia y se recuperó de la fractura, le quedó un dolor permanente que le impide desarrollar cualquier trabajo físico.

Estos hombres que no reciben una pensión de jubilación han trabajado hasta que sus fuerzas físicas y su estado de salud se los permitieron. Su situación se ha vuelto tan precaria desde entonces que desean continuar laborando, pero ya no pueden: la mayoría por razones físicas, otros porque, por su edad, nadie les quiere dar trabajo.

Autopercepciones por no seguir laborando

El aspecto más importante que diferencia la interpretación de los adultos mayores respecto de su situación de cesantía es el hecho de si reciben o no una pensión de jubilación, aunque esta sea muy baja y en varios casos insuficiente para su manutención.

Quienes reciben una pensión de jubilación la consideraron desde el principio insuficiente, y por eso, como ya dijimos, casi todos continuaron laborando luego de jubilarse, hasta que las fuerzas se lo permitieron. Aunque ahora se quejan de que lo que reciben como pensión no les alcanza, lo que les ocasiona preocupación y malestar, continúan percibiéndose como proveedores y en algunos de los casos incluso como principales proveedores, situación que les otorga cierta seguridad en sí mismos. En los casos de Julio y Teófilo, sus ingresos son los principales de la casa, y con ellos mantienen no solo a su cónyuge sino además a algunos nietos, y hasta apoyan económicamente a sus hijos mayores:

Lo que recibo es para mantener a mi esposa y a mi hijo que está enfermo, y tengo una nietecita también que está con nosotros. Le ruego a Dios que me preste vida hasta que termine su secundaria por lo menos (Julio). Con lo que recibo ayudo a mis hijos y a mis nietos que están acá. Mis hijos no consiguen trabajo: yo tengo que ayudarlos. Nadie me ayuda; más bien mi hija misma viene. Cuando dice: "Papá, no tengo", yo le paso plata (Teófilo).

En la mayoría de los casos, los hijos adultos y sus propias familias continúan viviendo en la casa paterna. Esto hace que los otros tres pensionistas compartan los gastos de la casa. Así, si bien estos adultos mayores no se sienten los únicos proveedores, siguen considerándose como los principales, lo que contribuye a mantener su sensación de seguir siendo la cabeza de la familia. Además, los hace sentir bien no depender de los hijos y tener cierta libertad para cubrir sus necesidades y algunos gustos propios:

Soy jubilado y recibo pensión; con eso mantengo a mi esposa. Mis hijos tienen que colaborar para la comida, una pequeña cantidad para pagar el agua, la luz. Nos ayudamos entre todos. Ellos aparte no me dan, solamente para la comida, para que cocine mi esposa para todos (Marcos). Yo tengo que dar a mi hija una parte de lo que recibo; con la otra parte tengo que comprar algunas cositas para los nietos: fruta, galletita, chocolatito. Yo solo no voy a gastar todo. Un trago a la vuelta de la casa tomo. Todos

lo que viven en casa ponen. Cuando necesito, yo les pido a mis hijos prestado; no que me regalen, no. No van a decir mañana más tarde: “Le mantengo a mi papá”. Eso nunca (Fortunato).

Si bien todos ellos están disconformes porque su pensión no les alcanza para cubrir sus necesidades cotidianas, la mayoría se ha resignado a acomodarse a esos ingresos y a la imposibilidad de conseguir un empleo que les permita complementar, como antes, lo que perciben. La excepción está dada por Timoteo, que aún no acepta esta situación, porque sus expectativas son distintas de las de los demás. Varios años después de que su esposa lo dejó, Timoteo estableció una relación con otra pareja bastante más joven que, según Timoteo, estuvo con él hasta cuando tenía ingresos adicionales a su precaria pensión de jubilado. Él está obsesionado con que solo podrá recuperar la relación incrementando sus ingresos. Su situación se ve agravada por el estado de depresión en el que está desde entonces —diagnosticado por los médicos— y por el hecho de que se resiste a ser tratado en la Seguridad Social, pues desconfía de la idoneidad del sistema y cree que atenderse en esos establecimientos una pérdida de tiempo. Esto le exige mayores gastos económicos que su pensión de jubilación no puede cubrir, por lo que se ve obligado a pedir ayuda a sus hijos. Pero esa dependencia económica le produce un mayor malestar, principalmente porque se siente humillado y también desvalorizado, pues cree que aún tiene fuerzas para seguir laborando; sin embargo, nadie le quiere dar trabajo. Este es otro ingrediente que agrava su depresión:

Me siento incompetente. Usted sabe que cuando uno tiene dinero en el bolsillo puede realizar sus cosas y ordenar en su casa, ¿no? Pero si no tiene nada, es triste depender de los hijos, me parece a mí. Como nunca he estado acostumbrado y me da la impresión de que yo estoy pidiendo una limosna, algo así, me da vergüenza también. Me da mucha pena que no me den trabajo, porque digo: “Carajo, me siento bien y no me quieren dar trabajo por la edad”. Quisiera que no me cierren las puertas, que no me hagan sentir inútil, sentirme útil a la sociedad siempre. Quién no va a querer seguir ganando sus centavos, que le valoren de acuerdo a su trabajo. Eso es lo que yo quisiera ¿no? (Timoteo).

Los sentimientos de los adultos mayores que no perciben una pensión de jubilación son similares a los de Timoteo, pero su situación económica es aun más precaria. Algunos, como Mario, quisieran seguir trabajando, sienten que aún pueden hacerlo, pero ya nadie les da trabajo. El mismo Mario señala que las personas lo discriminan y lo desvalorizan con términos peyorativos que lo hieren profundamente. Esa situación le provoca depresión, impotencia y frustración:

Donde solicitaba trabajo me decían que yo debía estar jubilado, y me daban a entender que ya estaba anciano. Entonces, cada día en lugar de tener más ánimo me bajaban la moral y yo venía: “No,

no quieren, quieren muchachos”. Y a veces hasta renegaba con esas personas: “Ahora quieren jóvenes para explotarlos como me han explotado a mí”, y salía. Imagínese cómo podría sentirme al salir de mi casa en ayunas con la esperanza de que voy a encontrar algo para traer a mi hogar y que me respondan de esa forma. Sentía una impotencia única, una gran frustración (Mario).

Los demás hace tiempo que se resignaron definitivamente a no buscar trabajo, porque están seguros de que nadie se los dará y porque tampoco se sienten con fuerzas para seguir laborando. Tienen la sensación de estar totalmente desamparados, hartos de sus vidas, muy deprimidos, y solo esperan que llegue pronto el final. A diferencia de ellos, Rodrigo mantiene, en medio de su malestar por no tener fuerzas para seguir trabajando, un sentimiento de conformidad con su situación, amparado en su profunda fe religiosa: es miembro activo de la Iglesia Pentecostal y predicador permanente de sus creencias:

Me siento cansado, triste, aburrido de mi vida, por la edad, porque la edad no me permite trabajar. Uno quiere tener sus centavos; para algo siquiera. Ahora no tengo ni para [pagar] el autoevalúo de mi casa (Santiago). A nosotros quién nos da trabajo; no hay ni ayuda del Estado, no hay nada. Así cómo estaremos; ya no hay nada que hacer (Daniel). Hay que esperar la hora de Dios nada más; qué voy a hacer. No hay trabajo, no hay nada; cómo voy a reaccionar yo. No hay plata para pagar. Ya no pienso nada: por qué, para qué; si no hay nada, qué voy a hacer si no hay (Eduardo). Cómo quisiera estar en esos tiempos de mi juventud, con fuerza para trabajar, pero por lo menos gracias al Señor que estoy vivo, hermano (Rodrigo).

C. PERCEPCIONES Y CONFLICTOS EN TORNO DE SUS INGRESOS Y GASTOS ACTUALES

Ingresos actuales y dependientes

Quienes perciben una pensión de jubilación obtienen ingresos muy diferenciados; a la vez, sus cargas y responsabilidades familiares son distintas; y, por último, los gastos del hogar son asumidos solo con esa pensión o son complementados con los ingresos de otros miembros del hogar. De todos esos factores depende que su situación económica, y principalmente su capacidad adquisitiva, sea muy distinta.

Así, a pesar de que Marcos es el que menor pensión recibe, su situación no es la peor, puesto que sus hijos, que conviven con él y con su esposa, aportan para los gastos cotidianos. Esta situación, sin embargo, no está exenta de tensiones, porque algunos de ellos se demoran o se resisten a contribuir. Quienes sí están en una situación muy precaria son Julio y Teófilo. El primero tiene un hijo adulto que quedó inválido de por vida debido a un accidente de trabajo y demanda permanentemente medicamentos; además, vive con una

nieta adolescente a quien tiene que mantener. Su esposa, a pesar de su avanzada edad, sale a recoger desperdicios (cartones, botellas, latas) para venderlos a los recicladores y obtener una mínima suma de dinero. El problema económico es motivo de permanente conflicto con su pareja, como veremos más adelante. En el caso de Teófilo, aunque su pensión es mayor que la de varios otros, la precariedad se explica porque convive con varios hijos que no tienen trabajo, y algunos de ellos han formado ya su propia familia.

Por otro lado, si bien la situación de Timoteo no es muy mala, pues no tiene más gastos que los que él demanda, su estado de depresión diagnosticada lo hace dependiente de un tratamiento médico largo y costoso que sus ingresos no logran cubrir. Sin embargo, recibe el apoyo económico de sus hijos, aunque el percibirse como dependiente de ellos le crea mucho malestar y le da la sensación de vivir en permanente precariedad económica. Por último, la situación financiera de Fortunato es sin duda la mejor. Amén de que recibe la pensión de jubilación más alta, convive con varios de sus hijos, todos los cuales trabajan y aportan para los gastos cotidianos de la casa. Fortunato es viudo y nadie depende de él. Aduce que entrega la mitad de sus ingresos a su hija para los gastos del hogar y el resto lo dedica a cubrir de manera adecuada sus propias necesidades (véase el cuadro 5).

Cuadro 5

Adultos mayores que reciben una pensión de jubilación, según monto que perciben mensualmente, dependientes económicos e ingresos complementarios de otras personas dedicados a los gastos del hogar

Nombre	Pensión (nuevos soles)	Dependientes económicos	Contribución de otras personas a los gastos del hogar
Marcos	320	Esposa	Hijos que viven con él
Timoteo	500	No	Hija e hijo
Julio	527	Esposa, hijo enfermo, nieta	Eventualmente la esposa
Teófilo	800	Esposa, algunos hijos sin trabajo, algunos nietos	No
Fortunato	1.400	No	Hijos e hijas que viven con él

Los que no cuentan con una pensión de jubilación dependen casi por completo de lo que sus hijos les puedan proporcionar o de ingresos esporádicos que les permiten sobrevivir de manera muy precaria. Así, en primer lugar están los que viven exclusivamente gracias al apoyo de sus hijos: Mario y su esposa dependen de los ingresos de dos hijos solteros que cohabitan con ellos y de las periódicas ayudas que recibe cada quince días Fernanda, la esposa de Mario, cuando visita a otro de sus hijos que vive con su propia familia en otro lugar. Así, pues, aunque su situación es muy ajustada, no es de las más dramáticas.

El caso de Santiago y su esposa es triste. De manera precavida, él había ahorrado lo suficiente para retirarse a vivir tranquilo, e incluso asegurándoles a cada uno de sus hijos un puesto en el mercado y otorgándoles un pequeño

capital. Sin embargo, ellos no se contentaron con el aporte paterno, sino que le pidieron que les permitiera utilizar el dinero de su seguro de vejez a cambio de pasarle una mensualidad de manera permanente, a lo que Santiago accedió. Esta promesa se cumplió solo por los tres años siguientes, luego de lo cual, aduciendo problemas en el negocio, tres de los cuatro hijos dejaron de contribuir, y el único que aporta le entrega 120 soles mensuales que no le alcanzan ni para sobrevivir. Debido a la situación desesperada de sus padres, una de sus hijas decidió darles de comer en su casa. De esta manera, desde hace unos seis años ambos ancianos recorren todos los días, a la hora del almuerzo y la cena, las cinco cuadras que separan su casa de la de su hija.

Rodrigo también depende por completo de los ingresos que trae a diario su hijo, quien lo ha sustituido hace aproximadamente tres años en la venta ambulante de verduras. Este adulto mayor es el de más edad de todos los entrevistados, y a pesar de que parece que aún puede valerse por sí mismo, él siente que ya no tiene las capacidades físicas para seguir trabajando. Vive muy precariamente, su vivienda es muy rústica, y señala que lo que recibe de su hijo apenas les alcanza para comer y para cubrir algunas necesidades mínimas.

En segundo lugar dentro de este mismo grupo están Daniel y Eduardo. Pese a que sus condiciones físicas no les permiten seguir laborando, en vista de que no tienen quién los apoye económicamente deben buscarse la vida haciendo algún pequeño trabajo que les dé solo para comer. Daniel vive con dos hijos que tienen trabajo de manera esporádica y deben mantener a sus propias familias con ingresos bastante miserables, por lo que, según dice, se ven imposibilitados de ayudarlo. De lo que sí se han hecho cargo es del pago de los servicios de luz y agua. Para conseguir el dinero que le permite comprar sus alimentos en el comedor popular, adonde acude todos los días, se ve obligado a salir dos o tres veces por semana a vender en el suelo alguna ropa interior, a pesar de los dolores que lo aquejan cuando está mucho rato parado o arrodillado. Dice que hay días que no vende nada y en otros lo mínimo para pagar su ración de alimentos durante la semana. Eduardo no tiene familia que lo ayude, y su situación es dramática. No solo padece una minusvalía congénita en una pierna, sino que debe sufrir además las dolencias que le provoca una artritis que no lo deja moverse con facilidad. Por eso mismo no pudo continuar cuidando un baño público en un mercado y tuvo que traspasar la concesión a una vecina que le da a cambio 5 nuevos soles diarios. Esta cantidad apenas le permite comer, mientras que para sus otros gastos (vestido, implementos y productos para el aseo, etcétera) aparece muy de vez en cuando algún trabajo pequeño de albañilería, oficio que practicó por muchos años. Sin embargo, aprovechándose de su situación de minusvalía y de su edad, solo le dan propinas por este trabajo. Está muy resentido por este abuso, y se ve obligado a aceptar esas condiciones solo cuando se siente en una situación desesperada, principalmente cuando debe comprar medicinas para aplacar sus dolores.

Autopercepciones sobre sus ingresos y gastos

Todos los adultos mayores entrevistados, tanto los que reciben una pensión de jubilación cuanto los que no son pensionistas, expresan estar descontentos, tristes y muy preocupados por su situación económica.

Los jubilados señalan que lo que reciben no les alcanza para cubrir otro tipo de necesidades distintas de los gastos de alimentación. A Marcos, por ejemplo, le preocupa, entre otras cosas, no poder afrontar sus obligaciones con el Municipio y que su deuda se vaya incrementando. Lo mortifica, también, que su pensión no le permita satisfacer otras necesidades que podía cubrir cuando trabajaba. Esta situación lo llena de tristeza:

Me siento asustado, me siento triste; sobre todo mi esposa, porque a ella se le va yendo todo; entonces ella se siente muy triste ya. Pero nosotros confiamos en Dios, que siempre provee. No pasamos el día sin comer, pero de todas maneras económicamente no alcanza para nada el dinero. Ahora señor yo tengo una preocupación, más por lo que no puedo pagar mis deudas con el Municipio: los arbitrios, la limpieza; me preocupa. Por eso me siento muy triste; no me alcanza para pagar, señor. Pagando el agua, la luz y el gasto de alimentos no alcanza (Marcos).

Julio se siente triste por las mismas razones: estar acostumbrado a cubrir otras necesidades más allá de las alimenticias, y no tener, ahora, posibilidades de participar, por ejemplo, en una entidad de ayuda mutua para adultos mayores. Para integrar una institución de este tipo se requiere no estar en extrema pobreza, es decir, tener algo más que lo mínimo para la supervivencia cotidiana. Como cuenta Celia, su esposa, esta situación lo frustra, lo irrita y lo hace utilizar como desfogue la violencia verbal contra alguien con menor poder como ella. Sin embargo, Celia cree, probablemente como respuesta agresiva a esa violencia, que el problema está en él mismo, porque, según ella, no sabe administrar lo poco que tiene:⁴

Eso es lo que me entristece a mí: estoy acostumbrado a trabajar, a disponer, y ahora que no tengo, la plata no me alcanza, entonces uno se halla cohibido: no poder ir a reuniones, afiliarme al Club de Jubilados, porque también son gasto, pasajes; allí también cobran, y no tengo (Julio). Cuando no tiene plata: “¡Carajo, no tengo plata; una desgracia vivir así! Que esto, que el otro”. “Qué culpa tengo yo” —le digo—. “Eso te pasa por tu mala administración, porque si tú eres un hombre, así chiquito seas, te administras bien, el dinero dura.” (Celia, esposa de Julio.)

⁴ Analizaremos las malas relaciones de esta pareja en el próximo acápite.

Incluso Fortunato, que es el que más gana y el que menor carga familiar tiene, según su hija, se queja de su situación económica. Sin embargo, durante la entrevista a nosotros nunca nos manifestó su disconformidad al respecto, lo que nos hace suponer que son percepciones y sentimientos en relación con situaciones coyunturales:

Él piensa que su sueldo no le alcanza; eso es lo único que dice: “No me alcanza mi sueldo”. A veces cuando él reniega así, piensa: “Mejor me voy a un asilo”, dice (Hilda, hija de Fortunato).

En el caso de los que no tienen una pensión de jubilación y sobreviven con el apoyo de los hijos y haciendo trabajos muy esporádicos, las percepciones de su situación son más dramáticas. Mario señala cómo ya no le es posible cumplir con uno de los mandatos fundamentales de la masculinidad hegemónica, el de ser un proveedor eficiente. Los reclamos de su pareja, que le parecen justos, hacen que se sienta devaluado como hombre; de ahí su vergüenza, su frustración y su resentimiento:

Desde que ya no recibo ingresos, yo siento que estoy desesperado, oprimido, porque usted ve que falta una cosa, otra cosa, y como toda pareja la mujer le reclama al hombre, ¿no? Porque es obligación que el hombre tiene que darle. Entonces, uno se siente incómodo, como avergonzado, amargado, por no tener cómo resolver este problema, porque hoy en día todo se hace por intermedio del dinero y si no hay dinero, imagínese, ¿cómo se ve uno en un hogar? (Mario).

En el caso de Santiago, al malestar que le provoca no tener lo mínimo para sobrevivir por sí mismo se añade la gran decepción y resentimiento que le producen sus hijos. Se siente timado por ellos, ya no confía en sus ofrecimientos de apoyo porque le parecen falsos, y los pretextos usados le resultan una muestra clara de que ellos no cumplirán su promesa. Al igual que Mario, sus sentimientos de malestar se agudizan profundamente al considerarse incapaz de ser proveedor y por su actual situación de dependencia:

Me siento resentido en la vida por el incumplimiento de mis hijos. Ya he conversado con ellos, ya les he dicho, pero qué hago, si ellos de boca dicen: “Sí, te voy a dar”, pero en realidad me dicen: “Ah no, pero papá, cómo te vamos a ayudar, si hemos prometido todos darte, pero uno solo, dos solos no; todos tienen que ser iguales o nada”. Ahora no tengo qué darle a mi señora, a la espera de la buena voluntad de mi hija. Eso me hace sentir muy mal (Santiago).

Mientras tanto, Eduardo adopta una actitud fatalista, probablemente con una gran depresión a cuestas, ya que se siente como un muerto en vida que solo espera el final:

Si no tengo dinero para comprar lo que necesito, tengo que soportar no más, olvidarme ya de estar pensando. Mejor dicho, ya como si estuviera muerto; solo estar bien con Dios (Eduardo).

Uno de los más importantes mandatos sociales de la masculinidad hegemónica, el rol de proveedor, se mantiene fuertemente enraizado en la subjetividad de cada uno de los hombres entrevistados, inclusive en la etapa de la vejez. Sigue siendo fuente de reconocimiento y valoración social, y aun cuando el medio no se los exija explícitamente, se yergue como coacción interna, a modo de interpelaciones íntimas sobre el deber ser. Así, cuando los adultos mayores no pueden continuar asumiendo ese rol y necesitan depender de otros para sobrevivir, experimentan sentimientos de baja autoestima y de vergüenza.

Por esto, el hecho de recibir o no una pensión de jubilación, por paupérrima que esta sea, marca sustancialmente la diferencia en la interpretación que hacen ellos de su situación actual. El considerar que aún son proveedores, aunque ya no sean los principales, les otorga cierta seguridad y la sensación de que mantienen autoridad y poder en el hogar. Las quejas respecto de que lo que reciben les alcanza para cubrir solo sus necesidades mínimas podrían ser las mismas que las que expresan los trabajadores actualmente activos y, por tanto, comparten con estos los sentimientos de frustración y disconformidad, y también la situación de precariedad económica. Ciertamente, su frustración podría ser más grave, pues los adultos mayores pueden comparar su situación actual con la de épocas anteriores, cuando su solo salario alcanzaba para satisfacer las necesidades de toda la familia, incluso más allá de las mínimas para cubrir los gastos de alimentación y abrigo. Sin duda, el deterioro de sus capacidades adquisitivas por lo exiguo de sus pensiones les crea mucho malestar. Sin embargo, estos sentimientos no son producto del no cumplimiento de la normatividad social que exige de los varones el ser proveedores, y, por tanto, no producen humillación por la interpretación de su poca valía como varón; se trata más bien de malestares compartidos por la mayoría de los sectores populares, por razones sociales que van más allá de la supuesta incapacidad personal, que es como se interpretan los estereotipos de género.

Los que no tienen una pensión de jubilación suman a los malestares que les produce su mayor precariedad económica —que en algunos casos compromete su propia supervivencia— el profundo sentimiento de vergüenza y humillación por no poder seguir cumpliendo su rol de proveedores y el tener que depender de otros. La mayoría de ellos, a pesar de que sus fuerzas físicas les impiden continuar trabajando, siguen en la búsqueda de oportunidades de empleo, y se sienten absolutamente devaluados como hombres cuando son rechazados por su edad. La sensación de inservibles ronda a todos ellos. Varios de los entrevistados que están en esta situación, pero principalmente los que no tienen quién los ayude, se sienten absolutamente desamparados, sin

esperanzas, y solo esperan la muerte. Trabajan cuando pueden conseguir algo, como única forma de obtener lo mínimo para sobrevivir, a pesar del sufrimiento físico que les produce. Esta es una de las situaciones más desgraciadas dentro de las condiciones en que se reproduce la vida en el contexto de la extrema pobreza.

En suma, el mandato social de ser proveedor para sentirse socialmente valorado como hombre permanece vigente en todos estos adultos mayores. Esta ha sido una de las fuentes más importantes de su poder y autoridad en el ámbito doméstico, y, a la vez, el ejercicio de esa autoridad es el punto medular de la identidad masculina. La cesantía ha tenido diferentes significados para ellos, dependiendo de si recibían o no pensiones de jubilación. Para quienes sí la tienen la cesantía solo significó el haber cumplido una etapa de su vida y empezar otra sin obligaciones con las empresas en las que laboraban, pero conservando su capacidad de proveer. La dura realidad económica en la que viven los ha mantenido, en su gran mayoría, como principales —y en algunos casos, únicos— proveedores, incluso de hijos mayores sin trabajo y de nietos. Esto les sigue confiriendo poder y autoridad dentro del hogar y mantiene su autovaloración como hombres plenos, a pesar de sus magros ingresos. Este poder no está incólume, por cierto, como veremos más adelante, porque la edad les juega en contra respecto de los hijos, principalmente los varones, que cuestionan y enfrentan, incluso violentamente, ese poder.

Para quienes no tienen una pensión de jubilación, la cesantía ha significado el fin de su capacidad como proveedores, de su valoración como hombres adultos y plenos. Su nueva situación de dependencia de los hijos, más allá de las propias carencias económicas, los hace sentirse humillados y avergonzados. El mandato social de la masculinidad hegemónica permanece, pero ahora es la fuente fundamental de su malestar, porque su cumplimiento ya es inalcanzable: la sociedad les niega esa posibilidad. Entonces, su resignación a nunca más recuperar su capacidad de proveedores los hace sentirse inservibles. Estos hombres son los que menos poder mantienen en casa, salvo los resquicios que les otorga el ser aún los propietarios de la vivienda donde todavía moran varios de sus hijos.

2. Relaciones familiares

Una vez iniciada la cesantía, el tiempo que era ocupado en el ámbito de lo público —trabajo, transporte, amistades, etcétera— se vuelca de manera significativa al espacio del hogar. Si antes era el lugar donde recalaba durante las noches y fines de semana para obtener servicios de su pareja y descansar, además de interactuar con esposa e hijos de manera impositiva, controladora o democrática, ahora el ambiente doméstico es el centro de actividad o de carencia de ella, la oportunidad de relacionarse permanentemente con los demás miembros que cohabitan bajo el mismo techo, al que en algunos casos se han incorporado nietos, nueras y yernos. Su omnipresencia juega un papel crucial en la atmósfera de bienestar o malestar dentro del hogar, dependiendo de sus actitudes frente a sí mismo y los demás, que la mayoría de veces se desprenden de creencias y roles de género muy arraigados. Estos serán analizados a continuación no solo desde la perspectiva del anciano, sino también a partir de la visión de las otras personas.

a. RELACIONES CON LA PAREJA, ANTES Y DESPUÉS DE LA CESANTÍA

En este acápite analizaremos las trayectorias de las relaciones conyugales de quienes tienen actualmente pareja, buscando continuidades y rupturas entre la etapa de actividad laboral y la de la cesantía. Confrontaremos los discursos y las interpretaciones que hacen de estas trayectorias los varones y sus parejas.

Julio y Celia tienen 55 años de casados y diez hijos. Según él, en la etapa previa a su jubilación y ahora su relación de pareja ha sido armónica, aunque con los conflictos y discusiones que considera normales en toda pareja. Hoy subraya que la precariedad de su pensión le impide atender todos los requerimientos de su pareja y se ha convertido en fuente de conflictos. Señala explícitamente que ni antes ni ahora utilizó la violencia contra su pareja para solucionar sus problemas:

Desde que nos casamos, como en toda pareja siempre hay algunas pequeñas dificultades, pero no de gravedad; tan es así que estamos juntos. Como toda pareja, por cualquier cosita hay discusiones, y pasa, pues. Pero nunca hubo violencia. Ahora, por pequeñeces discutimos, cualquier tontería, por la carencia de la economía. Ella reclama por dinero: “Oye, no tengo esto”. “Pero madre, de dónde voy a sacar si hemos dispuesto toda la jubilación”, le digo (Julio).

Sin embargo, la versión de Celia es diametralmente opuesta. Ella cuenta, a pesar de que Julio le ha prohibido que hable con nosotros sobre ese tema, que desde que se casaron sus relaciones fueron malas y que con frecuencia fue víctima de maltratos físicos y emocionales. Una de las fuentes más persistentes de conflicto eran los celos extremos de Julio, que lo hacían sospechar, de manera absurda, hasta de los animales, y descargar su furia contra ella agrediéndola físicamente. Celia señala que tuvo que aguantar resignadamente esta situación pensando en el bienestar de sus hijos:

Bueno, cuando hay hijos la mamá tiene que aguantar todo. Era majadero, era bien mano larga; cuántas veces me ha pegado. Él me dice ahora: “No vayas a decir nada de eso”. Él me decía: “¡Qué cosas harás acá cuando yo no estoy!” Entonces yo le decía: “Qué cosas tienes en la mente cochina”. Mire lo que pasó una vez. Yo tenía un árbol en casa. Entonces yo tenía un pantalón negro. Me senté ahí al pie de árbol y se me había pegado el pelo del perro que estaba echado ahí. Por eso me agarró y me golpeó bien feo. Mire qué cosa ha dicho el baboso: “Como yo no vengo a dormir seguido entonces estás con el perro”. Mire esa mente podrida. Yo he lavado ropa para la calle un montón de tiempo, me he metido en unos restaurantes a cocinar, para yo poder solventarme de unos pocos centavos, y así hablaba estupideces.

“Seguramente estás ganando plata para darle a un sonso, a un baboso.” (Celia, esposa de Julio.)

Esta trayectoria de violencia no ha cesado luego de la jubilación y se ha mantenido hasta hace muy poco, cuando uno de sus hijos se ha visto obligado a atacar a su padre para proteger a su madre; además, ella lo ha amenazado con abandonarlo si vuelve a maltratarla:

Él sigue siendo abusivo, mano larga; cuántas veces me ha querido pegar. Pero yo le dije: “Tú me vuelves a poner la mano y ya nunca me vas a ver ni la cara”. Ya una vez mi hijo mayor le encontró pegándome. Entonces lo agarró a él y lo empujó, y él empezó a desafiar a su hijo para que le pegue: “Pégame, te crees muy machito”. Entonces se agarraron a los golpes, hijo y padre. De ahí también me dice: “Tú le has dado motivo a tu hijo para que me ponga la mano”. ¿Por qué no analiza que él lo encontró pegándome? (Celia, esposa de Julio).

Los conflictos ocurren ahora, por lo general, cuando ella le reclama dinero para comprar otras cosas que no sean alimentos. Él no le da dinero: como una medida que le permite mantener el control económico absoluto, Julio paga directamente el crédito que tiene con una tienda que los provee de alimentos. Para otros gastos que demandan su nieta y su hijo enfermo, que viven con ellos, Celia se ha visto obligada a salir a recoger desperdicios en las calles para vendérselos a los recicladores. Otras situaciones son también motivo de conflicto entre esta pareja. Por ejemplo, él no acepta que ella escuche la radio por más tiempo que el que él considera suficiente, porque si lo hace tiene que pagar más electricidad. En cambio, cuando se trata de servicios que él no paga, como el agua (la paga ella), los desperdicia, y esto origina reclamos de ella que con frecuencia son respondidos con violencia.

En síntesis, las relaciones entre Julio y Celia configuran una continuidad de los vínculos de sometimiento y maltratos de él hacia ella desde el inicio de la convivencia. Nada habría cambiado si no es porque ella se siente más protegida por sus hijos y tiene más posibilidades de detener la violencia contra ella amenazándolo con dejarlo. Esta actitud de Celia ha terminado con los maltratos físicos, pero no con la violencia emocional, que se expresa por medio de insultos y del control de sus actos.

Otro aspecto que llamó nuestra atención en esta relación de pareja es la negación contundente de Julio respecto de que su esposa haya desempeñado o aún desempeñe actividades laborales extradomésticas. Sin embargo, al ser consultada sobre este tema Celia afirmó que siempre había trabajado. Celia cuenta que hace ya muchos años frecuentaba casas de familias para lavar ropa y que ha sido cocinera en diversos restaurantes. En la actualidad, como ya dijimos, realiza un trabajo muy pesado para su edad pero que le permite obtener un ingreso mínimo para gastos cotidianos que su marido no quiere sufragar. La actitud de Julio podría ser explicada, teniendo en cuenta sus muy arraigadas creencias machistas, por la idea de que los hombres deben ser los

únicos proveedores, y que cualquier trasgresión a esta norma lo desvalorizaría socialmente como hombre adulto. Desde esta misma perspectiva, cualquier actividad económica de la mujer será subvaluada e invisibilizada como forma de autoprotección. Ciertamente, este imperativo social ha sido flexibilizado en las últimas décadas por la precariedad de la situación económica que impide que los hombres sean los únicos proveedores:

Entrevistador: *¿Su esposa trabajaba antes de que usted se jubile?*

Julio: *Nunca.*

Entrevistador: *¿Y actualmente trabaja?*

Julio: *Ella siempre ha estado en su casa; nunca trabajó.*

Yo he lavado ropa para la calle un montón de tiempo; después, en Las Malvinas, me he metido en unos restaurantes a cocinar, a lavar. En todo he metido la mano para yo poder solventarme de unos pocos centavos. Ahora me da vergüenza: me dedico a reciclar papeles, botellas, esas cositas, para que no me falte, porque él no me da; para poder siquiera comprarme una fruta (Celia, esposa de Julio).

Como en el caso de Julio, también Teófilo considera que desde que se casó su vida de pareja ha sido armónica, y minimiza la dinámica violenta que se establecía entre él y su esposa. Plantea explícitamente que en la actualidad tampoco existen problemas en la relación y que nunca tiene actitudes controladoras para con su pareja:

En una armonía hemos vivido, tranquilos. Por bocas, nada más, así discutimos, por palabras. Ya mis hijos decían: “Papá, mamá, cállense”. Ya no discute nada; ahí no más. Actualmente tampoco tengo problemas con ella. Tiene amigas, claro que sí, conversan. No la repruebo, nada; vienen acá; no hay problema (Teófilo).

Pero Martha, su esposa, afirma todo lo contrario. Ella relata que los conflictos se iniciaron muy tempranamente, pues en el periodo del embarazo de su tercer hijo ella descubrió que Teófilo tenía una relación paralela y que con la otra mujer también tenía hijos. Su disgusto fue tal que, según cuenta, le sobrevino una parálisis facial cuyas secuelas mantiene hasta hoy. Desde ese entonces sus relaciones se deterioraron y las discusiones se sucedían de manera frecuente. Señala que si bien nunca la maltrató físicamente, la violencia verbal contra ella fue una constante. Además, el afán controlador de Teófilo era casi paranoico: sus celos permanentes hacían que incluso acciones cotidianas en el cuidado personal de su esposa fueran interpretadas como intentos de infidelidad. El acoso se hizo continuo:

De pegar, nunca me ha pegado. Me ha gritado de boca, sí, me ha insultado. En ese entonces yo no podía conversar con un hombre porque él decía: “¿Qué hay que conversar?”, que no tenía que estar con hombres conversando; siempre era bien celoso. Cuando iba a trabajar, yo me bañaba. Él me decía que por qué me había bañado temprano, si yo tenía que limpiar el edificio. Me seguía y no encontraba nada, pero siempre me andaba siguiendo (Martha, esposa de Teófilo).

Aun cuando hoy, según Martha, las peleas han disminuido, no han desaparecido. Algunas, como las provocadas por los celos de Teófilo, se han mantenido incólumes a pesar de la edad de ambos. Otros conflictos son ocasionados porque algunos de los servicios que él espera de su pareja no son prestados de acuerdo con sus exigencias. Teófilo espera y logra el privilegio de que su pareja siempre esté a su servicio. En esta relación se observa que el ejercicio de poder masculino en la relación conyugal se mantiene a pesar de los años:

Bueno, desde que se jubiló hay discusión, pero no como antes; pero siempre me anda siguiendo. No ha bajado en eso; siempre es así. Cuando demoro en el mercado, ya me está celando. Me dice que por qué me demoro, que las mujeres son mañosas, que “dónde te vas a meter”. También siempre reclama que está mal cocinado, que hace sopa nomás, porque tiene que haber carne y quiere comer pescado, y a veces no alcanza. Está mirando a los chicos, por qué a ellos les das carne, y por eso hay más pleito. Cuando está mareado, por costumbre yo tengo que pedacearle carne y hacerle comer. Y cuando no estoy me está esperando y pregunta “¿dónde está mi viejilla?”. Durmiendo me está llamando (Martha, esposa de Teófilo).

En este caso, como en el de Julio, se repite la negativa de que su esposa haya desempeñado alguna vez labores extradomésticas, cuando en realidad así ha sido. Se trata, coincidentemente, de dos hombres controladores y maltratadores, lo que reafirma que este es un rasgo de inseguridad de la propia valía como hombre por el hecho de no haber podido ser proveedor exclusivo, característico de los varones machistas más tradicionales:

Ella nunca ha trabajado: siempre se dedicaba a mi casa nomás (Teófilo). Sí, yo trabajé años en una casa, claro. Él no me hacía faltar, pero para las frutas, para cualquier cosa que siempre se necesita; entonces, como cerca de mi casa había un edificio, me fui a trabajar, lavar ropa, comprar en mercado, planchar; iba mediodía. Después venía a atender a mis hijos, mandaba al colegio. Y en la tarde iba a otro trabajito, a planchar ropa. Él primero dijo que no fuera, pero como faltaba dije “dame pues”, y

no alcanzaba; entonces tuvo que aceptar y yo iba. Ahora yo solo me dedico a la casa (Martha, esposa de Teófilo).

En los casos de Mario y Santiago, ellos y sus respectivas parejas coinciden en señalar que desde que iniciaron la convivencia y hasta el momento han sabido resolver los conflictos propios de toda pareja de manera no violenta, y que sus relaciones siempre han sido de mutuo respeto. En ese sentido, el tipo de vínculo que entablan estas parejas marca una continuidad no rota en el periodo de la vejez. Es verdad que hay una cierta actitud de sumisión en las palabras de Fernanda, la esposa de Mario, como la de pedir permiso para salir. Sin embargo, de acuerdo con sus testimonios, él no habría utilizado ese mayor poder conferido socialmente para hacer abuso de él, y sus relaciones se desarrollaron sobre la base de la confianza mutua. En el caso de Santiago y de su pareja, no hay motivo para dudar de lo que aseguran ambos. Sin embargo, Lourdes, esposa de Santiago, coloca la relación en una situación casi idílica, de ausencia absoluta de conflictos y de peleas, que habría que resaltar como un intento de reafirmar con orgullo lo que ella considera como buenas relaciones de pareja:

Nuestra relación de pareja desde que vivimos juntos fue buena. Como en todo matrimonio hay altibajos, discusiones, pero prácticamente sin importancia; siempre nos hemos reconciliado. Por ejemplo, discutíamos por una cosa de alguno de mis hijos, pero después de unas horas ya nos quedábamos en armonía (Mario).

Bueno, usted sabe que en el hogar siempre hay buenas y malas, a veces unos problemitas, pero él nunca ha sido malo. Luchamos entre los dos para surgir. Él no me prohibía que salga; yo le pedía permiso si un día tenía compromiso con una amistad. Él me decía: “Tranquila, anda; ten cuidado nomás”. Pero después, que él me controle, eso no. Él sigue siendo el mismo, señor, porque a veces yo salgo y él a veces no sale; me dice: “Anda tú nomás, pero ten cuidado siempre cuando sales”, me dice (Fernanda, esposa de Mario).

Nuestra relación ha sido muy buena. Un lío fuerte no, nunca. Siempre ambos nos respetamos, hasta hoy. Conflictos, nada como para no resolver. Había comprensión (Santiago).

Sí, nos hemos comprendido ambos; ambos trabajábamos. No hubo conflictos con él. No teníamos ninguna pelea. Tranquilos estábamos; hasta ahora (Lourdes, esposa de Santiago).

De manera coincidente, estos dos hombres que, de acuerdo con sus testimonios, han mantenido siempre una buena relación de pareja, libre de maltratos y de sometimientos, con un comportamiento que se alejaría del estereotipo de la masculinidad hegemónica, tampoco tienen problemas para

reconocer que sus parejas trabajaron luego de casarse. Al parecer, no se sienten como los otros, desvalorizados socialmente como hombres por el hecho de no haber sido proveedores exclusivos:

Sí: ella trabajó antes de casarnos y después. Luego de casarnos ella trabajaba en casas lavando; dos veces por semana ha ido a lavar. Ella dejó de trabajar, igual que yo, hace tres años. Dejó porque ya en las casas que ella lavaba, algunos se iban al extranjero, o se mudaban de casa, o no requerían de sus servicios (Mario).

Después de casarnos ella daba pensión a los trabajadores de la mina, y luego los dos siempre hemos trabajado en el mercado (Santiago).

El caso de Marcos y su esposa es singular: ambos anotan que sus relaciones de pareja tuvieron un quiebre importante desde que ingresaron a una secta religiosa. Antes de eso la relación era conflictiva por el comportamiento claramente machista de Marcos, porque este tomaba alcohol todos los días, porque él reclamaba atenciones que consideraba que no eran dispensadas o brindadas de manera adecuada por su pareja, etcétera. A pesar de que él no utilizaba la fuerza física, sí era frecuente el uso de la violencia emocional contra ella. Los dos aseguran que fueron las enseñanzas religiosas recibidas las que cambiaron la dinámica de su relación hacia la mayor comprensión e incluso hacia una situación idílica en la que están ausentes la violencia y los conflictos. Marcos asegura, y su esposa lo confirma, que ella nunca ha laborado fuera de su casa:

Antes acudía con los amigos a tomar. Después venía molesto, causaba riña. Mi carácter era brusco, pesado. Entonces, buscaba peleas por pequeñeces; por ejemplo, porque ella no me servía la comida. Así la molestaba a mi esposa; hasta sin motivo le gritaba. Mi relación cambió desde que hace quince años soy testigo de Jehová. De ahí me llevo bien. Me educan de que hay que vivir bien con la esposa, sin riñas; no hay que acudir a la borrachera, y muchas cosas valiosas para vivir bien, en felicidad con mi familia, con mi esposa (Marcos).

Bueno, nunca tengo ni maltrato ni nada; quizá sí hay veces en que era un poquito genio apurado: se amargaba, no le gustaba comer, se iba de repente sin comer y no se sabía de qué se molestó. Pero desde que estudiamos la palabra de Dios, vivimos como dos criaturas: no tenemos ningún discusión, hacemos cualquier cosa conversando mutuamente, no hay peleas entre nosotros (Bernarda, esposa de Marcos).

b. INTERPRETACIONES DE LA AUSENCIA DE LA PAREJA EN SUS VIDAS

Para los otros cuatro hombres que perdieron a sus parejas por viudez o separación, las repercusiones de la ausencia de estas en sus vidas son diversas, dependiendo del tipo de relación, de la fecha en que murieron o se fueron y del grado de dependencia que establecieron con ellas. También juega un papel importante el que tengan otros apoyos o no, de tipo afectivo y práctico, que suplan en alguna medida la ausencia de la esposa.

Así, el caso de Daniel es uno de los más dramáticos. Él relata que había una muy buena relación entre ellos, que se acompañaban el uno al otro, pero también una gran dependencia de él hacia los cuidados que le prodigaba ella. Hoy le cuesta mucho valerse por sí mismo para realizar su cuidado personal y otras actividades para su propia supervivencia. No tiene hijas u otros familiares que puedan ayudarlo, lo que acentúa aun más su soledad y el estado depresivo en el que encuentra. A esto hay que añadir que perdió a su esposa hace apenas siete años, en una etapa en la que ya era un anciano con severos problemas de salud:

A partir de la muerte de mi esposa todo ha cambiado, ya no es igual. Con mi esposa vivíamos feliz, tranquilo. A veces íbamos a comer pollo, íbamos a pasear, así, andábamos, pero ahora no hay con quién. Mira cómo estoy ahora, solito... Desde eso yo me siento muy mal, yo tengo pena. Yo siempre lloro por mi esposa. Ella era buena, no me olvido; siempre voy a visitarla a su tumba, llevo sus flores, así... (Llora.) Triste perder una pareja... (Solloza.) Los hijos no es igual... (Llora.) Yo me encuentro solo; ellos se van, me quedo solo... No tengo quién me cocine; saco mi comida del comedor popular (Daniel).

En los casos de Fortunato y Rodrigo, la asimilación de la pérdida de sus cónyuges ha sido distinta. Ellos relatan que luego del dolor inmediato por el fallecimiento del ser querido, asumieron sus vidas cotidianas con más autonomía. Hoy, por lo menos de manera aparente, no arrastran duelo alguno, y esa pérdida no es motivo de depresión. También hay que tener en cuenta que los decesos de sus esposas no constituyen eventos recientes, pues han ocurrido hace diecinueve y diecisiete años respectivamente. La situación de Fortunato no ha sido la más complicada. Como cuenta su hija, la relación de él con su madre no era buena; la vida de casados no constituía un acompañamiento mutuo, pues se veían muy poco. Durante todo el periodo de convivencia, según la propia hija, su padre mostró un gran desapego de su núcleo familiar. Antes de la cesantía vivía concentrado en su trabajo, y luego mantuvo fuertes vínculos con sus amigos y ex compañeros, por lo que probablemente la pérdida de la esposa no fue un evento devastador. Él mismo indica que inmediatamente después del duelo pensó que la vida continuaba y que había que vivirla. Como veremos más adelante, Fortunato fue siempre muy autónomo para resolver sus necesidades cotidianas, y aún lo es. Sin embargo, la muerte de su esposa probablemente significó para él un remezón que hizo que volviera los ojos a su familia para encontrar en ella un gran soporte afectivo que permite que no se sienta solo:

Cuando mi esposa murió, qué se hace: llorar; después, qué se hace: nada; qué se va a hacer; a seguir la vida (Fortunato).

A raíz de la muerte de mi mamá, parece que él tomó más conciencia, porque cuando eran pareja ellos mucho discutían, no se llevaban tan bien. Poco se veían, porque él vivía para su trabajo y para sus amigos. Pero al sentirse solo, nosotros lo apoyamos más, y él más se refugió con nosotros y con los nietos (Hilda, hija de Fortunato).

A Rodrigo sí se le presentó bastante difícil la situación, pues se quedó con hijos pequeños a quienes debía cuidar. Penetrar en los sentimientos de este hombre fue casi imposible. Frente a cada pregunta que intentaba captar sus emociones se refugiaba, como con un escudo, en frases memorizadas de la Biblia, aduciendo que gracias al Señor logró que todo marchara bien. Lo que podemos señalar a partir de sus testimonios es que se trataría de un hombre que toda su vida supo enfrentar sus problemas cotidianos con bastante autonomía, y que luego de la muerte de su pareja se las arregló, con muchas dificultades, para reemplazarla en todas las actividades de crianza combinándolas con su rol de proveedor. Él refiere que actualmente es una persona muy activa dentro de la secta religiosa a la cual pertenece, lo que probablemente le permite evitar los sentimientos de soledad:

Uy, hermanito: cuando ella murió fue duro. Seguía yo vendiendo verduras para sostener a mis hijos. Ellos eran pequeños; mi hijo estaba chiquito, de tres años; lloraba. Una de mis niñas lo hizo crecer mientras iba yo a trabajar. Yo tenía que lavar, tenía que bañar a mis hijos; en las noches ya zurcir su ropita para el colegio. Yo mismo lo cocinaba para el otro día: de toda verdura que vendía lo hacía como menestrón, una ollaza (Rodrigo).

El caso de Timoteo es distinto. La separación de su pareja, ocurrida hace trece años, no lo afectó mayormente, porque las relaciones entre ellos estaban ya bastante deterioradas. Lo que sí lo ha devastado ha sido el abandono de su última pareja. Se conocieron cuando él tenía 65 años y ella 35. Para él representaba la última oportunidad en su vida de reconstituir una familia. Para ella, según señala Timoteo y su hijo a la luz de lo que aconteció, solo una oportunidad de tener a alguien que la mantuviera, porque era una madre soltera y sin trabajo. Mientras Timoteo no solo recibía su modesta pensión de jubilado sino además ganaba bien como chofer de una familia, aceptó vivir con él. Una vez que perdió su trabajo y no volvió a conseguir otro, lo abandonó. A pesar de eso, Timoteo ha buscado múltiples maneras de convencerla de que vuelva con él, pero todos sus esfuerzos han sido infructuosos. Está convencido de que solo consiguiendo un nuevo trabajo la atraerá nuevamente y por eso se siente tan impotente por no obtenerlo. Actualmente está sumido en una profunda depresión y recibe atención médica para enfrentar ese problema:

Desde que me quedé nuevamente solo me he sentido mal, muy mal. Parece que como era muy joven, ella tiene su hijito pues, entonces estaría porque yo la apoyaba económicamente, pero después, como ya me quedé sin trabajo, solamente la pensión, ya no alcanzaba para mantener un hogar. Entonces esa era mi intención: seguir buscando trabajo; la desesperación para que no se mueva nada, para que no se vaya a desbaratar mi hogar, pero no conseguí trabajo y me dejó. Como le digo, la depresión se me atribuye a que yo estoy solo (Timoteo).

c. RELACIONES CON LOS HIJOS, ANTES Y DESPUÉS DE LA CESANTÍA

Los hijos constituyen un importante soporte afectivo —y en varios casos también económico— para los adultos mayores. Además, todos los ancianos que participaron del estudio, a excepción de quien nunca formó familia, viven actualmente con algunos de sus hijos, con quienes tienen que compartir sus vidas cotidianas. La calidad de las relaciones con ellos, que contribuye a su propia calidad de vida, al igual que otros eventos, obedecen a una continuidad que se inicia mucho antes del momento de la cesantía. Una relación con los hijos cargada desde la niñez de afecto o de desamor, y de responsabilidades paternas o desatención, se extiende favorable o desfavorablemente en buenas o malas relaciones hasta el presente. Como en el tema de los vínculos de pareja, los adultos mayores que mantienen malas relaciones con los hijos intentaron aparentar frente a nosotros que las cosas marchaban muy bien. Sin embargo, fueron las parejas en su momento, y los hijos en el suyo, quienes nos dieron una visión distinta de los acontecimientos; mientras que donde realmente había buenas relaciones los testimonios de los ancianos eran corroborados por sus acompañantes más cercanos. Veamos cada caso.

Como ya se señaló, las relaciones conyugales de Julio siempre fueron malas: estuvieron cargadas de maltratos y de falta de respeto hacia su esposa. Esta misma atmósfera se extendió a sus nueve hijos (cinco hombres y cuatro mujeres): respondiendo a creencias machistas muy tradicionales, siempre mostró desinterés hacia ellos, principalmente respecto de las hijas. De acuerdo con lo que señala Celia, esposa de Julio, ahora él no tiene una buena relación con la mayoría de sus hijos; las dos hijas que conviven con él lo sobrellevan, y los hijos mantienen su distancia, que fue rota hace poco tiempo cuando el hijo mayor lo agredió físicamente para defender a su madre cuando estaba siendo golpeada por Julio. La posición que mantiene como principal proveedor del hogar, gracias a su pensión de jubilación, le permite no depender de sus hijos y no exponerse al probable abandono de ellos:

Ellos en parte sí están resentidos con su papá y un tanto distanciados. “Mi papá es egoísta”, decían. “Solamente para él es todo; nada tenemos que agradecerle a él.” De niños los ha tratado mal. A las niñas no les quiso dar educación, Él decía: “Para qué va a estudiar; la mujer debe buscar marido”. Ellas nunca tuvieron de su padre ningún apoyo. Con sus hijos hombres tampoco hubo

ese cariño de padre, aunque sí les apoyó un poco más. Ahora con mi hijo mayor se lleva muy mal; incluso hace poco se agarraron a golpes porque encontró a su padre pegándome (Celia, esposa de Julio).

En el caso de Teófilo la situación es parecida: una mala relación de pareja se extendió hacia una no muy buena relación con sus tres hijos (un varón y tres mujeres). El maltrato físico hacia ellos fue una constante. Su poco respetuosa relación con su hogar, expresada en el hecho de que mantenía una relación paralela, provocó que sus hijos, antes que respeto, le guardasen temor. De ahí la cólera de ellos y las ansias de venganza que expresa su hijo varón. Hoy se mantiene la relación tensa entre ellos, y discuten permanentemente. Como Julio, Teófilo continúa siendo el principal proveedor de su casa. Sus hijos siguen viviendo en la casa paterna y en muchas ocasiones tienen que vivir de la pensión del padre, pues solo trabajan esporádicamente y ganan muy poco. Este es un motivo permanente de conflicto entre Teófilo y sus hijos, a quienes él les reclama un mayor aporte económico. Sin embargo, esta situación fortalece también su poder doméstico:

Él ha querido a sus hijos, pero cuando se portaban mal les agarraba de correa; donde sea les daba: los dejaba marcados. A mi hijita le mandó una cachetada y la dejó marcada... Le tenían temor a su padre. Mi hijo mayor no quería saber nada con su padre; como ha visto que me engañaba con esa señora. Lo tuvo cólera. Me decía: "Mamá, te da poca plata y no le debes dar de comer". No quería saludarle, no quería abrazarle; nada; tenía un resentimiento. Ahora siempre tiene problemas con mi hijo: parando discutiendo fuerte. Es que trabaja de chofer, le dan carro; entonces llega tarde o no tiene qué compartir, porque la plata que él trae no le alcanza (Martha, esposa de Teófilo).

Si bien Fortunato no fue un padre maltratador ni irresponsable, la falta de comunicación y cercanía afectiva con sus hijos marcó la calidad de sus relaciones. Para la mayoría de ellos, a excepción de Hilda, que se quedó a vivir con él y es la persona que lo atiende directamente, su padre es casi un extraño. Sus dos hijos hombres tienen conflictos permanentes con él, al punto que pretenderían botarlo de la casa aduciendo que no aportó nada para su construcción, pues era un padre irresponsable que no se dedicó a su familia. Hilda, sin embargo, asegura que eso es falso, y lo atribuye al gran resentimiento de los hijos para con su padre, por la lejanía afectiva de este. Sería tal la carga de odio y venganza de uno de ellos, que incluso ha intentado pegarle. Este es un motivo de malestar permanente para Fortunato, y ya en alguna ocasión le ha manifestado a su hija su dolor por este hecho y su intención, probablemente más ficticia que real, pues sabe que ella no lo permitiría, de irse a vivir a un asilo de ancianos. La ventaja de Fortunato frente a otros ancianos que muy probablemente serían abandonados por sus hijos en circunstancias similares, es que tiene una pensión de jubilación que le permite

afrontar cómodamente la satisfacción de sus necesidades y aportar de manera importante para los gastos del hogar donde vive:

Casi no había mucha relación, por lo que él trabajaba todo el día, hasta los domingos; solamente llegaba de noche nomás, y no había mucha comunicación con él; muy poco lo veíamos. Era muy raro que nos pusiera la mano, pero sí renegón era. Luego que se jubiló, mi relación con él mejoró más: ya estaba más continuo en la casa. Con mis demás hermanos no es muy buena, porque cuando venían mareados a veces querían discutir boca a boca con él. Los problemas son por la casa, porque dicen que es la casa de su mamá y supongo que querrán que se vaya de aquí. Ellos dicen que cuando mi papá trabajaba él dedicaba la plata en 'tomadera' [a beber licor], y la única que gastaba en la casa era mi mamá, por eso ella trabajaba. Uno de mis hermanos una vez discutiendo le ha querido pegar a mi papá. Todo eso lo tiene a él resentido (Hilda, hija de Fortunato).

Marcos, Santiago y Daniel tienen hoy conflictos con sus hijos, pero estos no son el resultado de las malas relaciones incubadas desde la época de la crianza, sino más bien consecuencia de la precariedad económica, específicamente de los bajísimos niveles de ingresos y de la intermitencia de ellos, que impide que los hijos apoyen económicamente a sus padres o contribuyan con los gastos del hogar. De acuerdo con lo que dice su esposa, Marcos tuvo una buena y cercana relación con sus hijos desde la niñez. Ahora convive con dos hijos adultos solteros, y tiene conflictos con uno de ellos que no aporta a los gastos cotidianos de la casa. En este caso Marcos recibe una pensión de jubilación, la más baja de todos los entrevistados, y requiere necesariamente el complemento de otros ingresos para soportar los gastos mínimos cotidianos. Este hecho es motivo de malestar permanente para él:

Me llevaba bien con ellos; los educábamos bien, ya de acuerdo con mi esposa. Ahora tengo problemas con uno de mis hijos que vive acá y no quiere aportar (gastos de la casa)... "No tengo", me dice. En ese lado sí tengo una pequeña discusión con uno de ellos. Es que se lo gasta creo su dinero o no sé; entonces, eso me causa problemas. Los demás sí me ayudan (Marcos).

Santiago siempre tuvo una relación afectiva cercana y de absoluta confianza con cada uno de sus hijos. Pero últimamente esta ha sido rota por el incumplimiento de sus hijos, situación que ya relatamos. Ellos aducen que el negocio que heredaron de él en el mercado está prácticamente quebrado y, por lo tanto, que no tienen posibilidades de pagarle a su padre. Esto ha deteriorado la relación con tres de sus cuatro hijos hombres y mantiene acongojado y frustrado a Santiago. Sin embargo, ha estrechado aun más la relación con una de sus hijas, quien le brinda permanentemente apoyo en la alimentación:

Nunca tuvo problemas con sus hijos. Tranquilo: él trabajaba para educarlos, para que no les falte ni un plato de comida. Nunca hubo maltrato físico. Se llevaba muy bien con todos (Lourdes, esposa de Santiago).

Bueno, al principio todo iba muy bien, pero ahora ya no. Después que dejaron de darme mi mensualidad como se comprometieron, estoy muy decepcionado; pero qué voy a hacer: como padre tengo que soportar todo (Santiago).

El más abandonado por sus hijos es Daniel. Pero no se trata de que haya existido o exista una mala relación entre ellos; ocurre, más bien, que estos no pueden ayudar económicamente y de manera sostenida a su padre, porque, dicen, no cuentan con ingresos suficientes, por su precariedad laboral. Si bien esta situación hunde objetivamente a Daniel en la pobreza extrema, pues no cuenta con pensión de jubilación, él no expresa resentimientos hacia sus hijos y dice comprenderlos:

Con mis hijos he vivido tranquilo, feliz; a todos les he educado hasta media cumplida. Yo aconsejaba con palabra del Señor. Entonces así yo amo a todos mis hijos. Así vivíamos, no había problemas... Bueno, ahora ellos solo cuando tienen me dan, pero cuando no tienen no se puede obligar. A veces no encuentran trabajo o no les alcanza para sus hijos. A veces cada un mes, o dos meses, algo me dan: diez soles, veinte soles; así nada más (Daniel).

En lo que respecta a Mario, Rodrigo y Timoteo, de acuerdo con sus propios testimonios, siempre tuvieron una buena relación con cada uno de sus hijos, y ahora, luego de la cesantía, esta se mantendría. En los casos de Mario y Rodrigo, ellos dependen absolutamente del aporte económico que les puedan brindar sus hijos, y ellos no les fallan a sus padres. Los dos proveyeron responsablemente a sus hijos y les garantizaron una formación disciplinada. Mario convive con dos hijos solteros que son los proveedores principales, pero los tres son apoyados por una hija que no vive con ellos. Rodrigo también depende totalmente del aporte de uno de sus hijos que vive con él y de contribuciones más esporádicas de otros hijos. Ambos señalan estar contentos con la relación que mantienen con sus hijos.

Resulta especialmente interesante la relación desarrollada entre Timoteo y Sandro, el hijo que vive con él. Ambos coinciden en señalar que Timoteo tuvo siempre una excelente relación con todos sus hijos. Esto ha permitido que ambos se vean no solo como padre e hijo, sino también como dos amigos que confían el uno en el otro y se apoyan mutuamente:

Yo fui un padre muy amoroso: viví y trabajé para ellos; no pueden tener quejas de mí. Con mi hijo que vive conmigo, la relación siempre fue buena, de comprensión, y como él es hombre me comprende más; entonces pasamos bien la vida (Timoteo).

Yo lo considero un buen padre, una persona que se ha brindado toda su vida por sus hijos. Yo le debo mucho de lo que he disfrutado de esta vida. Yo soy el hijo más allegado a él y me siento orgulloso de estar en esta edad donde creo que más me necesita. No solo somos padre e hijo: somos amigos; inclusive ahora él me pide consejo; yo también le pido. Intercambiamos ideas, hacemos una bonita relación (Sandro, hijo de Timoteo).

Sin embargo, esta buena relación, según Timoteo, fue rota coyunturalmente por la aparición de una tercera persona que provocó los celos del hijo. Como cuenta Timoteo, al principio, y aparentemente sobre la base de la confianza que ambos se tenían, Sandro apoyó su decisión, pero en la práctica hizo todo de su parte para contribuir al deterioro de la relación entre Timoteo y esa tercera persona. En este y en casos similares, los hijos pueden volverse controladores de los padres y hacer lo posible para manipular e impedir que los adultos mayores desarrollen sus vidas con autonomía:

Solo hubo algunos problemas con mi hijo cuando traje a mi pareja a vivir aquí. Le dijo cosas ridículas, y eso no me gustó. Entonces ya me resentí con él. Por ejemplo, que ella no use la lavadora porque eso era de su mamá; y así. Ella se resintió y pienso que eso también contribuyó a que se fuera. Se portó mal, porque me apoyó al principio y después comenzó a hacer esas cosas. Otro problema ha sido por la división de la casa, porque como vio a la señora, me propuso mi hijo partir la casa por la mitad. Pero eso fue un tiempo y después, como ya vio que se desbarataba mi relación, ya ha vuelto a la normalidad (Timoteo).

Aquí se ponen en evidencia los celos de Sandro, quien señala que en ese entonces se sentía excluido de la compañía cotidiana que mantenía hasta ese momento con su padre, quien incluso se niega a recibir el apoyo que anteriormente sí le aceptaba. Sandro acusa a su padre de estar construyendo una familia ficticia con “esa mujer”, cuando su única y verdadera familia era la que conformaban Timoteo y sus demás hijos. Al final, cuando la mujer se fue de la casa, Sandro interpretó la situación como una suerte de profecía autocumplida, sin darse cuenta de que su actitud hacia ella había contribuido a que la mujer se marchase. Por otro lado, resulta muy interesante que ese amor y dedicación hacia su padre fue engendrado desde la primera niñez, como resultado de la muy buena relación de Timoteo con sus hijos, pues de lo contrario ya lo habría abandonado a su suerte:

Él hace poco se rehusaba a recibir mi ayuda, porque estaba con esa mujer. Mantenía su familia ficticia, separado de mí. Pero ahora que está solo y desde que se enfermó, él vio que solamente era yo, que no había nadie más, y eso siempre le explicaba: “Papá, en esta vida yo soy, son tus hijos y no hay nadie más. Igual que tú nos has dado cuando éramos pequeños, ahora es mi deber. Va llegar el momento en que yo te voy a limpiar tus necesidades porque tú me has criado, porque si tú hubieses sido un mal padre ten la plena seguridad que, puta, yo me iba. Este es mi deber: tú no me estás pidiendo un favor (Sandro, hijo de Timoteo).

d. RELACIÓN CON OTROS MIEMBROS DEL HOGAR DESPUÉS DE LA CESANTÍA

De acuerdo con los casos estudiados y los testimonios recogidos, las buenas y malas relaciones con la pareja y los hijos se extienden a los demás miembros con quienes interactúan los ancianos en el hogar. Dada la impermeabilidad mostrada ante nosotros por los adultos mayores que mantienen malas relaciones con todos los miembros de su ámbito familiar, es muy probable que no solo las demás personas se sientan mal con él sino que debe ocurrir también que los ancianos tampoco se sientan bien con ese tipo de relación, aunque nos digan todo lo contrario.

Al margen de lo que afirme Julio, él se muestra como un tirano con todo el mundo; se siente con el poder suficiente para imponer su voluntad, incluso utilizando, como vimos anteriormente, la violencia física o la emocional para, de esta forma, mantener sus privilegios en detrimento del bienestar de los demás miembros de su familia. Lo que produce en los demás es odio, como lo muestra su esposa; y hartazgo, como lo expresa su nieta:

Mi relación con los demás es normal. Una armonía de hijo con su padre; también con mis nietos. Llevo una vida tranquila. Me siento bien (Julio).

Él es cargoso con todos; por las puras se pone neurasténico. No nos deja ni prender la radio o la televisión: “¡Apaga, apaga ese radio que gastan la corriente! ¡Apaguen el televisor!”, dice, porque él paga la luz. Pero si yo digo “Modérate en gastarme el agua”, porque malgasta lavando sus palos y yo pago el agua, me grita: “¡Cállate ridícula. Si quiero puedo agarrar el agua!”. La nieta también se queja; dice: “Ay, mi abuelo es muy cargoso” (Celia, esposa de Julio).

Teófilo, otro de los ancianos que mantiene malas relaciones con su esposa y algunos de sus hijos, también extiende esta actitud negativa hacia los nietos. Como él mismo lo afirma, siente la obligación de corregirlos para que respeten el orden por él establecido. Cuando esto no ocurre y sus nietos escapan de su control, se exaspera y manifiesta su malestar permanentemente, como comenta su esposa. Su actitud patriarcal lo hace sentir que tiene autoridad

sobre su nieta, incluso por encima de la madre de esta, que mantiene una opinión muy distinta de la de Teófilo respecto de su hija. Esta manera de relacionarse con los integrantes de la familia ha creado una mala atmósfera que redundo negativamente en la calidad de vida familiar, al punto que su presencia provoca hastío:

Algunos de mis nietos pasan vacaciones acá. Sí, conmigo están acostumbrados; tienen su cuarto los chiquitos. Claro: ellos tienen que comportarse como se debe. Tengo que enseñarles (Teófilo).

Él por cualquier cosa está renegando, principalmente porque los chicos hacen bulla. Ahora también él siempre hace problemas a mi nietecita de 15 años. La chica sale; si viene tarde, la condena. Ella dice: "Que no se meta papito; me tiene harta, porque no estoy haciendo nada malo". Su mamá también la apoya; dice: "Yo confío en mi hija". Él le reclama: "Qué estás hablando con estos muchachos, por qué te juntas". "Conversando, no hago nada malo", dice ella. De eso sale pleito, pues (Martha, esposa de Teófilo).

Aunque en un grado algo menor que en los casos anteriores, también Fortunato quiere mantener su estatus de patriarca en su hogar. Pretende imponer a todo el mundo sus reglas de vida de manera arbitraria y no respeta las circunstancias de cada persona, como la edad o los periodos de descanso y relax. La incomodidad que produce es general, y la posición que asume la hija frente a estas actitudes de su padre es que son irremediables por su edad, por lo que invoca a la familia entera a que aguante y se adapte. Para ella la irascibilidad e intolerancia son características intrínsecas de todo adulto mayor, por lo que todos alguna vez las replicaremos. Por tanto, es un lastre con el que necesariamente deberemos cargar:

Bueno, con el favor de Dios, todos mis nietos son buenos: no son malcriados, se hacen querer. Con alguno, claro, siempre se reniega, ¿no?, por alguna cosita (Fortunato).

Él más se refugió con nosotros y con mis hijos pequeños; se distrae con los nietos. Con un nieto hay problemas, porque él dice que es un ocioso. Por decir, él quiere las cosas como si estuviera en el cuartel: porque el otro no hace al ritmo que él quiere, al toque empieza ahí la discusión. Mi padre a veces sí se pone fregado, porque él quiere que exista un orden y como que no se cumple eso. Por ejemplo, los nietos están de vacaciones; para él, a las 7 ya deben estar levantados y estar todo barrido; si no, comienza a renegar. Mis hermanos se molestan con él, pero yo les digo: "No le hagan caso. Todos vamos a llegar a ancianos y nos volveremos como niños" (Hilda, hija de Fortunato).

En los casos de Marcos, Mario y Santiago, que comparten vivienda con sus nietos, nueras y yernos, también las buenas relaciones con sus respectivas parejas, hijos e hijas, se extienden hacia los demás. Tanto ellos cuanto sus esposas afirman que son muy respetuosos en el trato a las otras personas que integran la familia, que no intentan imponer su voluntad ni sus normas y que más bien prodigan mucho afecto a sus nietos. Su presencia en el hogar constituye un ingrediente importante que contribuye a una mejor calidad de vida de todos los miembros de la familia, aun en medio de las carencias económicas. Una de las claves planteadas por Marcos y Santiago para llevarse bien con todos es el respeto de los espacios de cada uno. No se sienten los patriarcas con poderes absolutos, como en los casos anteriores, para intervenir en la vida de personas adultas como sus hijos y dejan en manos de ellos la formación de los nietos. Además, asumen una actitud flexible frente a sus nietos, e incluso se adaptan a sus juegos y hacen que prime la relación de afecto entre ellos. En los tres casos los adultos mayores expresaron mucha satisfacción por el tipo de relación que han entablado con sus nietos, lo que contribuye a mejorar la calidad de vida del hogar y constituye un aporte muy importante para su propio bienestar:

Bueno, mi nuera me respeta; de igual modo, yo también la respeto. Nos tratamos bien; cada uno tiene su espacio. Mi nieta me estima; dice: "Abuelito", con cariño. Nos estimamos mucho con la familia; todos mis nietos son muy respetuosos (Marcos).

Tiene más paciencia para sus nietos, para todos ellos; lo adoran (Bernarda, esposa de Marcos).

Soy el más querido para todos acá; de mis nietos todo (Santiago).

No hay queja de los hijos, ni de los nietos. Porque él respeta a cada uno. Él dice que "ya cada una ha formado su hogar, cada una que vea". Más bien a mí me dice: "Tú para qué te metes: ellos que piensen, ellos que vean por sus hijos". Así me quedo también tranquila (Lourdes, esposa de Santiago).

Con todos nos llevamos bien. Ahora con mis cuatro nietos sí me siento muy bien. Ellos han nacido y se han criado acá (Mario).

Sí, se lleva muy bien con ellos; él se distrae con las criaturas, juega con ellos (Fernanda, esposa de Mario).

Los testimonios de los adultos mayores que han participado en el estudio y los de sus acompañantes más próximos nos han permitido constatar que el tipo de relaciones que entablan estos ancianos en el espacio del hogar es, en líneas generales, resultado de una continuidad iniciada con la constitución de la pareja muchas décadas atrás, que no ha sufrido una ruptura importante a partir de la cesantía, y que llega hasta la etapa de la vejez.

En los casos en los que se presentan actitudes violentas y controladoras de los adultos mayores, no se trata de rasgos seniles aparecidos en esta etapa de la vida sino que forman parte de sus trayectorias permanentes de maltratos, de avasallamiento y de falta de respeto por las personas con quienes conviven. En

la actuación de estos hombres se traslucen creencias machistas tradicionales muy enraizadas, de superioridad masculina, de autoritarismo y de preservación de privilegios aun a costa de afectar las condiciones de vida de quienes consideran subalternos al servicio de ellos. Coincidentemente, en los casos de Julio y de Teófilo, que se ajustan a este patrón, y también en el de Fortunato, aunque en menor medida, se mantiene el rol de proveedor gracias a la pensión de jubilación que reciben, lo que significa un ingreso fijo de por vida en un contexto en el que las personas en edad económicamente activa no logran tener un ingreso fijo o siquiera un empleo, como ocurre con varios de sus hijos. Así el adulto mayor puede asegurar condiciones materiales para mantener su poder incólume en el hogar. Desgraciadamente, no pudimos ubicar para el estudio a algún anciano que no cuente con pensión de jubilación y que haya tenido una trayectoria tan machista y violenta como los anteriores. Queda flotando la pregunta acerca de si tener que depender de otros para su supervivencia devendría en una pérdida de poder y, por tanto, en un cambio en las características de las relaciones de género.

Se podría alegar que la mayor parte de los adultos mayores que tienen buenas relaciones de pareja y hacen circular las relaciones de afecto y de respeto también hacia sus hijos y nietos, son precisamente los que no cuentan con una pensión de jubilación. En primer lugar, Marcos, que sí la recibe, mantiene una relación muy horizontal y satisfactoria con todos los miembros de su hogar. Aunque en este caso existe un ingrediente adicional, su militancia religiosa, que explicaría el quiebre real de una relación vertical, jerárquica y violenta, y su conversión en una más democrática y de respeto. En segundo lugar, las actitudes democráticas y afectuosas de estos hombres no aparecieron luego de la cesantía sino que, como en el caso de los que ejercen violencia, forman parte de una trayectoria de toda la vida, cosa que es corroborada por sus esposas o hijos.

Es probable que la situación de quienes no perciben una pensión pudiera haber sido peor, en términos de las condiciones materiales para su subsistencia, si mantuvieran una mala relación con los hijos de quienes dependen. La excepción está dada por el caso de Daniel, quien se encuentra bastante desamparado. Sin embargo, su situación no es producto de una mala relación con sus hijos, sino de un contexto económico muy precario en el que tampoco sus hijos tienen lo suficiente para ellos mismos y sus respectivas familias. Cabe señalar, también, que en algunas ocasiones, como en el caso de Santiago, las precarias condiciones de vida pueden romper una trayectoria de buenas relaciones de un padre con sus hijos. El fracaso de los hijos en los negocios fue el ingrediente principal para consumir una injusticia contra su padre que ha impactado negativamente en la calidad de vida de Santiago y en su resentimiento hacia sus hijos.

En el caso de Timoteo pudimos apreciar un rasgo interesante en la relación entre padres e hijos en esta etapa de sus vidas. Hay situaciones en las que los hijos podrían volverse controladores y reprimir las iniciativas autónomas de sus progenitores. Son presentados como actos que buscan proteger a los padres de posibles peligros que atenten contra su salud o su bienestar. Sin embargo, en el fondo muchas de estas son actitudes egoístas de los hijos, quienes muestran intenciones posesivas para con sus padres. En otros casos se trataría simplemente de intereses materiales, como los bienes hereditarios, que

se ven amenazados por la participación de un “intruso” o una “intrusa”. Entonces harán esfuerzos denodados, algunos muy sutiles, para impedir que los padres vivan sus propias vidas, para sentirse ellos bien, a costa de afectar definitivamente el bienestar de los adultos mayores.

El tipo de relaciones que entablan los ancianos con los otros miembros del hogar es, en suma, un elemento importante que contribuye al bienestar de todos o al deterioro de la calidad de vida en el ámbito doméstico. En todos los casos comentados en este capítulo, los ancianos, al ser propietarios de la vivienda donde viven, no pierden el estatus de “jefe de hogar”, aun cuando no sean proveedores; por tanto, mantienen algún nivel de poder. Esto hace que muchas decisiones que conciernen a la marcha del hogar sigan pasando por estos hombres y, por eso mismo, que las relaciones que se dan en él sean altamente determinadas por ellos.

3. Redes de apoyo fuera del núcleo familiar

Hemos visto ya que la principal red de apoyo de los adultos mayores es la familiar. Sin embargo, las redes de amigos, vecinos o de instituciones locales pueden jugar un papel complementario importante. En el caso de estas últimas no se trata de un apoyo cotidiano para la satisfacción de necesidades básicas del anciano, sino que pueden llenar vacíos importantes de afecto, compañía y de oportunidad de actividades que lo involucren y contribuyan con su salud física y mental. No obstante, y a pesar de que aparentemente los beneficios de la participación en redes sociales más amplias que el núcleo familiar resulten obvios, existen barreras no solo de índole económica, dada la precariedad en que ellos se desenvuelven, sino también culturales. En estas barreras están presentes las construcciones de género que determinan el acceso diferenciado de hombres y mujeres a ellas, y que perjudican sobre todo a los varones, como veremos a continuación.

a. RELACIÓN CON AMIGOS Y OTROS FAMILIARES ANTES Y DESPUÉS DE LA CESANTÍA

Existen diversas situaciones y razones por las que los adultos mayores que participan de este estudio mantienen o han cortado definitivamente vínculos con sus amigos de antaño. En el caso de Julio y Mario, ellos señalan que no eran muy amigueros, y que sus principales amigos eran sus compañeros de trabajo. Con la llegada de la cesantía no mantuvieron la relación, porque eso les significaba hacer gastos para desplazarse y para realizar otras actividades, cosa que sus exiguos ingresos no les permitían. Hay que anotar que, como ellos mismos lo afirman, los lazos entablados con esos compañeros de trabajo no eran muy fuertes, sino solo circunstanciales, por lo que dejar de verlos no significó rupturas dolorosas.

Por otro lado, con los vecinos existe una relación distante, respetuosa, pero, como señala Mario, llena de desconfianza frente a probables agresiones, por lo que no estarían dispuestos a arriesgarse y prefieren evitar cualquier acercamiento. Ambos consideran que su familia cercana es su espacio exclusivo de interrelación personal y, según Julio, eso les bastaría:

Cuando trabajaba tenía relación con mis compañeros de trabajo; nos reuníamos. Ahora no mantengo amistades, porque para eso se necesita dinero. Cuando fallece algún familiar de ellos uno tiene que llevar su contribución. Sin dinero no se puede tener mucha amistad. Hay compromiso. Con los vecinos solo nos saludamos respetuosamente. Nunca he sido muy amiguelo. Mis amigos son mi familia: con ellos paro permanentemente y me siento bien (Julio).

Antes, relación con amigos muy poco; me reunía en horas de trabajo, y pocas veces hemos salido así a divertirnos. Más ha sido mi vida hogareña, y reuniones y fiestas, pero familiar. Ahora mis amigos viven distantes y es difícil visitarlos, porque tengo que gastar pasaje; y si no los encontraba... Ese pasaje era lo único que me quedaba, y volver a regresar, no, no se podía. Familiares vienen a visitarme y del norte mis hermanas me llaman por teléfono y así nos comunicamos. Con los vecinos, solamente saludos, porque hay personas egoístas o por cualquier cosa les gusta estar buscando discusiones, y para evitar, solo el saludo (Mario).

Santiago y Timoteo cuentan que nunca tuvieron amigos, salvo compañeros de trabajo con quienes se llevaban bien, como anota el primero de ellos. Ambos circunscribieron siempre sus relaciones al ámbito estrictamente familiar, por falta de tiempo, como cuenta Santiago, y por un temperamento poco sociable, como señala Timoteo. Este último reconoce que es una carencia y que está produciendo efectos negativos en él. Al parecer, este hombre, al margen de sus deseos, tiene grandes dificultades para hacerse de amigos por su actitud introvertida y tímida, aun ahora que está participando en una institución de ayuda mutua para personas de la tercera edad, como veremos más adelante:

No he tenido amigos así para reunirme y divertirme, porque el negocio era una vida esclavizada. Los amigos, solo los del mercado, pero nos reuníamos, no para tomar, sino para que surja el negocio y así fue: me encontré con buenos compañeros de trabajo; me ayudaron. Actualmente tampoco tengo amigos para reunirme; solo tengo a mi familia (Santiago).

Yo toda la vida fui de mi casa a mi trabajo y de mi trabajo a mi casa; no he tenido amigos. Ahora absolutamente no tengo ningún amigo, nada. Con los vecinos me llevo bien, pero poco me veo. No tengo amistades porque no me nace, soy poco amiguelo, y eso es lo que perjudica, seguro: no tener, pues, muchas amistades. Así es. De familiares, acá un hermano nomás que fue el que me trajo a Lima; con él siempre estamos juntos. Ahora él está solo porque todos sus hijos se fueron a la Argentina. Yo siempre voy ahí a verlo, todos los días (Timoteo).

Hay tres adultos mayores que, por cuestiones de tipo religioso, no frecuentan a sus antiguas amistades y tampoco a familiares más allá de su entorno nuclear cercano. Su principal argumento es que como la principal forma de socialización de los hombres es mediante la ingesta de alcohol y ellos no beben porque su religión se los prohíbe tajantemente, son marginados o se

automarginan. Y lo mismo ocurre en las fiestas familiares. También señalan que son objeto de mofas de sus antiguos amigos, quienes no comparten sus creencias ni sus nuevos hábitos. Entonces, sus redes sociales se circunscriben a su familia más cercana (hijos, nietos) y a los grupos religiosos.

En los casos de Marcos y de Rodrigo, quienes no solo son creyentes de sus respectivas iglesias sino además activos proselitistas, sus redes sociales, más allá de sus familias nucleares, son sus correligionarios y, como dice Rodrigo, eso les basta. El caso de Daniel es dramático en este sentido: si bien es creyente, no hace vida activa dentro de su iglesia, de manera que no es para él un espacio importante que le permita estrechar lazos de amistad. El problema se agudiza porque tampoco se siente acompañado por sus familiares cercanos, ya que no encuentra que ellos le brinden apoyo alguno ahora que lo necesita:

En el trabajo tenía amigos. Me llevaba bien con ellos, aunque a veces había riñas por la borrachera. Pero desde que yo profeso ser testigo de Jehová, con mis familiares y amigos muy poco me veo. Es que dicen: “Ya no eres sociable, ya no participas en las fiestas”. Ya por esa razón quizás ellos se apartaron. En esas celebraciones no participamos señor, porque siempre hay trago. Mis antiguos amigos se burlan de mí; me ven y dicen: “Pobrecito, sin trabajar estás andando”. Dicen que engañamos a las personas. No engañamos: decimos la verdad tal como indica en la Biblia. Por eso solo con los hermanos me relaciono (Marcos).

Antes no he tenido amistad con nadie, hermano, porque viví con mi abuelito, y él no me consentía ni con amigos con nada, hermano. No voy a ninguna reunión familiar, ni cumpleaños, porque siempre hay cualquier disgusto, porque yo no tomo hermano. En la iglesia solo los hermanos; nos tratamos como hermanos con todo el grupo de la iglesia; más amigos en la calle no, y me siento bien con ellos (Rodrigo).

Antes tenía amigos, pero ahora no tengo amigos, porque hay veces en la vida católica borrachos faltan el respeto, y ofenden a la gente. Pero yo no tomo trago, yo vivo de acuerdo con las enseñanzas de la iglesia. Solo tengo relación con mis nietos que me quieren bastante, aunque ahora han llevado dos a Piura y dos tengo en Canto Grande, y ahora no hay cerca nadie. Acá tengo una hermana, vecinas, pero no recibo apoyo de nadie. No tengo relación con otros familiares. Yo siempre voy donde mis hijos, mis nietos, pero así gente particular no voy (Daniel).

Eduardo es un caso de aislamiento casi total, pues a su soltería de siempre se añade el hecho de que sus amigos de antaño ya no están y su experiencia con nuevas amistades le ha resultado decepcionante. Tampoco tiene familiares cercanos con quienes relacionarse ni, menos, para solicitarles ayuda. La única relación con la que cuenta y que a la postre le permite recibir algún tipo de apoyo es la vecina a quien ha subarrendado los servicios higiénicos del mercado. En la casa de esta mujer le permiten lavar su ropa y asearse, pues en su casa no cuenta con servicios de agua y desagüe, ni con electricidad:

No, no tengo amigos. Tenía amigos, pero ya no están acá, pues: se han ido al extranjero o ya se han muerto. Ya no me hago amigos, porque los amigos también son malos. Tenía un amigo que trabajó conmigo. Ahorita está haciendo cuentos sonsos que yo soy ladrón, que no sé cuánto. Pero ¿qué le podría hacer yo? No tengo relación con familiares. Tengo sobrinos que están en el extranjero; vienen y ni caso me hacen; no me dan ni siquiera un sol. No estoy interesado en eso. Yo tengo vergüenza de estar pidiendo (Eduardo).

Por último están los casos de Teófilo y Fortunato, quienes han sido muy sociables desde la juventud y a los que siempre les gustó el tradicional ambiente de socialización de la cultura masculina hegemónica, es decir, el fútbol y la juerga, combinados con la ingesta de alcohol. Si bien Teófilo ya no encuentra a sus antiguas amistades, no ha tenido problema alguno en sustituirlas por otras que pertenecen a su ámbito local cercano. Con ellos mantiene cotidianamente la misma dinámica de fútbol y alcohol. Por su parte, Fortunato ha sido parte de una red diversificada de amistades. Ya no frecuenta a un sector de ellas, porque aduce que el costo que demanda esta relación está fuera de su alcance; sin embargo, mantiene intacta la red amical con sus ex compañeros de trabajo, con quienes se reúne para beber alcohol. Por ello, la familia está preocupada por su salud. Ambos, por su parte, como ya vimos anteriormente, siempre han sido muy desapegados de sus familias nucleares; privilegiaron sus relaciones extradomésticas y hoy no mantienen buenas relaciones con hijos y nietos:

Siempre he sido pelotero, y jugaba con compañeros de trabajo en Mariscal Castilla, Lince; y con mis paisanos de Apurímac teníamos el club de deportes; jugábamos cada domingo, y terminando eso tomábamos unas cervecitas. Ahora, con quienes jugaba antes, casi no nos encontramos. Con vecinos, conversar así, tomamos cervecita domingo cuando hay un campeonato; tenemos una cancha de fútbol (Teófilo).

Bueno, he tenido muchas amistades, paisanos de Tarma, pero hace como cinco años no los encuentro. Siempre, todos los años, en mayo hay fiesta en Tarma: "Fortunato, llegaste". Alegría: bien querido era ahí, para qué. Pero ya no voy porque hay que ir con plata, no alcanza plata, y hay que contribuir, gastar. Lo que sí, cada mes, cuando voy a cobrar mi pensión en la Municipalidad, me encuentro con mis ex compañeros, que tenemos club de cesantes y jubilados; nos reunimos para charlar y tomamos unas copitas (Fortunato).

Una vez que se jubiló, cada vez que va a cobrar viene mareado. Nos preocupa, porque él es operado de la cadera, y una caída más y se queda ahí: ya nadie lo va a levantar; eso es lo que nosotros siempre le reclamamos (Hilda, hija de Fortunato).

b. PARTICIPACIÓN EN INSTITUCIONES ANTES Y DESPUÉS DE LA CESANTÍA

Como en el caso de otros eventos, la participación o la no participación de los adultos mayores participantes del estudio en diversas instituciones ha guardado una continuidad entre el antes y el después de la cesantía. Las instituciones en las que participan los entrevistados son diversas: organizaciones de ayuda mutua para jubilados, clubes sociales provinciales y entidades religiosas.

Julio y Fortunato han participado siempre en instituciones culturales y recreativas. Por experiencia propia saben de los beneficios que esto reporta, de manera que se preocupan por mantener esa participación. Julio señala que la única barrera para no participar más en su club provincial es de índole económica, y este es el mismo obstáculo que le impediría inscribirse y participar en el Club de Jubilados de Villa María, como sería su deseo:

Siempre he pertenecido a un club de mi pueblo, que se llama Asociación Cultural y Deportiva. Como todo socio de una institución, voy cuando hay sesión. También voy cuando hay fiestas a distraerme un rato. Será pues unas cuatro veces al año, nada más. A veces si no tengo para pagar la entrada o para tomarme un trago, no voy a ir pues, ¿no?... Ahora quisiera participar en Club de Jubilados de Villa María, pero el local que tienen está un poquito distante. Tendría que ir con pasaje, y ahí cobran para participar y a veces no tengo; ese es el principal problema (Julio).

Fortunato no solo ha sido y es integrante de más de una institución de ayuda mutua, sino que además fue uno de los impulsores de su creación. Actualmente participa en dos instituciones con características distintas. La de jubilados del Municipio es fundamentalmente un espacio de encuentro y de conservación de la confraternidad entre ex compañeros de trabajo, mientras que en el Club de Jubilados de Villa María la práctica cotidiana está sustentada en actividades recreativas y deportivas, la mayoría de ellas dirigidas por profesionales, y su finalidad es la preservación de la salud física y mental de sus integrantes. Fortunato manifiesta estar muy a gusto en este club y busca participar en todas las actividades que su condición física le permite. Hoy le dedica la mitad de su vida cotidiana:

Antes participaba en el club provincial; hoy ya no, por falta de dinero. Los que salimos del Municipio formamos una Asociación de Jubilados. Cada fin de mes me reúno con ellos a conversar y tomarme una cervecita. También ahora todos los días vengo al Club de Jubilados de Villa María; yo soy uno de los fundadores y estoy muy contento. Hay días en que nos vamos de paseo y 6, 7 de la noche llegamos, pues. Con todos los del club de acá nos queremos, conversamos, bromeamos. Antes también participaba en La Edad de Oro del Seguro Social, pero ya no hay. Acá en el Club participo en juegos de sapo, damas, ajedrez; en baile no, porque no tengo bien mi cadera: me estoy moviendo y me caigo. En Tai Chi sí participo, en gimnasia, pero le digo al profesor: “Yo

puedo hacer lo que puedo y no más, porque tengo que cuidar mi cadera (Fortunato).

Al parecer, Timoteo siempre fue una persona apática y reacia a participar en organización alguna. Por su propia iniciativa nunca se hubiera inscrito en el Club de Jubilados: lo hizo a insistencia de su hijo. Aunque reconoce los beneficios que esto ha significado para su propia salud, los minimiza. Lo que ocurre en este caso es que la principal obsesión de Timoteo es conseguir un trabajo remunerado, y todo lo evalúa a través de ese tamiz. Otra de las limitaciones de su presencia en este Club es que su asistencia se reduce a realizar una determinada actividad dirigida e inmediatamente vuelve a casa; no realiza esfuerzo alguno para relacionarse con los demás socios y conseguir amistades. Por eso tampoco está enterado de las actividades que está planificando el Club. Por ejemplo, cuando realizamos la entrevista se estaba preparando un viaje de los socios a la ciudad de Guayaquil, pero él no estaba enterado:

Nunca participé en nada, porque nunca me gustó. Conocí y me inscribí en el Club de los Jubilados gracias a mi hijo, que me convenció: “Oye papá, sería bueno que te inscribas para que te distraigas”. Tengo quince días no más, por todo. Ahí ya he participado en charlas de psicología, y después la gimnasia, nada más. Tai Chi sí participé, también. Hay beneficios, de la salud nomás. Me he sentido bien, pero es muy poco una hora; de aquí hasta el otro miércoles. Allí hay una bicicleta para hacer ejercicio de las piernas y un sapo. Me gustaría, claro, pero ¿cuál es el beneficio del socio? No hay ningún beneficio: solamente con la salud. Que haya una actividad económica donde uno va a producir algo y que le paguen a uno por eso; debería darle ocupación al socio (Timoteo).

Los miembros de confesiones religiosas distintas de la católica no participan en otras instituciones y centran sus actividades y relaciones de confraternidad en aquellas. Sin embargo, sí hemos encontrado diferencias entre ellos respecto de su actitud frente a la posibilidad de participar o no en una institución de ayuda mutua para los adultos mayores, que, al parecer, dependen del tipo de Iglesia a la que pertenecen. Tanto Marcos, que es testigo de Jehová, cuanto Rodrigo, que pertenece a la Iglesia Pentecostal, adoptan una actitud sectaria y su participación confesional resulta totalizadora en sus vidas, lo que confiere una curiosa fundamentación bíblica a sus comportamientos excluyentes. Sin duda, en estas iglesias hay una práctica de ayuda mutua y de solidaridad que les permite asistir a los fieles que necesiten apoyo. Al parecer, es esta la razón por la que Marcos y Rodrigo se sienten amparados:

No señor, no he participado en instituciones aparte de la Iglesia. Tampoco me interesa participar; fuera de la Iglesia no hay nada más. Nosotros solo predicamos las buenas nuevas del Reino, porque Dios va a juzgar en el futuro al mundo. Los que no están con Dios, los que no

invocan el nombre de Dios, van a ser eliminados. No lo digo yo: ahí está en la Biblia, señor (Marcos).

No, nunca he participado [en otras instituciones]. Solo en la Iglesia que estoy hace ya casi cuarenta años. Salimos a hablar la palabra de Dios, tocamos las puertas para hablar a la gente. No me interesa participar en club de tercera edad, porque yo más creo en el poder de nuestro Señor Jesucristo, porque el Señor dice: “Yo soy el camino, la verdad, la vida. Cree en mi palabra. Bienaventurado el que cree en mi palabra”, dice así en la Biblia hermano. No puedo participar en otra institución porque el Señor dice: “Estás en este redil, mis ovejas no saldrán a otro redil, porque yo los conozco a mis hijos”. Así nos dice el Señor (Rodrigo).

El caso de Daniel, que pertenece a la Iglesia Evangélica, es distinto: al parecer, su religión no le prohíbe participar en otras instituciones. Si bien hoy participa solo en las actividades de culto religioso (no es un predicador, como en los casos anteriores), antes asistía a un club de la tercera edad de su barrio. Al igual que Timoteo, valora los efectos positivos de las prácticas que desarrollaba en esta institución, pero considera que perdían el tiempo. Existe una interpretación muy arraigada en los sectores populares según la cual la práctica de cualquier actividad no laboral ni académica es pérdida de tiempo, porque consideran el trabajo y el estudio como lo único valorado socialmente (al respecto, véase Ramos *et al.* 1993).

En condiciones de extrema pobreza como las que vive Daniel, en las que hay que hacer esfuerzos denodados para sobrevivir día a día, las actividades recreativas constituyen un lujo, y su explicación cobra sentido en este contexto. Otro asunto interesante es que suspende su participación con la muerte de su esposa, lo que dejaría entrever su gran dependencia de ella, quien, al parecer, constituía el único vínculo entre él y su familia y amigos y entre él y redes sociales más amplias. Hay que recordar que Daniel se siente hoy totalmente aislado y desamparado:

Solo participo en la Iglesia, aunque antes participé en el club de la tercera edad acá en el complejo de Mariátegui; después me salí, ya no seguí. Como mi esposa ha muerto, no sé; por eso yo me retiré, ya no voy. Hacíamos física, salíamos de paseo, hacíamos a veces comida, comíamos; así pasábamos. Para qué, era bonito. Pero más perdíamos tiempo. Claro, hacíamos física, así, charlas, cualquier cosita; así nomás. Así que yo me salí, yo me cansé (Daniel).

Otro grupo de adultos mayores está conformado por los que no tienen una trayectoria de participación en ninguna institución recreativa y de ayuda mutua, no han experimentado los beneficios de esta práctica y actualmente tampoco participan. Sin embargo, entre ellos hay diferencias que conciernen a una participación futura. En primer lugar, Teófilo y Santiago solo tienen la experiencia de su organización gremial y actualmente ignoran y confunden los fines de una asociación de adultos mayores. Teófilo afirma que no le interesa participar porque sus necesidades al respecto están resueltas con su pensión

de jubilación, probablemente porque confunde a estas organizaciones con instituciones asistencialistas para menesterosos. Santiago también tiene imágenes distorsionadas de las funciones del Club de la Tercera Edad: por una parte lo confunde con un comedor popular, porque esa es la idea que le transmite el hijo; y por otra, ante la insistencia de la hija que lo incentiva a participar dándole a entender que hay más actividades, él retruca que es una institución para gente que no sabe hacer nada, mientras él siempre está ocupado y no quiere perder el tiempo. Reaparece así el tema tratado en el párrafo anterior: alguien que no ha experimentado los beneficios de la práctica de actividades de tiempo libre y comparte las creencias según las cuales lo único positivo es el trabajo, ciertamente considerará negativa la participación en este tipo de instituciones. También hay que resaltar que los hijos juegan un papel importante a este respecto: unos para incentivar la participación de sus padres (el hijo de Timoteo y la hija de Santiago), otros para desanimarlos (el hijo de este último, que lo desalienta porque le transmite una información equivocada):

Yo solo era miembro del sindicato donde trabajaba. Otra cosa no. Actualmente no participo en nada. Tampoco he escuchado del Club de Jubilados. Ya no, no me importa: como he trabajado y el seguro tengo, ya para qué (Teófilo).

Bueno, yo nunca he participado. Solamente la institución era en el mercado, donde he sido dirigente. Eso nada más, porque el negocio era una vida esclavizada. Ahora tampoco participo, porque no me gusta ingresarme en una institución. Lo primero, como dice, el trago. Hay Club de la Tercera Edad acá en Nueva Esperanza, pero mi hijo me dice: "Papá, los alimentos que te dan ahí no es como uno de casa". También en mi casa me entretengo, porque si no supiese hacer casi nada yo iría. Ahora, mi hija me dice: "Ahí hay de todo". "Sí, hija, pero ¿cómo dejo la casa? No falta el aseo, no falta que un escape de agua y paro arreglando. Hasta coser la ropa de mis hijos, de mis nietos. Así me entretengo, porque si no supiera nada hacer ya estuviera en la tercera edad (Santiago).

En segundo lugar, dentro de este mismo grupo que nunca ha participado en ninguna institución de ayuda mutua y de recreación, se encuentra Mario. Sin embargo, es una persona que está en búsqueda de una participación que satisfaga sus necesidades. Tuvo una experiencia fallida en una institución que no llenaba sus expectativas; que más bien apagaban, como señala, su espíritu activo y no lo incentivaban a superarse, de manera que optó por dejarla. No obstante, esta experiencia negativa no cerró la posibilidad de buscar otra que respondiera a sus necesidades. Cabe anotar que no encontramos claro lo que busca Mario, pues probablemente su evaluación de las actividades de Inabif esté tamizada por su valoración negativa de las actividades de tiempo libre que no considere productivas, como ocurre con Daniel y Teófilo:

No, no he participado en instituciones y tampoco ahora participo en ninguna. Hace cuatro años, acá hay un Inabif, me inscribí en un programa de la tercera edad, pero no me agradó, porque había personas que yo los veía mucho más avanzados en edad que yo y no hacían nada: estaban ahí solamente sentados, algunos conversando. Entonces, en lugar de quererme superar, eh, me sentí incómodo. Yo quiero estar en actividad, aprender algo nuevo; pero si voy a ir a sentarme, para estar ahí como un inválido, mejor estoy en casa: aunque sea agarro una escoba y barro, hago alguna cosa y así me distraigo mejor. Ahora, no sabía del Club de Tercera Edad que hay en Nueva Esperanza. Claro, participaría; si es para estar en actividad, por qué no; sí podría ir (Mario).

Por último está el caso de Eduardo, quien ha sido fundador y organizador de un club provincial, pero que actualmente se ha automarginado y no desea seguir participando. Ocurre que se siente humillado y enfadado, porque su estado físico produce lástima en las demás personas y él no está dispuesto a tolerarlo, pues tales actitudes ofenden su dignidad. Hay que recordar que sufre de artritis, a la que se añade su malformación congénita en una pierna, todo lo cual le ocasiona grandes dificultades para moverse. El cuadro es francamente conmovedor. A su negativa se añade el hecho de que participar en cualquier institución exige contar con medios económicos suficientes para sufragar los gastos mensuales de membresía y los costos de consumo en cada actividad, todo lo cual está fuera de sus posibilidades económicas, pues solo cuenta con cinco soles de ingresos diarios para sobrevivir. Esta es una de las razones principales para que tampoco considere la posibilidad futura de participar en alguna institución local que organice a los adultos mayores:

He sido fundador de un club de mi tierra: se llama el Unión Hijos San Miguel de Pairichacra; es un club deportivo. Soy fundador, pero ellos no se acuerdan ya. Tiempo ya no voy, porque a veces critican la gente. Es que me han estado insultando; una señora pasaba, me dice: "Hola señor; pobrecito, que esto, que el otro". Y otro venía: "Pobrecito"... ¡Conchudos, carajo! Yo me he callado porque todavía estaba mal; no he podido reaccionar. Me han ofendido. Si yo quiero puedo ir, no hay problema, pero para evitar que te miren mal, no. Estás enfermo, claro, pero no para que te estén mirando con compasión. A mí no me gusta. También hay que ir allá con plata para invitar a ellos, y yo no tomo, ni tengo plata... No, no he escuchado del Club de Jubilados, pero eso es para jubilados y yo no soy jubilado. Seguro que hay que aportar y yo no tengo plata (Eduardo).

c. PERCEPCIÓN DE LOS OTROS SOBRE LOS BENEFICIOS DE LA PARTICIPACIÓN DEL ANCIANO EN INSTITUCIONES DE AYUDA MUTUA PARA ADULTOS MAYORES

Del total de entrevistados para este estudio, solamente dos participan de un programa para el adulto mayor en el Club de Jubilados de Villa María del Triunfo. Como hemos visto en el acápite anterior, los hijos juegan un papel importante para incentivar o desalentar la participación de sus padres en estos

programas. Si conviven con él, también se darán cuenta de los cambios experimentados por sus padres gracias a esa participación, principalmente en su carácter y sus actitudes, y podrán evaluar los beneficios de esos cambios en la calidad de vida no solo del propio anciano sino de toda la familia que cohabita con él.

Así lo señala Hilda cuando refiere los cambios que toda la familia nota en su padre. Como ya vimos, Fortunato tiene una convivencia conflictiva tanto con sus hijos cuanto con sus nietos. Sin embargo, a partir de su participación en el Club de Villa María del Triunfo, que lo ocupa por una buena parte del día, Fortunato ha adoptado un espíritu más positivo y ha ido abandonando paulatinamente su actitud inflexible y poco tolerante que tantos dolores de cabeza le ha ocasionado a su familia. Los hijos apoyan y valoran esta participación por sus beneficios para el conjunto de la familia, y la distinguen claramente de las reuniones mensuales que mantiene su padre con sus ex compañeros de trabajo, por las probables consecuencias negativas en la seguridad y salud de este anciano:

Desde que ingresó al Club de Jubilados de acá de Villa María, cambió su carácter; ha bajado bastante su carácter. Cuando va allá, se encuentra con sus amigos, comienzan a conversar, se distrae; o sea, ya tiene dónde salir para que no esté mucho tiempo encerrado acá. Ya no hay muchas peleas con mis hermanos, ni con los nietos. Ahora viene más tranquilo y comienza a conversar, a contar lo que han hecho, sus clases que recibe con la psicóloga, de las de Tai Chi. Todos mis hermanos comentan positivo, ellos están muy contentos de que se vaya al Club de acá, pero cuando va al Club de Surquillo [ex compañeros de trabajo] ya no les gusta que vaya, porque a veces viene mareado (Hilda, hija de Fortunato).

Por su parte, Sandro se siente muy aliviado de que su padre cuente con una red más amplia de apoyo. Estaba muy abrumado con el peso que le significaba la dependencia de su padre hacia él, teniendo en cuenta que es el único hijo que está a su lado. Su gran preocupación por la salud mental de Timoteo y por los riesgos para su integridad física se está disipando, porque nota mejoras importantes en el ánimo de su padre a partir de su participación en el Club de Jubilados. Sin embargo, habría rasgos en el temperamento de Timoteo que dificultarían que los beneficios de su participación sean aprovechados al máximo. Al no hacer el mínimo esfuerzo para confraternizar con los demás socios, como anota preocupadamente su hijo, pierde la oportunidad de contar con una red de amigos más amplia en circunstancias difíciles. En los momentos que estuvimos en el Club pudimos comprobar cómo los socios se organizaban de manera espontánea para visitar a los amigos que faltaban reiteradamente o que conocía que estaban enfermos. Timoteo tiene aún poco tiempo en el Club, y este comportamiento podría cambiar:

Con esa depresión que tiene, ni él mismo podía controlarse; tenía miedo de quedarse en la casa. Yo lo sentía como un niño. Inclusive tuve que

llevarlo a mi trabajo para que esté conmigo, porque tenía miedo: “No, me voy a desmayar”. Pero se aburría todo el día sin actividad. Yo lo veía desesperadito. Ni bien salía, se iba a deambular por ahí, pero sin rumbo, y todo eso me preocupaba mucho. Gracias a Dios hemos encontrado esta asociación donde va en la mañana, hacen su gimnasia, pero él todavía no se centra al cien por ciento a ese círculo, no se siente identificado. Pero estamos batallando en ese sentido y al menos se ha recuperado anímicamente. Yo lo veo mejor. Le sirve bastante: al menos se relaja y, para qué, yo le digo: “Mira, ve ahí el vecino”. Su problema es que no se interrelaciona: él termina esto o el yoga y pum se viene: “Pero papá —le digo—, ahí juegan sapito, por qué no te quedas”. Lo que pasa es que él es muy retraído (Sandro, hijo de Timoteo).

La familia sigue siendo el espacio principal —y en algunos casos exclusivo— de las relaciones personales y de apoyo para la mayor parte de los adultos mayores que participaron en el estudio. En un grupo de ellos a ella se añade su participación en instituciones de distinta índole, y en otros el establecimiento de lazos amicales con vecinos. Cada una de estas situaciones tiene diversos impactos para ellos y sus respectivas familias. Varios factores se conjugan para extender las relaciones más allá del ámbito familiar cercano, entre las que destacan la supervivencia o no de la esposa, la trayectoria anterior a la cesantía respecto del tipo de lazos de amistad contraídos y de la experiencia de participación en instituciones sociales no gremiales y, por último, el temperamento más o menos sociable de cada persona. Así, podemos hacer la siguiente clasificación:

1. *Los que centran sus relaciones exclusivamente en su familia cercana*, es decir, esposa, hijos y nietos. En este grupo están Mario y Santiago. Antes de la cesantía ellos tampoco mantuvieron amistades ni participaron en institución social alguna, salvo en organizaciones gremiales cuando trabajaban. Ambos tienen esposa e hijos con quienes conviven y se llevan muy bien, y consideran que las relaciones familiares siempre les resultaron suficientes para sentirse tranquilos. Actualmente son muy desconfiados para entablar amistad con los vecinos, con quienes solo buscan tener buenas relaciones y evitar problemas. La diferencia entre ambos es que Mario estaría dispuesto a participar en alguna organización que agrupe a los adultos mayores y que realmente responda a sus inquietudes y necesidades, mientras que Santiago es reacio a participar, principalmente porque tiene una información distorsionada de los fines que persiguen este tipo de instituciones y porque en casa dice encontrar siempre actividades que realizar y que ocupan la mayor parte de su tiempo. También añadiríamos en este grupo a Daniel, a pesar de que nos dijo que no recibía apoyo alguno de familiares ni amigos. Varias de sus necesidades cotidianas están siendo satisfechas de manera indirecta por el aporte de los hijos que habitan bajo el mismo techo (por ejemplo los gastos de luz y agua potable). Este hombre, al parecer, fue muy dependiente de las relaciones que entablaba su esposa, de manera que una vez que ella falleció él perdió estos vínculos y ahora le cuesta mucho retomarlos.

2. *Los que participan en instituciones de ayuda mutua con fines sociales y recreacionales.* Se trata de la participación en dos tipos de instituciones: los clubes provinciales, que sirven como punto de encuentro de personas que tienen el mismo origen provinciano y que realizan actividades festivas y recreativas eventualmente, y los clubes que agrupan a adultos mayores, en las que cotidianamente se desarrollan actividades recreativas, deportivas y culturales y que buscan contribuir con la salud física y mental y el bienestar general de sus asociados. Julio participa en el primer tipo, mientras que Fortunato y Timoteo en el segundo. A los adultos mayores les resulta cada vez más difícil mantener su participación en los clubes provinciales, pues la calidad de socios les exige una serie de gastos —desde el pago de la membresía mensual hasta el dinero que deben desembolsar para poder participar en las actividades sociales recreativas y festivas de la institución— que sus reducidos ingresos, incluso de los que reciben una pensión de jubilación, no pueden solventar. Esto ocurrió con Fortunato y Eduardo, que se vieron imposibilitados de continuar con su participación, y también le está sucediendo a Julio, a pesar de que este último aún mantiene su calidad de socio activo, aunque su participación se hace cada vez más esporádica por los mismos motivos. Hay que señalar que Fortunato mantiene su participación en el Club de Jubilados de su Municipio, que cumple las mismas funciones eventuales de un club provincial. Los únicos beneficios reconocidos de participar en este tipo de instituciones es el de mantener el contacto eventual con los paisanos y ex compañeros de trabajo y el de tener ocasionalmente momentos de esparcimiento. Pero como estas experiencias no son continuas —en ocasiones las separan meses—, no constituyen parte importante en la vida cotidiana de los ancianos y no cubren sus tiempos vacíos. En cambio, la participación en una institución de ayuda mutua de los adultos mayores, localizada en el propio barrio, con actividades educativas y recreativas durante todos los días de la semana, tiene un impacto importante en la salud física y mental de los integrantes. Los beneficios no son percibidos solo por los mismos ancianos, sino también por toda la familia, como hemos constatado. Sin embargo, en la medida en que la institución es autogestionaria —ese es el caso del Club de Jubilados de Villa María del Triunfo—, sus integrantes tienen que sostenerla económicamente. A pesar de que la cuota es mínima, no está al alcance de quienes se ubican en la extrema pobreza.
3. *Los que participan en sectas religiosas.* Gracias a los testimonios de quienes pertenecen a estas organizaciones (Marcos y Rodrigo), sabemos que intentan constituirse en el centro de la vida de sus fieles y que les exigen dedicación total; además, les prohíben participar en otro tipo de instituciones, incluso no religiosas. La militancia confesional en estas iglesias llena la vida de estos ancianos y les demanda normas de conducta tanto en su vida íntima cuanto en la pública y que, al parecer, mejoran la convivencia familiar y también la social; les dan un sentido y ocupación permanente a sus vidas en la actividad proselitista que realizan día a día, y les brindan un espacio de relaciones de fraternidad y ayuda mutua entre correligionarios. Pero existe en ellas, también, una situación de exclusión y autoexclusión que hace que sus miembros viven

sectariamente. Por un lado, sus normas de vida inflexibles, como el no tomar bebidas alcohólicas o café, la prohibición de ingerir determinado tipo de alimentos, el no asistir a fiestas sociales, e inclusive su porfiada actitud de prédica constante,⁵ hacen que los demás los marginen e inclusive se burlen de ellos. Por otro lado, ellos mismos evitan entablar amistades externas a su ámbito confesional, e incluso mantener relaciones con sus familiares no cercanos, por el temor a la provocación y a la exclusión. Estos hombres señalan estar complacidos con sus militancias religiosas porque encuentran en ellas sentido a sus vidas y aparentemente les producen bienestar. Cabe anotar que estos fueron los adultos mayores que ofrecieron mayor resistencia a la exploración en sus sentimientos y, en general, en sus mundos subjetivos.

4. *Los que mantienen relaciones con amigos y vecinos.* Existen diferentes situaciones en la que amigos y vecinos forman parte de las relaciones que entablan estos adultos mayores. En el caso de Teófilo, a la relación con los vecinos, con quienes cada fin de semana se reúne para asistir a los campeonatos de fútbol y tomar alcohol, se añade la relación cotidiana que tiene con su familia nuclear. Él sustituyó a los amigos que tenía en el trabajo, con quienes hacía lo mismo fuera de las horas laborales, por estos otros que están localizados más cercanamente. Este espacio constituye un complemento recreativo y de uso de su tiempo libre al soporte familiar, que es central para el desarrollo de su vida cotidiana; por lo tanto, la satisfacción de sus necesidades de supervivencia no depende tanto de los amigos cuanto de su familia. El caso de Eduardo es distinto. Carece de soporte familiar, pues es soltero y vive solo, y apoya su supervivencia sobre todo en la ayuda proporcionada por una vecina. Ella le proporciona un ingreso diario con el pago por un subarriendo, y le procura en su casa las posibilidades de satisfacer algunas de sus necesidades básicas diarias. Estos dos hombres manifestaron no estar dispuestos a participar en una asociación de adultos mayores, principalmente porque carecen de información sobre los fines de estas organizaciones y, por lo tanto, tienen una imagen distorsionada de ellas; además, Eduardo señala que tampoco tiene los medios económicos para sufragar los gastos de su participación.

Existen algunos rasgos centrales respecto del establecimiento o no de redes sociales más allá del núcleo familiar que merecen ser destacados, y que tienen que ver con que, en casi todos los casos, se constituyen en el soporte fundamental en la vida de estos ancianos. El mantener o no lazos amicales antiguos o entablar amistades nuevas responden a una trayectoria anterior a la cesantía. Hombres que dedicaban parte importante de sus vidas, no solo en el trabajo sino también fuera de él, a la asistencia a espacios de socialización masculina como el fútbol y la cantina, y que pasaban poco tiempo con sus familias, mantuvieron esa dinámica hasta el momento de la realización del estudio. Los otros, aquellos que dedicaron su vida al trabajo y, luego de la

⁵ Durante la mayor parte de la entrevista estos dos hombres utilizaron conmigo una actitud de prédica proselitista.

jornada laboral, a su familia, han acentuado su dedicación exclusiva al hogar. Por lo general, estos últimos siempre desconfiaron de amigos y vecinos, y no les gusta libar alcohol, salvo en fiestas familiares ocasionales, a excepción de quienes participan en sectas religiosas, que no toman nunca.

Esto mismo sucede con la participación actual en instituciones de ayuda mutua o con fines recreacionales. A pesar de que existen varios clubes de la tercera edad en diversos lugares del distrito, muchos de estos hombres no participan, fenómeno que ocurre con mayor frecuencia en el caso de los que nunca participaron en institución alguna más allá de la gremial, porque tienen prejuicios e ideas distorsionadas de sus fines y no intuyen el beneficio que les podría proporcionar.

Otra característica general de estos hombres es que, aun los que participan en ellas, tienen dificultades para valorar la importancia de ser miembro de una institución de ayuda mutua, pues evalúan que se pierde el tiempo. Ciertamente, valoran los beneficios de las actividades que realizan para su propia salud, pero los minimizan frente a los imperativos sociales que señalan que lo principal para todo hombre es el trabajo productivo y remunerado, pues es lo único que verdaderamente les restituiría su valor como tales. Habría que repasar en nuestra cultura hasta qué punto el tiempo dedicado al arte, al juego y al deporte es considerado como pérdida de tiempo, y así es inculcado de generación en generación por padres a hijos, sobre todo, aunque no exclusivamente, en sectores populares. Cuando los niños y los jóvenes se dedican a estas actividades, lo harían con un gran sentimiento de culpa, por no estar ocupando el tiempo en el trabajo productivo o en los estudios. En un estudio anterior en Villa María del Triunfo sobre el significado de la recreación y el deporte para sus pobladores, concluíamos en la poca importancia que le otorgan como medio de formación de sus hijos:

[Esta concepción muy enraizada se arrastraría desde el área rural, pues la mayoría son de ese origen, donde el antagonismo trabajo versus juego es claro. Mientras la práctica del primero, desde que el niño puede asumir tareas fortalece el espíritu, en la medida que significa sacrificio, esfuerzo, dolor, responsabilidad, forjándose, en sus palabras “mañana más tarde personas de bien, que aprendan que solo con el trabajo y el esfuerzo se puede conseguir algo” y “solo quien sufre valora lo que tiene”, el juego, sobre todo en la etapa infantil que es formativa, significa todo lo contrario, es decir la pérdida de tiempo, la ociosidad, la irresponsabilidad, acción prohibitiva y castigada desde tiempos ancestrales a través del aforismo inca “ama quella”, no seas ocioso] (Ramos *et al.* 1993: 164).

Es interesante anotar que los familiares resaltan los cambios positivos que se producen en los ancianos como resultado de su participación en una institución de ayuda mutua para adultos mayores, con mayor énfasis incluso que el expresado por los directamente beneficiados. Lo que ocurre, al parecer, es que las demás personas sienten el impacto benéfico de los cambios positivos en estos hombres, en sus propias vidas cotidianas. La mayor predisposición a la tolerancia y a una actitud más flexible que la acostumbrada, que es lo que

aparentemente produce un tiempo cubierto por actividades de relax, de mantenimiento físico y mental, crea un mejor ambiente en el hogar para resolver los conflictos cotidianos de manera no violenta. En vez del abuelo renegón, controlador, a quien habría que soportar o evitar, el núcleo familiar gana a un compañero con quien contar y a alguien en quien apoyarse afectivamente.

La participación en estas instituciones para adultos mayores puede ser aprovechada a diversos niveles. Uno se puede beneficiar solo de la participación en sus diversas actividades, pero también es posible entablar en ellas lazos de amistad entre sus integrantes, que, a la postre, también constituirían un futuro apoyo adicional al que presta la familia cercana en ocasiones que sea necesario. Como en el caso de Timoteo, asistir al club no necesariamente significa establecer lazos de amistad, por lo que su participación resulta limitada.

4. Percepciones del adulto mayor sobre su situación actual

En esta parte del estudio queremos recoger otros aspectos importantes, además de los ya mencionados, que contribuyen a la manera como le dan sentido a esta etapa de sus vidas los adultos mayores. En primer lugar, dado el mayor tiempo que pasan en casa, es importante conocer de qué manera ocupan sus tiempos, cómo interpretan las acciones que realizan, su grado de autonomía o dependencia para solucionar sus necesidades cotidianas y la autopercepción sobre el bienestar o malestar que les produce la manera como llenan sus horas. En segundo lugar, interesa saber la forma como influyen los diversos problemas de salud propios de esas edades, la manera en que los resuelven o enfrentan, qué interpretación les dan a estos problemas y de qué manera impactan favorable o desfavorablemente en sus vidas. Por último, tratamos de interpretar la síntesis que hacen ellos mismos sobre su situación actual y la manera como viven su vejez.

a. INTERPRETACIONES DE SU ROL ACTUAL EN CASA

Se podría pensar que estos hombres, que pertenecen a una antigua generación, siempre han tenido comportamientos estereotipados de género respecto de sus roles estrictamente no domésticos, dedicados exclusivamente a actividades laborales en la escena de lo público y sin compartir quehaceres del hogar con sus parejas. Sin embargo, en la mayoría de ellos no se observa esto. A excepción de Julio, que corresponde al típico caso de comportamiento machista que espera ser servido y nunca ha compartido las tareas domésticas, todos los demás señalan que sí lo hacían y que actualmente lo hacen, al margen de que la esposa viva o no. A estas tareas varios de ellos han sumado nuevas actividades caseras, algunas ligadas a sus antiguos oficios, o nuevas tareas extradomésticas, que les están permitiendo llenar sus tiempos y sentirse ocupados. En otros casos, si bien sus actividades logran autosatisfacer parcial o plenamente sus necesidades básicas, no encuentran mayor ocupación en casa y esto alimenta su sensación de vacío, de tristeza y desesperación.

Para algunos, la presencia o ausencia de la esposa juega un papel crucial en sus vidas cuando se trata de cubrir sus necesidades básicas cotidianas en el

ámbito doméstico. En el caso de Julio, que nunca ha participado en las actividades domésticas, logra mantener el privilegio de ser servido en todos los aspectos gracias a que su esposa está viva. ¿Qué pasaría con este hombre en caso su pareja desapareciera? En otras ocasiones la posta podría ser tomada por las hijas mujeres que conviven con él. Pero, como ya hemos visto, la relación con ellas y con sus demás hijos no es buena, y no podemos saber si mantendrían incólume la posición de patriarca, amo y señor. Aunque también hay que anotar que el hecho de que Julio siga siendo el principal proveedor le continuaría confiriendo poder y la posibilidad de mantener privilegios:

Cuando trabajaba, en casa a veces ayudaba en limpieza; nada más. Más me he dedicado a mis lecturas; en otra actividad no. Ahora solo me dedico a leer mi periódico o mis libros también, y ahí me paso todos los días. A veces le ayudo a la señora a buscar leñita (Julio).

Él nunca me ha ayudado en nada; yo le hago todo en casa. Solo ayuda a buscar leña, porque no me da plata para el combustible. De ahí está todo el día sentado en su sillón; nada más (Celia, esposa de Julio).

El otro caso de dependencia casi total de la esposa para satisfacer sus necesidades cotidianas es el de Daniel. Él cuenta que solo en algunas oportunidades apoyaba con algunos quehaceres a su pareja. Cuando ella falleció se sintió totalmente desamparado. En un periodo pasó a depender de los cuidados de su nuera, y cuando esta se fue de la casa el sentimiento de abandono retornó. Sigue dependiendo, pero de manera mucho más precaria, de sus hijos varones, y se siente obligado a realizar algunas tareas, como el lavado de su ropa. Pero no se cree capaz de preparar sus alimentos, a pesar de que comprarlos en el comedor popular le signifique constantes angustias, pues muchas veces no tiene cómo adquirirlos. Este hombre no realiza otras actividades diferentes del salir de vez en cuando —y solo por unas horas, pues su cuerpo no le permite mayores esfuerzos— a vender algunos artículos como ambulante, y luego no encuentra cómo llenar ese tiempo vacío, por lo que se muestra desesperado y muy deprimido:

Cuando venía de mi trabajo a veces ayudaba a lavar, limpiar la casa, a mi esposa. Ahora, poco hago. Mi nuera me atendía antes, pero se ha ido porque ha tenido un problema con mi hijo: le había pegado. Ella me cocinaba; cuando estaba enfermo me atendía, me lavaba la ropa. Ahora yo mismo tengo que lavar, pues. Mi hijo hace limpieza de la casa, trapea, todo. Ahora nadie me cocina. Me quedo solo, saco mi comida del comedor popular. El resto del tiempo me quedo solo. Es muy triste (Daniel).

Hay otros adultos mayores, como Timoteo, Mario y Fortunato, que siempre participaron de manera importante en los quehaceres domésticos y lo siguen

haciendo, tengan o no pareja. Eso les permite ser más autónomos para autosatisfacer sus necesidades. Sin embargo, los dos primeros se sienten descontentos y con mucho malestar, porque esas prácticas apenas les significan periodos cortos de ocupación; incluso a Mario, que siempre está inventando cosas para estar ocupado. Timoteo ha encontrado una posibilidad de llenar esos vacíos participando en el Club de Jubilados, aunque lo hace de manera parcial, pero Mario aún no tiene alternativas. Fortunato es el que, por lo menos en apariencia, desarrolla su vida cotidiana con mayor autonomía: si bien recibe el apoyo de su hija, la mayor parte de sus necesidades son cubiertas por él mismo. Además, ha logrado aprovechar al máximo lo que le ofrece el Club de Jubilados; así llena una buena parte de su vida y se siente muy satisfecho y con muchos ánimos de seguir viviendo:

Desde antes yo limpiaba la casa. Cuando ella se dedicó a la religión, los fines de semana yo cuidaba a mis hijos. Ahora la ropa la lava mi hijo, porque hay lavadora, y ya yo plancho mi ropa. Antes yo lo hacía a pulso; mis tres camisas se me hace fácil lavarlas y plancharlas. A la casa todos los días le paso un trapo. No cocinamos: compramos la comida en el restaurante todos los días. No puedo leer ya mucho, porque me canso. Como no hay nada que hacer en la casa, eso es lo que me está matando. Por eso me he hecho inscribir al club, aunque hay poca actividad (Timoteo).

Antes, cuando ella estaba muy atareada o delicada, yo cocinaba, hacía limpieza. Ahora me pongo a limpiar, a cuidar las plantas. También, como tengo inconclusa la construcción, me pongo a arreglar una y otra cosa, pero mayormente no tengo plata y no hago nada. Me siento triste. Entonces, agarro una revista, un libro y así trato que se me despeje malas ideas (Mario).

Casualmente ayer ha hecho limpieza a sus herramientas: le cambia un día de sitio a otro, y así se entretiene y pasa el día. Él barre, a veces me ayuda a cocinar (Fernanda, esposa de Mario).

Bueno, antes la ayuda era hacer limpieza, nada más; lavar mi ropa también. No me gusta planchar; yo plancho a mi manera. Lavo; tres veces tengo que lavarlo. Eso hago en las tardes, porque en las mañanas estoy en el club y por eso estoy contento (Fortunato).

Cuando vivía mi madre, nunca hacía actividades de la casa, pero sí se lavaba su ropa. Él solo también se servía su desayuno. Cuando murió mi mamá, eso no cambió. Nosotros solo le tenemos su comida, pero él solo se plancha, se lava; no deja que le estén lavando. Él limpia su cuarto, se prepara su desayuno, toma su leche, así, y luego se va al club (Hilda, hija de Fortunato).

Por otra parte, hay adultos mayores que han desarrollado una gran habilidad para estar permanentemente ocupados en actividades del hogar que ellos mismos agencian y, además, complementan su tiempo, como en el caso de

Teófilo, compartiendo deporte y recreación con sus nietos y trabajando en jardinería, el oficio de toda su vida, aunque de manera cada vez más esporádica. Santiago se dedica hoy más tiempo que su esposa a todas las tareas de la casa, pues ella está la mayor parte del día en casa de su hija, quien vive relativamente cerca. Este testimonio fue refrendado por la propia esposa. Estos hombres se mostraron en cierta forma satisfechos por la manera como daban sentido a sus vidas, y ambos se sienten útiles para los suyos. Por eso mismo, y como ya lo señalamos en el capítulo anterior, no están interesados en participar en institución alguna que reúna a los adultos mayores:

Yo no hacía cosas domésticas, porque quién puede hacer si todo el día trabajaba. Ahora sigo trabajando de jardinero; soy conocido y me llaman. Tengo pocos clientes: siete nomás. En casa siempre estoy ocupado, cosiendo alguna cosa, o jugando en la cancha y llevo a los chiquitos a jugar pelota. Así paso la vida. No tengo quejas (Teófilo).

Él está cosiendo zapatilla, pantalón de las nietas. Cualquier cosa que ve en la casa, está arreglando. Esa parte no es flojo, nada (Martha, esposa de Teófilo).

Los dos trabajábamos en el mercado; al mediodía íbamos a casa y mi Lulú cocinaba, y yo de pasada lavaba la ropa de mis hijos. Ahora, a primera hora me levanto; lo primerito que hago es el aseo de la casa; atiendo a tres perritos que crío; sé un poco de carpintería, gasfitería, arreglo el escape de agua, o que la silla está malograda. Ahora estoy haciendo un planchador para ropa. No falta coser la ropa. Como dicen, algo tengo que hacer. No puedo yo estar tranquilo y eso hace sentir bien. Yo mismo lavo mi ropa. Estoy acostumbrado de muy chico a hacer mis aseos (Santiago).

Por último están estos dos hombres que pertenecen a sectas religiosas no católicas, cuya militancia, como dice Marcos, cambió radicalmente sus vidas cotidianas. Ambos han establecido desde mucho tiempo atrás, en relación con la cesantía, una responsabilidad permanente con las actividades domésticas. Marcos las asume desde que ingresa a su Iglesia, porque esa práctica le es inculcada, y esto mismo es corroborado por su esposa. Mientras, Rodrigo se convirtió muy tempranamente en padre y madre de sus hijos, a quienes crió solo luego de la muerte de su esposa. Hoy ambos mantienen esa dinámica, a la cual añaden su militancia activa en sus respectivas iglesias, con tareas que ocupan la mayor parte de sus tiempos libres —asistencia al culto y proselitismo diario—, todo lo cual da sentido a sus vidas y, dicen, les brinda satisfacción:

Antes los dos cocinábamos, o ella lavaba y yo cocinaba. Bañaba a mis hijos también los dos. Cuando mi esposa murió, tenía que bañar a mis hijos, en las noches cocinarles y zurcir su ropita así para el colegio. Ahora, en las mañanas hago limpieza, el desayuno para mí y mi hijo. Yo mismo me cocino y lavo mi ropa.

Luego estudio la Biblia, mirando la hora que nos vamos al culto hasta las 9 de la noche. En el día salimos a hablar la palabra de Dios. Así paso mis días y estoy contento hermano (Rodrigo).

Antes no ayudaba nada en casa: solo mandaba que me sirvan. Ahora mi esposa cocina, mientras yo hago limpieza; ayudo si hay para lavar. Esto ha cambiado desde que soy testigo de Jehová: ahí nos educan para ayudar en todo a la esposa. También tengo el deber de predicar la Biblia. Eso hago todos los días durante toda la semana (Marcos).

Igual hacemos: si está para lavar algo él o yo lo hago, ambos hacemos, así nos enseña la palabra de Dios: hacer todo iguales (Bernarda, esposa de Marcos).

b. AUTOPERCEPCIONES DE SUS PROBLEMAS DE SALUD Y MANERAS DE RESOLVERLA

Sin duda, a las edades de estos adultos mayores las enfermedades son frecuentes, y algunas, degenerativas. La mayoría de ellos es consciente de que son dolencias que los acompañarán por el resto de sus vidas. Sin embargo, los recursos para enfrentarlas y mitigarlas son muy distintos para los que tienen una pensión de jubilación y aportan al Seguro Social respecto de quienes no poseen este beneficio. Ciertamente, en pocos casos estos últimos reciben el apoyo económico de los demás miembros de su familia para costear los gastos de salud que demandan. Pero la situación de la mayoría es muy precaria.

De estos últimos, los que están en peor situación son aquellos que no cuentan con redes familiares ni sociales de apoyo. Cargan con sus dolencias, y en algunas ocasiones pueden acudir a un médico particular o a los establecimientos públicos de salud, pero les es imposible comprar los medicamentos que les recetan y no les queda más recurso, como en el caso de Daniel, que buscar paliativos en remedios caseros que en algo alivian su dolor. Él, a pesar del malestar físico, se ve en la necesidad de salir a trabajar para sobrevivir. Daniel y Rodrigo, ambos muy creyentes, se refugian en la oración, que también actuaría como un soporte emocional, tal como es señalado por Rodrigo y en menor medida por Daniel. El caso de Eduardo es parecido, pues vive absolutamente solo y carece de redes familiares. Este adulto mayor pudo acudir al médico y cumplió con tomar sus medicamentos hasta que sus pocos recursos económicos se agotaron. Hoy está resignado a convivir con el dolor, aunque, según él, este es ahora más tolerable que antes:

Me han operado de la próstata y el médico me dijo: “Necesitas descanso, no puedes trabajar”. Pero tengo que salir pa’ ganarme algo. No tengo seguro de salud, no tengo nada. Me dieron dos recetas: una para el dolor de cabeza, los oídos me zumban, otra para los huesos que me duelen mucho; total, 250 soles, y no he podido comprar. Mis hijos no tienen plata; entonces, qué puedo hacer: solo tomo agua de manzana para el dolor de cabeza, que me calma un poco. Así es cuando uno es viejo ya: todo problema

viene. Yo oro al Señor para que me limpie mis enfermedades, le tengo fe, no lo puedo dejar, hasta que me lleve, pues (Daniel).

Mi cabeza me duele mucho. Al levantarme tengo que buscar dónde apoyarme, hermano. Cuando miro así parece que me voy a caer para atrás. No tengo para medicinas, hermano. Cuando estoy así, le suplico al Señor: “Ten misericordia, no solo por mí sino por todos los enfermos. Sánalos primero a ellos, Señor; después será a mí Padre amado ¡Gloria a Dios!”. Luego, me siento mejor, hermano, orando (Rodrigo).

He padecido mucho con artritis: me dolía duro. Andaba así; hasta salía las lágrimas del dolor. Entonces fui al Hospital María Auxiliadora; ahí me han recetado pastillas. Claro que ahí no cobran mucho la consulta. Tenía platita de lo que había trabajado en el baño. Cuando me sentí un poco mejor, entonces ya no compraba medicina, ya no había plata. Quedé así nomás ya, con un poco de dolor. Y así estoy pasando la vida (Eduardo).

Por otro lado están quienes, si bien no poseen una pensión de jubilación ni un seguro, tienen el apoyo económico de sus hijos para enfrentar los gastos que demandan los cuidados de la salud. Ciertamente, hasta el momento estos costos no han sido tan altos, pero habría que considerar las dificultades que atravesarían frente al agravamiento de alguna enfermedad y la necesidad de alguna intervención médica mayor. Aunque su situación no es la peor, la percepción de que sus cuerpos se van deteriorando inexorablemente los hace sentirse anímicamente mal, sobre todo cuando durante gran parte de su vida se sintieron fuertes y con muy buena salud, como lo señala Santiago:

Tengo problemas en el estómago: cólicos y así. Acá hay una posta médica; ahí son precios cómodos; la medicina también es pequeño precio. Entonces, ahí es donde acudo para hacerme tratar. Mis hijos hacen una colaboración para comprarme remedios (Mario).

Siempre tuve buena salud, pero por la edad padezco de la próstata; no me he hecho tratar. También en este momento la presión. Estoy con pastilla. Ya me he hecho ver. Mi hija me lleva a la posta, me compra pastillas para la presión. Ahora la visión y la sordera un poco. Por todos mis males me siento así pues un poco triste en la vida (Santiago).

Entre los que cuentan con un seguro de salud están quienes regularmente se atienden en sus instalaciones por diversas dolencias y no tienen quejas del servicio que reciben. En este grupo están Marcos, Julio y Fortunato. Al parecer, la certeza de contar con un servicio médico que responda permanentemente a sus problemas de salud, sin producirles sobresaltos económicos a los que tal vez en otras circunstancias no podrían responder, les da la tranquilidad

necesaria. Por eso ellos no mostraron la incertidumbre de otros adultos mayores:

Yo soy operado en el Seguro. Como soy jubilado, me atienden en el Seguro. No me quejo. Ahorita estoy sano y por eso es que salimos a predicar, porque hay que estar sano para conversar, para andar (Marcos).

Sí señor, tenemos atención del Seguro. Ahora que me han contagiado la TBC, estoy en tratamiento y me siento bien. El doctor me ha dicho: “Mientras usted toma normal sus medicamentos, no contagia” (Julio).

Gracias a Dios tengo seguro. Me atendí la operación a la cadera, todo; si no, no tuviera de dónde sacar plata: la operación cuesta. Otra enfermedad no tengo, nada, solamente ese de la próstata, y la presión, con ese sí todos los meses tengo que controlarme, las pastillas que me dan para tomar tres veces al día (Fortunato).

Por último están los adultos mayores que, si bien tienen derecho al Seguro Social, han perdido la confianza por el mal servicio que ellos perciben que presta. Aún tienen posibilidades económicas de acudir a un médico particular y comprar por su cuenta las medicinas. Sin embargo, hay que tener en cuenta que Timoteo y Teófilo no sufren de dolencias mayores. Es muy probable que, muy a su pesar, deban volver a recurrir al Seguro cuando se trate de enfermedades más complicadas o de alguna intervención quirúrgica. La sordera, que es un padecimiento muy común en los ancianos, les crea inseguridad, mayor dependencia y un paulatino aislamiento, lo que es motivo de preocupación, como señala Teófilo, aunque es probable que también sea fuente de sentimientos de desvalorización y de una actitud de aislamiento para no poner en evidencia esta deficiencia. Los sentimientos de soledad a los que alude Timoteo son los que alimentan su depresión, de la cual al parecer está saliendo poco a poco, no solo por los medicamentos, sino también por su participación en el Club de Jubilados:

No tengo ninguna enfermedad. Es el oído el que me está fallando. Me siento preocupado por lo que no escucho. Pienso: cómo juntar platita para curarme, porque se siente mal que te hablen y no escuches. Al Seguro he ido ya el año pasado: me ha dado la gota. Después regresa en tal fecha y tiene que sacar la cita para de aquí un mes. Vienes, la máquina malograda. Ya me cansé. Ya no voy (Teófilo).

No le tengo fe al Seguro, porque es una atención pésima. Desde la madrugada uno tiene que hacer cola. Al final le dicen que ya se acabaron las citas, y cuando lo atienden le dan unas pastillas que le dan a todo el mundo. Entonces, por esa razón, no he concurrido al Seguro. Como tenía cómo comprar la medicina, me he ido al médico particular. Anímicamente ahora estoy

recuperándome, pero quisiera estar cien por cien pero no: siento molestias, inestabilidad. Entonces, no es como yo quiero. Uhm, umm, me deprimó no más, me da mucha pena al verme solo (Timoteo).

c. AUTOPERCEPCIONES DE HABER LLEGADO A ESTA EDAD

Las sensaciones de malestar físico y anímico en esta etapa de la vida son comunes en la mayoría de los hombres entrevistados. Las razones que enfatizan son diversas y están ligadas fundamentalmente a la soledad cuando perdieron a sus parejas, a la falta de fuerzas físicas, a las dolencias que les impiden realizar esfuerzos como antes y a la falta de ingresos suficientes o trabajo que les permita cubrir necesidades diversas.

Para Daniel y Timoteo, haber perdido a su pareja —por fallecimiento y por separación respectivamente—, y llegar a esta edad solos, constituye una carga muy pesada que les produce sentimientos de dolor, abandono y desvalorización. En el caso de Daniel, como ya vimos, su gran dependencia respecto de los cuidados femeninos y su falta de autonomía para resolver sus necesidades cotidianas le producen una dolorosa sensación de abandono, que se añade a sus dolencias físicas, que tampoco puede resolver por causa de la carencia de recursos económicos. Esto también conforma un círculo vicioso, pues por esas dolencias no puede trabajar y, por tanto, no tiene capacidad para comprar las medicinas para su tratamiento. Mientras, la sensación de soledad que expresa Timoteo está acrecentada por sus sentimientos de desvalorización como hombre, pues aún aspira a mantener el ejercicio de la autoridad patriarcal frente a una nueva familia. Pero eso ya no es posible, pues no es capaz de ser proveedor eficaz, única posibilidad que él ve para retener a su lado a una mujer. Los sentimientos de desvalorización se incrementan cuando nadie quiere darle trabajo, por su avanzada edad:

Desde que murió mi esposa todo ha cambiado. Ahora mira cómo estoy: solito, triste. Por lo menos si volviera mi nuera para que me cocine... ella también me lavaba mi ropa. Ahora todo me duele, mis huesos; eso me impide trabajar como antes. Así es cuando uno es viejo ya, todo problema viene. Ya no es como joven. Estamos cansados; todo cambia cuando uno es de edad (Daniel).

La depresión que tengo es porque me da mucha pena al verme solo. Me siento mal de llegar a esta edad, porque ya trabajo no me quieren dar. Ahora me siento impotente, no trabajo, y eso que me dan, bueno, sí me alcanza para comer, pero como dice la escritura: "No solo de pan vive el hombre", sino que tiene que tener una esposa. En mi casa me ha gustado ser autoridad, ser jefe de una familia y ahora nada tengo (Timoteo).

Otra característica del malestar de estos adultos mayores es el constatar que ya no pueden realizar las mismas actividades físicas que cuando eran más jóvenes y, por tanto, sentirse incapacitados para el trabajo. La frustración e

impotencia que expresa Mario por ya no tener fuerzas para trabajar en el oficio en el cual se desempeñó toda la vida, la construcción, es causada fundamentalmente porque carece de una pensión de jubilación, lo que traído como consecuencia la pérdida de su calidad de proveedor. Mientras, a Santiago su debilidad y deterioro físico lo entristecen y lo hacen sentirse impotente frente a sus ganas de trabajar. Hay que anotar que en él existe también una percepción de desvalorización porque ya no es capaz de trabajar, la única forma para muchos hombres de sentirse útil y reconocidos socialmente:

Ya mis fuerzas no son las mismas de treinta años atrás. Quiero levantar una bolsa de cemento, que antes me la levantaba como si nada, ahora ya no puedo; una cosa frustrante. Ahora, si me agacho para levantarme es difícil, o si no las piernas me comienzan a doler, me duelen los brazos. Entonces, no me siento bien. Estoy desesperado, oprimido, inútil. Me he sentido así muchas veces, porque quería hacer cosas que antes hacía y no podía. Tampoco tengo dinero para hacerlo (Mario).

Me siento triste por la edad que ya llega. Quiero trabajar, sentirme más útil, pero ya no hay fuerzas, ya no hay ese mismo cuerpo ni para caminar. Si ahora mismo voy a mi casa, a veces ya las piernas no me ayudan; regreso, y la misma cosa. Entonces, así estoy andando. Qué voy a hacer, porque llegar a esta edad es muy fastidioso (Santiago).

Una forma de enfrentar las sensaciones de malestar durante esta etapa de la vejez consiste en adoptar una actitud de resignación ante una realidad percibida como inexorable. No obstante, esta puede tener un amplio rango de sentimientos que van desde estar preparados para un inevitable desenlace fatal, entendiéndolo como algo natural, hasta el abandono que impide el disfrute en las mejores condiciones posibles del resto de sus vidas. Julio entiende que a una edad avanzada es natural que el funcionamiento de los órganos vitales del cuerpo pueda fallar en cualquier momento y que hay que estar preparado para ello. Esto le produce una sensación de cierto abatimiento, pero hay una aceptación de esa realidad, lo que no significa que adopte una actitud de abandono. Mientras tanto, el caso de Eduardo es distinto. Más que de resignación, su actitud es fatalista; y como no le encuentra sentido a su vida, se abandona a sí mismo, esperando solo a que el final no tarde. Ciertamente, las diferencias entre la realidad de ambos influyen notablemente. Mientras que Julio percibe una pensión de jubilación y vive con su pareja y varios de sus hijos, lo que le permite mantener su rol de proveedor principal y autoridad patriarcal, Eduardo carece de un ingreso digno, vive con el apoyo de una vecina y no tiene familia:

Como es natural, señor, con la ancianidad, pues, uno ya está un poco decaído, ¿no? Ya un poco falto de voluntad. Sé que cualquier día uno puede enfermarse; es normal, una disfunción

del corazón o derrame cerebral o cualquier otra enfermedad. Uno tiene que pensar que es normal. Entonces yo estoy conforme, pues, qué voy a hacer (Julio).

Siempre pienso: ¿cuándo me recogerá Dios? Quiero irme, por lo que no hay nada que hacer. De qué vas a vivir, si estás mal. Para medicinas, para comer, para estar tranquilo; la tranquilidad es plata también; sin plata, no puedes ir a la calle calato, como loco. Yo creo que ya no vale la pena vivir, pues, ya algunos por eso se matan. Pero yo tengo que esperar la hora de Dios (Eduardo).

Sin embargo, hay adultos mayores que han encontrado un nuevo sentido a sus vidas, y llenan esos tiempos vacíos con actividades que los hacen sentirse útiles o, simplemente, valorar el aporte benéfico de las actividades recreativas para su salud física y mental. Afirman sentirse bien, a pesar de los problemas de salud propios de la edad, que son minimizados frente a un estado anímico muy positivo. Fortunato ha descubierto el gran impacto que le produce el participar cotidianamente en las actividades deportivas y de esparcimiento en general que le brinda el Club de Jubilados de Villa María del Triunfo. Lo hace sentir orgulloso que los demás lo vean fuerte y rejuvenecido y lo eleva anímicamente, lo que, como hemos visto, constituye un motor fundamental en el bienestar de las personas en esta etapa de la vida. Teófilo, por su parte, ha creado su propio ambiente de bienestar, se mantiene ocupado con algunos ingresos adicionales que le reporta su labor de jardinería, y desarrolla cotidianamente actividades recreativas con sus nietos y con algunos de sus vecinos. Ciertamente, este hombre posee algunas características especiales que no tienen todos: una actitud muy sociable desde siempre, rasgo también compartido con Fortunato, y una habilidad para autogenerarse ocupaciones dentro de su casa, además de su oficio de toda la vida, que sigue siendo una actividad particularmente demandada. Hay que anotar, además, que ambos tienen una pensión de jubilación y un seguro de salud que les brinda una mínima seguridad, en tanto resuelve sus necesidades básicas y les da una tranquilidad relativa:

Yo me siento bien, tranquilo. Desde que estoy en el Club de Jubilados estoy más contento, más feliz. Ahora estoy caminando de mi casa al club y de ahí a mi casa. Pero antes, caramba, qué iba a caminar. El otro día fuimos como treinta personas a la fábrica de cemento en una caminata; a pie hemos llegado hasta allá. Ahora me siento un poco más sano y mis hijas me dicen: “Papá, caramba, está usted bien, más muchacho”. Nadie me cree que tengo 83 años; nadie (Fortunato).

Bien. Estoy tranquilo. Solo me siento medio preocupado por lo que no escucho nomás. Lo bueno es que siempre estoy ocupado en casa o tengo mis clientes de jardinería. También salgo a jugar con mis nietos o me junto con los vecinos. Así la paso bien (Teófilo).

Por último están los integrantes de sectas religiosas, cuya participación militante en ellas les da un sentido totalizador a sus vidas y les siembra una mística esperanzadora en una recompensa divina, muchas veces alucinante, que los motiva a sentirse bien. Además, como ya vimos, requiere de ellos una actividad frenética tanto en el culto cuanto en la prédica diaria que los tiene ocupados y los hace sentir muy útiles a su causa. Rodrigo añade a su bienestar el estar especialmente bendecido, pues ha logrado trasponer el rango de edad destinado a los más cercanos a Dios:

Yo estoy alegre, gozoso de llegar a esta edad, porque el Señor dice: "Cerca de mi venida vivirán setenta u ochenta años los más robustos". Gracias Señor que yo tengo 85 años; gracias Padre. Doy gracias al Señor (Rodrigo).

Desde que conozco las cosas de Dios me siento contento, señor, porque para nosotros hay un futuro mejor, mejor que en el mundo el futuro viene para nosotros. Por eso tenemos una esperanza, una fe segura de que Dios va cumplir, Él no miente (Marcos).

La interpretación de su situación actual difiere notablemente de un anciano a otro, dependiendo de una serie de condicionantes que en algunos casos se yuxtaponen y se van acumulando hasta producir sensaciones de malestar o de bienestar. En otros, la existencia de algún condicionante en especial produce que las sensaciones de malestar o bienestar no sean absolutas, sino referidas a alguna o algunas dimensiones de sus vidas.

Entre los aspectos que al acumularse configuran un cuadro precario y producen un gran malestar en los adultos mayores, y una interpretación muy negativa de su situación actual, están la falta de una pensión de jubilación y de un seguro de salud que les ocasiona sentimientos de inseguridad y angustia, a la que se añade la falta de esposa y, en su defecto, de hijas que brinden servicios al anciano junto con una actitud dependiente de los cuidados femeninos que les produce una sensación de desamparo. También contribuyen la presencia de enfermedades, sobre todo degenerativas, que les impiden movilizarse y desarrollar sus vidas con soltura, lo que los frustra y crea impotencia; una sensación de no saber cómo llenar el tiempo vacío y percibirse como inservibles; falta de redes de amigos e instituciones que les brinden la oportunidad de ocupar su tiempo en actividades de esparcimiento y que les crea una sensación de soledad y, finalmente, la ausencia de objetivos que los motiven y den un sentido a sus vidas. En este orden, hay casos paradigmáticos, como los de Daniel y Eduardo.

Por otro lado, entre los elementos que contribuyen a la interpretación positiva y de bienestar de los ancianos están, como es obvio, contar con una pensión de jubilación y seguro de salud, tener esposa o hijas que les presten servicios, mejor aun si la actitud del adulto mayor es autónoma para resolver por sí mismo sus necesidades básicas, sentirse con fuerzas para movilizarse, sin enfermedades que les impidan hacerlo y capacidad para autogenerarse ocupaciones domésticas que los hagan sentir útiles frente a los demás miembros de la familia. Además, es importante mantener las redes amicales

con actividades de esparcimiento de manera cotidiana y participar de la misma forma en instituciones que les brinden espacios de entretenimiento y de conservación de su salud física y mental. Y, por último, una motivación para seguir viviendo. Hay que anotar que, como en el grupo anterior, cada característica retroalimenta y potencia a las otras en la misma dirección. Quienes logran acumular gran parte de estas características son Fortunato, Teófilo y Marcos.

No obstante, en el medio de estos dos extremos se ubican los demás hombres que participaron en el estudio. Para algunos de ellos bastó solo una de estas características positivas para lograr sensaciones de bienestar que se sobrepone a los otros aspectos adversos, mientras que otros, a pesar de contar con la mayoría de elementos favorables, no consiguen encontrarse satisfechos y aún no logran darle un sentido a sus vidas. Entre los primeros está Rodrigo, quien, a pesar de que la mayoría de las condiciones se le presentan adversas, la sola presencia de un elemento altamente motivador, que le da sentido pleno a su vida, hace que minimice sus males físicos, la precariedad económica, la falta de pareja, etcétera, y se sienta con mucha voluntad de seguir viviendo y satisfecho con lo que hace. Entre los segundos se ubica Timoteo, quien a pesar de contar con una pensión de jubilación, un seguro de salud e hijos que lo apoyan permanentemente; y no obstante que sabe solucionar sus necesidades básicas y participa en una institución de adultos mayores, sigue sin encontrarle sentido a su vida. El tema es que él interpreta que ha perdido dos elementos fundamentales de la identidad masculina: su calidad de proveedor eficaz, porque considera que lo que recibe no alcanza para mantener un hogar, y su calidad de jefe de una familia, con una esposa ante quien ejercer autoridad. Bajo este tamiz, todo lo demás le parece secundario.

Los otros tres hombres —Mario, Julio y Santiago— combinan sensaciones de malestar y bienestar, interpretaciones negativas y positivas sobre el sentido de sus vidas, dependiendo de momentos y en relación con cada condición objetiva. Así, por ejemplo, si bien Mario y Santiago se sienten útiles y tienen una gran creatividad para mantenerse ocupados, les produce mucha frustración e impotencia sentir que cada día pierden fuerzas y no pueden realizar las actividades que antes desarrollaban. Por ejemplo, esto hace que Mario perciba que se le acrecienta el tiempo vacío sin hacer nada. Lo que ocurre es que siguen valorando sus vidas en tanto puedan sentirse útiles a los demás productivamente. No aceptan que ese ciclo ha terminado, ni mucho menos centrar sus vidas en actividades recreativas o de esparcimiento para sentirse física y anímicamente bien. Respecto de Julio es poco lo que se puede decir, dada la postura impenetrable que presentó. Aduce decaimiento por lo inevitable del deterioro físico; sin embargo, a la luz de los hechos aparentemente se siente bien, pues mantiene casi incólume su poder y privilegios respecto de su esposa, hijas e hijos, y vive fundamentalmente en función de sí mismo, sin interesarle ser útil a los demás y llenando sus tiempos con la lectura que, manifiesta, lo apasiona.

Es interesante anotar que de hombres eminentemente machistas, con los rezagos más tradicionales por la antigüedad de los periodos en que les tocó vivir, era esperable una desatención total a las actividades domésticas y la autorresolución de sus necesidades en ese ámbito. Sin embargo, la mayoría de

ellos compartió tareas domésticas desde el inicio de la convivencia, como lo han corroborado las mismas esposas, hijos o hijas. Cuando algunos de ellos se quedaron solos, no les costó resolver por sí mismos sus necesidades caseras. Es probable que esta sea una diferencia respecto de otros sectores socioeconómicos, pues desde niños estos hombres tuvieron que valerse por sí mismos, ante la ausencia de la madre o de ambos padres, para satisfacer todas sus necesidades primarias. El mismo hecho de haber desempeñado desde niños múltiples oficios, también les otorga habilidades para autogenerarse hoy ocupaciones que les permiten llenar tiempos vacíos.

Otra constatación del estudio es que para estos adultos mayores los caminos que conducen a una percepción de bienestar son distintos. La mística y el estado de fervor motivador que les inyectan algunas sectas religiosas para unos; la participación en una institución dedicada a los adultos mayores que les brinda un abanico de posibilidades de esparcimiento y de deportes que les permite mantenerse en buen estado de salud física y emocional para otros; o simplemente la habilidad para autogenerarse actividades de recreación con amigos, nietos y actividades caseras útiles, siempre y cuando cualquiera de ellas les ocupe una buena parte de su tiempo y les dé sentido a sus vidas, apuntan a ese mismo destino.

Por otro lado, las características fundamentales de la identidad masculinidad hegemónica, como son la calidad de proveedor, la necesidad de mantener el estatus de autoridad patriarcal, o la dependencia de las mujeres para la reproducción doméstica, son elementos que perturban el disfrute de una ancianidad más autónoma y llevadera para varios de estos hombres, además de otras carencias objetivas ya señaladas.

IV. A MANERA DE CONCLUSIONES

Las condiciones de vida de la mayoría de los adultos mayores que participan del estudio presentan diversos niveles de precariedad, y aparecen como un gran telón de fondo que limita de alguna manera el bienestar de estos hombres. Sin embargo, en este contexto personalidades individuales diversas con características de mayor o menor autonomía, experiencias distintas y, principalmente, elementos culturales que conforman los pilares de la construcción de la masculinidad hegemónica, se erigen como fortalezas o debilidades que contribuyen a favorecer u obstaculizar las percepciones de bienestar entre estos ancianos.

Uno de los elementos claves en la construcción social de la identidad masculina es el rol de proveedor. Tradicionalmente, este ha otorgado mucho poder a los hombres en periodos anteriores, en especial cuando eran los únicos proveedores en el ámbito doméstico, así como ha sumido en sentimientos de humillación, desvalorización social y desesperación a quienes no lograban serlo. Esta creencia forma parte, de manera muy arraigada, de los imaginarios sociales de estos adultos mayores, y sigue actuando en muchas ocasiones como palanca de poder o de sentimientos de gran malestar cuando se ha dejado de serlo y pasan a asumir el rol de dependientes. La pensión de jubilación permite a algunos de estos hombres alargar indefinidamente su rol de proveedores. La escasez de fuentes de trabajo para sus hijos y las dificultades para independizarse, por lo que deben seguir cohabitando con los padres, en varias ocasiones permite a los jubilados mantener su posición de principal proveedor y, por tanto, también el poder y los privilegios patriarcales. Incluso el considerar que aún son proveedores, aunque ya no sean los principales, otorga a los adultos mayores cierta seguridad y la sensación que mantienen autoridad y poder dentro de la casa. Esto no significa que ellos estén contentos con su situación económica, pues el monto de sus pensiones es muy reducido. No obstante, este tipo de malestar no es provocado por una interpretación de la poca valía como hombres por haber perdido un rol masculino sustancial, sino que es producido por una situación que saben que es compartida por la mayoría de los hombres de los sectores populares. Es decir, interpretan que se trata de una carencia que es producto de una situación externa al individuo y no de una incapacidad personal, que es como se interpreta la imposibilidad de cumplir la normatividad social o de emular cualquier característica del estereotipo masculino hegemónico.

El recibir o no una pensión de jubilación, por más paupérrima que esta sea, marca definitivamente la diferencia en la interpretación de ellos mismos sobre su situación actual. Los que no tienen una pensión de jubilación unen a sus malestares por su mayor precariedad económica, que en algunos casos compromete su propia supervivencia, el profundo sentimiento de vergüenza por no poder seguir cumpliendo el rol de proveedores y tener que depender de otros. Más aun: en un contexto en el que los hijos viven muy precariamente y tampoco pueden sostenerlos, varios de ellos consideran una humillación mayor tener que presionarlos para que los ayuden.

La calidad de las relaciones que desarrollan los hombres adultos mayores con los demás miembros de su familia que habitan con ellos constituye un elemento

importante que contribuye no solo al bienestar o al malestar de los ancianos, sino también al de todos los demás. Nueve de los diez entrevistados viven con esposa, hijos y nietos y, a la vez, son propietarios de sus respectivas viviendas. Esta última es una característica importante, pues a pesar de que han perdido su rol de proveedores por no tener pensión de jubilación, varias decisiones en el hogar pasan por ellos y, por tanto, mantienen en mayor o menor grado cierta cuota de poder. Sin embargo, ya no se trata, como antaño, del único poder, pues los hijos e hijas adultos con quienes conviven comparten roles como proveedores y son los responsables de la crianza de sus propios hijos. No obstante, en muchas ocasiones, dado el tiempo que el anciano permanece en el hogar, intenta tomar decisiones que involucran a todos y chocan con los intereses de los demás, lo que en varios casos es motivo de frecuentes conflictos y de resoluciones violentas con la pareja y los hijos, principalmente con los varones.

Hemos podido constatar que el tipo de relaciones que entablan estos ancianos en el hogar es por lo general resultado de una continuidad, desde la constitución de la pareja muchas décadas atrás hasta la etapa de la vejez. Muchas de las actitudes violentas y controladoras de algunos de estos hombres para con la esposa y los nietos no son producto de rasgos seniles aparecidos en esta etapa de la vida, sino que forman parte de trayectorias permanentes en el ejercicio de la violencia y de falta de respeto a las personas con quienes conviven. En la actuación de estos hombres se traslucen con claridad creencias machistas tradicionales muy enraizadas de superioridad masculina, de autoritarismo y de preservación de privilegios aun a costa de afectar las condiciones de vida de quienes se consideran subalternos al servicio de ellos. Hay que señalar que son precisamente los hombres con mayor poder, es decir, los que son proveedores gracias a que reciben una pensión de jubilación, los que propensos a actuar de esta manera.

Pero hemos encontrado también varones adultos mayores que se esfuerzan por desarrollar con los demás miembros de su hogar actual —la pareja, los hijos y los nietos— relaciones muy respetuosas, de mucha calidez y afecto. Como en el caso anterior, estas actitudes no aparecieron luego de la cesantía, sino que forman parte de una trayectoria de toda la vida. Sin embargo, esta dinámica positiva puede ser rota, como en el caso de Santiago, por conflictos actuales con los hijos, suscitados por la precariedad económica de toda la familia.

Otro elemento importante para la calidad de vida de los ancianos es la ocupación del tiempo y el sentirse útiles para los demás miembros del hogar. El tiempo que ahora tienen no puede ser llamado “tiempo libre” —todo su tiempo lo es—, sino que es una especie de tiempo vacío que les proporciona mucha angustia y desaliento y que contribuye a agudizar actitudes irascibles, controladoras y poco tolerantes hacia los que conviven con él. Resulta interesante la manera tan creativa como la mayoría trata de autogenerarse ocupaciones dentro del hogar. Esto es posible porque casi todos tuvieron que realizar desde muy jóvenes muchos oficios para sobrevivir, y están entrenados para ejecutar diversas actividades manuales. También permite que estén preparados para solucionar por sí mismos sus necesidades básicas con bastante autonomía. Siempre han participado, con una sola excepción, de las tareas domésticas, lo que es corroborado por sus parejas. Este es, quizá, un

rasgo que los diferenciaría de hombres de otros estratos socioeconómicos. Sin embargo, todas estas actividades cotidianas no bastan para cubrir significativamente sus tiempos, lo que les produce mucho malestar.

En general, son pocas las redes sociales en las que participan estos hombres, sea porque nunca se preocuparon por establecerlas, sea porque las perdieron por diversos motivos. El mantener o no lazos amicales antiguos o entablar amistades nuevas obedece a una trayectoria anterior a la cesantía, y lo propio ocurre con su participación o no en instituciones. Hay algunos casos en los que se perdieron vínculos con antiguos amigos de la época laboral, o ya no frecuentan instituciones, principalmente porque no tienen dinero para los pasajes ni para pagar la cuota mensual que ellas cobran. Sin embargo, los hombres con predisposición a los vínculos sociales hicieron nuevas amistades en su entorno cercano o ingresaron a otras instituciones ubicadas en el ámbito local. Los que, en cambio, solían ir de su trabajo a la casa, no intuyen los beneficios de la participación en tales redes, tienen ideas distorsionadas respecto de los objetivos de las diversas instituciones existentes para adultos mayores en el distrito y les es difícil despegarse del hogar, a pesar de la angustia que les provocan sus tiempos vacíos o los sentimientos depresivos que les provoca el sentirse solos.

Existe un obstáculo, vinculado a la construcción social de la masculinidad, para la participación de los varones en instituciones eminentemente recreativas y de recuperación física y mental como son las dedicadas a personas de estas edades. Actividades tales como el baile, los juegos y la biodanza —y, en general, todas aquellas destinadas a cuidar del cuerpo— son consideradas como femeninas. Ocurre también que algunos hombres no ven en la recreación beneficio alguno, en tanto no les permite solucionar su principal preocupación: mantener su rol de proveedores. Así, aun los que participan tienen dificultades para valorar la importancia de ser miembro de una institución de ayuda mutua, pues creen que se trata de una pérdida de tiempo. Ciertamente, valoran los beneficios de las actividades que realizan para su propia salud, pero los minimizan frente a los imperativos sociales que les exigen que lo principal para todo hombre es el trabajo productivo y remunerado, pues es lo único que verdaderamente les restituiría su valor como tales. El Presidente de la Asociación Club de Jubilados de Villa María del Triunfo cuenta incluso que un buen número de socios masculinos no participan en las actividades recreativas diarias, sino solo sus esposas, y más bien sí acuden a las asambleas mensuales a las que sus parejas, por el contrario, no asisten, de manera que reproducen los roles de género entre el ámbito político de las decisiones, tradicionalmente masculino, y el del cotidiano cuidado del cuerpo, aspiración supuestamente femenina.

Es importante señalar cómo los familiares resaltan los cambios positivos que operan en los ancianos como resultado de su participación en una institución de ayuda mutua para adultos mayores, con mayor énfasis incluso que lo expresado por los directamente beneficiados. Lo que ocurre, al parecer, es que las demás personas sienten el impacto benéfico de los cambios positivos en estos hombres en sus propias vidas cotidianas. Ocupar buena parte de sus tiempos fuera del hogar y entablar nuevas amistades mejoran su carácter y los hacen más tolerantes, los enriquece física y mentalmente, lo que contribuye de manera significativa al mejoramiento de las relaciones al interior de la familia y

de la calidad de vida de todos. Inclusive, una serie de enfermedades relacionadas por los adultos mayores, tales como dolores óseos y musculares, desaparecen o mejoran con la participación diaria en estas actividades. Se crean así las condiciones para enfrentar con mejores armas situaciones económicas adversas.

Se observa, asimismo, la ausencia casi absoluta del Estado para brindar servicios a esta población, principalmente a la más desamparada, es decir, la que no tiene una pensión de jubilación y, por tanto, tampoco cuenta con los recursos para sufragar su participación en las instituciones autogeneradas por la población. Por otro lado, no hace falta que las instituciones competentes del Estado creen, de la nada, organizaciones que apoyen a los adultos mayores, pues ellos mismos están organizándose en forma creciente para solucionar sus problemas, aunque de manera muy precaria. Lo que sí se requiere es el respaldo sostenido a esas iniciativas, apoyando con profesionales especializados, dotándolas de equipamiento, principalmente de carácter educativo y recreativo, y brindándoles espacios en locales públicos debidamente acondicionados para que realicen sus actividades diarias.

En el estudio hemos podido constatar que los caminos que conducen a los adultos mayores a una percepción de bienestar son diversos. El mantener objetivos y proyectos, sean estos de índole festivo-recreativa, como los que impulsan las instituciones de adultos mayores, social, religiosa o laboral, también otorga un sentido a la vida y empuja a tener una percepción de bienestar. Encontramos algunos hombres que lo lograron mediante su participación militante en instituciones religiosas en donde les infunden una gran mística y una razón de ser a sus vidas, además de que ocupan buena parte de sus tiempos. A pesar de sus adversas condiciones económicas y de salud, estos hombres afirman sentirse bien y con fuerzas para hacerles frente.

La presencia de los hombres adultos mayores puede constituir una carga pesada para sus familias no solo en el aspecto económico sino, y principalmente, en el de las relaciones interpersonales. Pero también puede elevar la calidad de vida de todos y todas. Esto depende de la actitud de los mismos ancianos, aun en las situaciones materiales más precarias, para darle un sentido a sus vidas, ocupar sus tiempos vacíos con actividades que los mantengan sanos física y mentalmente y superar diversos prejuicios vinculados a la masculinidad hegemónica: por un lado, las ansias de poder autoritario y de control; y, por otro, el abandono del cuidado del cuerpo y la desvalorización de la recreación y el sano esparcimiento como fines en sí mismos.

Es preciso que las organizaciones que agrupan a los adultos mayores reciban apoyo estatal para la capacitación técnica y la implementación laboral, con el fin de que quienes lo deseen puedan emplear parte de su tiempo en alguna actividad productiva al alcance de sus fuerzas, que les permita agenciarse de algunos fondos para gastos mínimos y así facilitar su participación social. En el nivel institucional, el Estado debe colaborar para hacer más eficaz la autoayuda en situaciones de emergencia de los propios asociados.

Por último, debemos señalar la importancia de que el Estado —en los niveles central y local— y las instituciones sociales contribuyan a preparar a los ancianos y a la población toda para que vivan esa etapa de manera satisfactoria y plena. Muchos mitos culturales que limitan artificialmente la

potencialidad de estos hombres para sentirse realizados deberán cuestionarse y superarse. Varios de ellos están impregnados por las creencias de género, que si bien conducen a que los hombres mantengan privilegios aun en la vejez, a costa del malestar que ocasionan a los que lo rodean, también les está produciendo a ellos mismos dolor, frustraciones y soledad.

BIBLIOGRAFÍA

ASKHAM, Janet: "Vida matrimonial de las personas mayores", en GINN, Jay y Sara ARBER, *op. cit.*, pp. 127-140.

CASTORIADIS, Cornelius: *El avance de la insignificancia*. Buenos Aires: Editorial Eudeba, 1997.

CEPAL-Naciones Unidas: *Población, envejecimiento y desarrollo*. Trigésimo periodo de sesiones de la CEPAL. Puerto Rico, 2004.

CONSEJO NACIONAL DE POBLACIÓN: *Perú: Hechos y cifras demográficas*. Lima: CNP, 1984.

FULLER, Norma: *Masculinidades: Cambios y permanencias*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2001.

GINN, Jay y Sara ARBER: "Mera conexión": Relaciones de género y envejecimiento", en ARBER, Sara y GINN, Jay: *Relación entre género y envejecimiento. Enfoque sociológico*. Madrid: Ediciones Narcea, 1996, pp. 17-34.

HERNÁNDEZ, Juan Carlos: "Sexualidad masculina y reproducción: ¿Qué va decir papá?". Ponencia presentada al Coloquio Latinoamericano Varones, Sexualidad y Reproducción. México, 1995.

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA E INFORMÁTICA: *Proyecciones de población departamental por años calendario y grupos de edad, 1995-2015*. Lima: INEI, 1997.

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA E INFORMÁTICA/CEPAL: "Perú: Estimaciones y proyecciones de población 1950-2050". *Boletín de Análisis Demográfico* n.º 35. Lima: INEI/CEPAL, 2001.

MARQUÉS, Josep-Vicent: "Varón y patriarcado", en VALDÉS, Teresa y José OLAVARRÍA: *Masculinidad/es: Poder y crisis*. Santiago de Chile: Isis Internacional y FLACSO, 1997, pp. 17-30. Ediciones de las Mujeres N.º 24.

NUÉ GUERRERO, Angélica: "Percepciones y autopercepciones de ancianos en Santa Cruz de Andamarca. Asociaciones con actividad y productividad, y salud y muerte en una comunidad de la sierra de Lima". Ponencia presentada

en el Simposio Antropología de la Vejez, del Cuarto Congreso Chileno de Antropología. Chile, 19 al 23 de noviembre de 2001.

RAMOS, Miguel; Sandra HERRERA y Raquel REYNOSO: *Tiempo libre y pobreza urbana: Experiencia lúdica y calidad de vida en Villa María del Triunfo*. Lima: IPD/GTZ, 1993.

ROSE, Hilary y Errollyn BRUCE: “Diferente valoración de la ayuda que se prestan las parejas ancianas”, en ARBER, Sara y Jan GINN, *op. cit.*, pp. 163-181.

SCOTT, Anne y G. Clare WENGER: “Género y redes de apoyo en la vejez”, en ARBER, Sara y Jay GINN, *op. cit.*, pp. 221-239.

WILSON, Gail: “Yo soy los ojos y ella los brazos’: Cambios en los roles de género en la vejez avanzada”, en ARBER, Sara y Jay GINN, *op. cit.*, pp. 141-161.